



JULIÁN MARÍAS
TRATADO SOBRE LA
CONVIVENCIA

Concordia sin acuerdo

Tratado sobre la convivencia

Julián Marías

Tratado sobre la convivencia

Concordia sin acuerdo

Ediciones Martínez Roca

Diseño cubierta: Pep Trujillo
Ilustración cubierta: *Tarde de Domingo* de Xavier Nogués
L.A.R.A. Joseph Martin

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2000, Julián Marías
© 2000, Ediciones Martínez Roca, S.A.
Provença, 260, 08008 Barcelona
Primera edición: marzo de 2000
ISBN: 84-270-2558-0
Depósito legal: B. 9.372-2000
Fotocomposición: Pacmer, S. A.
Impresión: A & M Gràfic, S. L.
Encuadernación: Serveis Gràfics 106, S. L.

Impreso en España – Printed in Spain

Introducción

Verdad y concordia

«La verdad os hará libres.» Cada vez me parece más evidente esta promesa evangélica: la verdad es la condición misma de la libertad, porque el error —no digamos la falsedad— conduce inevitablemente a la servidumbre. Una gran parte de los males de este mundo, aquellos que son en principio evitables, porque dependen de las conductas humanas y no de la estructura de la realidad, proceden de las malas relaciones con la verdad, que pueden llegar a la aversión hacia ella, a que sea considerada como el enemigo que hay que evitar o destruir. La falta de claridad sobre esto hace que no se entienda gran parte de lo que ha sucedido a lo largo de la historia y sigue aconteciendo en la actualidad.

No solo la libertad es consecuencia de la verdad, de su descubrimiento y aceptación. Lo es igualmente la concordia. Conviene no confundirla con la unanimidad, ni siquiera con el acuerdo. La diversidad de lo humano, la índole conflictiva, excluye la homogeneidad, la unanimidad, que siempre es impuesta, precisamente a costa de la verdad, de su desconocimiento o falsificación. El desacuerdo es muchas veces inevitable. Pero se puede confundirlo con la discordia.

Esta es la negación de la convivencia, la decisión de no vivir juntos los que discrepan en ciertos puntos, en algunas cuestiones en que el acuerdo no parece posible. Las diferen-

cias no pueden llevar al olvido de los elementos comunes, en los que se funda precisamente la posibilidad de la convivencia. Y esta palabra española me parece preciosa: en muchas lenguas no existe, y la sustituye la voz «coexistencia», que es cosa muy distinta.

Coexiste todo lo que existe juntamente y a la vez. Las cosas coexisten, y el hombre con ellas; convivir es vivir juntos, y se refiere a las personas como tales. Es decir, con sus diferencias, con sus discrepancias, con sus conflictos, con sus luchas dentro de la convivencia, de esa operación que consiste en vivir juntos.

Esto es precisamente la concordia, cuya condición es el escrupuloso respeto de lo que es verdad, es decir, de la estructura de la realidad. Lo cual excluye la homogeneidad, la unanimidad, que rara vez existe; y otro tanto el desconocimiento de los factores comunes, desde la condición humana hasta la contemporaneidad, es decir, la pertenencia a un mundo que, si no es uno, está en presencia y dentro de un sistema de relaciones mutuas; y por supuesto, todas las unidades, históricas, sociales, culturales, no menos reales que la diversidad y las diferencias.

Vivir, para el hombre, no es una empresa demasiado fácil. No tiene más remedio que acertar; su vida es permanente inseguridad; no tiene un eficaz sistema de instintos que orienten y regulen su conducta; tiene proyectos, y hay que decidir si son o no realizables, y si son conciliables con los de los demás hombres. Por eso el error, tan infrecuente en la vida animal, es la amenaza constante de la humana. Por eso el hombre no tiene más remedio que *pensar*, usar la *razón*, que no siempre posee en grado necesario, sino que —y esto es lo decisivo— necesita, sin la cual no puede vivir humanamente.

Si se tiende la mirada por el mundo actual, se ve que está lleno de conflictos, con frecuencia atroces, que se intenta evitar sin pensar primero en sus causas, sin intentar ver en qué consisten. Se intentan diversas terapéuticas sin preocuparse del diagnóstico.

Ha sido frecuente en la historia la imposición de las vigencias mayoritarias, la opresión de los *discrepantes*, el no reconocerlos y respetar sus diferencias, la posibilidad de convivir con ellos. Algunos restos de esta actitud perduran en nuestro tiempo, pero está siendo sustituida por otra, que en cierto modo la invierte: *son los discrepantes los que intentan imponerse*, y esto en dos formas o grados. En algunos casos, mediante la ruptura de la convivencia, es decir, negándose a convivir como porciones de unidades superiores y con diversidad. En otro, de forma más extremada, pretenden imponer su variedad particular a esas unidades —acaso al mundo entero—, con riesgo de su destrucción y ruina, con el máximo desprecio de lo que es la realidad efectiva, y por tanto de la verdad.

Lo que suele llamarse «integrismo» o «fundamentalismo» es el ejemplo actual de esta actitud. Es la inversión de la forma tradicional de abuso: no el de las mayorías, sino el de las minorías. A la injusticia y la violencia se añade la inverosimilitud; no solo la falta de razón, sino la inversión de la racionalidad. Es la versión más extremada de tomar la parte por el todo.

Por eso es difícil comprender estos fenómenos, que brotan y proliferan en diversas porciones del mundo. Esto plantea un problema intelectual de gran magnitud, al que se presta muy poca atención. ¿Cómo es posible? La tendencia a imponer la uniformidad, a considerar que lo valioso es lo que es compartido por casi todos, la «sorpresa» negativa, y

que puede ser hostil, al que rompe la unidad y la coherencia, es algo que significa una violencia ejercida sobre lo real, pero es inteligible, aunque reprochable. El discrepante produce una evidente «incomodidad», obliga a revisar la posición propia, a realizar ajustes con otras visiones del mundo, en suma, complica las cosas. Pero el que se llegue a una situación en que acontece al revés, en que se pretenda extender una interpretación marginal y fragmentaria a un amplio conjunto, en casos extremos a todo el mundo, rebasa los límites de la comprensión normal.

Siempre recuerdo aquel mirífico título de un capítulo del curioso libro del P. Antonio Fuente la Peña, *El ente dilucidado*, que se publicó hacia 1690 y compré hace muchos años, «Si los monstruos son ellos o somos nosotros». La perplejidad del buen fraile me invade muchas veces, y no a propósito de los duendes, asunto principal del libro, sino de muchos contemporáneos. El grado de fanatización que esos fenómenos suponen no se explica muy bien, y tengo la impresión de que apenas se intenta. Su origen es probablemente el de espacios confinados, caracterizados por «ritos de iniciación» que obturan la visión de lo real y la sustituyen por alguna fantasmagoría. Pero falta por entender cómo se consigue la extraordinaria difusión que estos fenómenos tienen, más allá de los límites estrechos de una secta. Creo que la clave está en el increíble poder que en esta época han conseguido los medios de comunicación, que permiten la proliferación masiva de lo que se ha engendrado en oscuros espacios maniáticos. Pero aun así falta por comprender la estructura psíquica —mejor diríamos antropológica— que permite la entrada y el arraigo de esas extrañas formas de instalación vital.

Algo más inteligible es la forma que se puede llamar atenuada de esa «imposición de la discrepancia», aquella que no

consiste especialmente en «proselitismo» y pretensión de universalidad, sino que se reduce a la «disidencia», a la ruptura de las unidades superiores y más complejas. Es el caso de lo que se llama «nacionalismo», que tuvo una aparición en Europa a comienzos del siglo XIX y ha tenido rebrotes en nuestro tiempo, y en continentes en que no ha existido propiamente la estructura nacional de las sociedades.

Con diversos motivos —o pretextos—, que pueden ser las diferencias reales, históricas, religiosas, lingüísticas, que son conciliables con la convivencia y han sido normales en casi todo el mundo, o bien con fundamento en algo tan problemático y discutible como la diversidad étnica, se rompen las unidades amplias, aunque tengan una realidad muy superior a la de sus componentes, y se subraya lo diferencial, desdenando lo común, que puede ser de magnitud y alcance incomparable.

La forma más aguda, grave e irracional es el estado de fragmentación étnica de África, lo que podríamos llamar la sustantivación de las tribus, que alcanza límites incalculables de ferocidad, destrucción y absurdo. En un grado menor, pero que puede llegar a extremos comparables, se da este fenómeno en sociedades europeas, de larga historia y que han sido capaces de considerables refinamientos, de lo que en otros tiempos se llamaba «civilización». La realidad presente de lo que fue hasta hace poco Yugoslavia —uno de los resultados de la desmembración de uno de los logros más admirables de la política y la sociología, a pesar de sus evidentes defectos, el Imperio Austro-Húngaro— es un ejemplo aterrador de hasta dónde puede llevar eso que se llama nacionalismo.

Su punto de partida es la fascinación por esa forma particular de sociedad y de estructura estatal que se llama «nación». Se da por supuesto que es lo «superior», y en conse-

cuencia se aspira a ello. No importa el hecho notorio de que un gran número de las formas más ilustres de convivencia no han sido naciones. Ni las ciudades griegas, de tan maravillosa memoria, ni la Hélade en su conjunto, ni Roma —ni la *urbs* ni el Imperio—, ni el califato de Oriente, ni el de Córdoba, ni ningún reino o principado medieval en Europa, ni el Sacro Imperio Romano Germánico, han sido naciones.

En el sentido moderno de la palabra —no en el sentido medieval, unido al «nacimiento», y que se conserva hasta la expresión «tonto de nación»— no ha habido naciones hasta fines del siglo xv, en primer lugar España y Portugal, algo después Francia e Inglaterra, luego las demás que llegaron a ser naciones, y que no han sido nunca todas las porciones de Europa. El uso de esta palabra se extendió, con bastante impropiedad, a América, y luego a todo «estado», supuestamente independiente, y así se habla de Naciones Unidas.

El nacionalismo es la hipertrofia de la condición nacional, principalmente por las naciones más tardías, recientes y de breve historia como tales —así Italia y Alemania, que llegaron a serlo hacia 1870—, y más aún por las unidades de convivencia que no han sido nunca naciones, sino partes de las verdaderas (o de conjuntos más amplios y de carácter no propiamente nacional, como el mencionado Imperio Austriaco, o Austro-Húngaro, o esa inmensa potencia colonial que ha sido Rusia, y durante medio siglo la Unión Soviética).

Cuando se habla de «naciones» en la Edad Media, se renuncia a entender. No han existido en ninguna parte de Europa, menos aún fuera de ella. En España no lo fueron ni siquiera las dos mayores comunidades, los *reinos* de Castilla y Aragón —no digamos sus partes integrantes, unidas en ellos por dos series de incorporaciones—. Otro tanto se podría aplicar al resto de Europa, fuera de la Península Ibérica.

¿Cuál ha sido el estímulo más frecuente de esa deformación de realidad que es el nacionalismo? Las diferencias son considerables, según los lugares y épocas. El factor casi constante es el *descontento*. Pero hay que preguntarse de qué. La habitual persistencia de ese sentimiento sugiere que no se trate de la *situación* sino de la *condición*. La situación se refiere a «cómo le va» a alguien, individual o colectivo; la condición, a lo que «es». Se puede estar descontento de la situación en algún momento de la vida o fase de la historia; pero ¿siempre? ¿Hay alguna situación que abarque toda la vida de una persona, o la historia entera de una sociedad?

Si se trata de la condición, de lo que se es, la cosa es más grave. ¿No indica alguna deficiencia o anomalía constitutiva? No es probable. Hay comunidades que se consideran «oprimidas» desde siempre. No es verosímil; una sociedad, a veces una nación entera, puede padecer una etapa transitoria de opresión; grandes porciones de Europa la han padecido, en algunos casos durante decenios; pero ¿siempre? Si así fuera, habría que pensar en alguna inferioridad, lo que, dada la condición libre del hombre, resulta inverosímil.

Hay que pensar, más bien, en un *error*, en una interpretación falsa de la realidad propia y de sus relaciones con otras o con los conjuntos a que se pertenece. Casi siempre, esa desvirtuación de la realidad, que engendra el descontento y el malestar, es decir, la falta de verdadera *instalación*, y con ello el desasosiego, es algo inventado por algunos, de origen *individual*, contagiado a otros y que finalmente arraiga, se convierte en la interpretación *vigente*, difícilísima de superar.

Este es el origen de la inmensa mayoría de las *discordias* que afectan a nuestro planeta. Los hombres han luchado entre sí desde que el mundo es mundo, casi siempre con gran torpeza, frecuentemente con gran violencia y crueldad. Pero

no se trataba propiamente de discordias, sino de ambiciones, intereses, afán de predominio. Las guerras entre naciones eran conciliables con la admiración mutua; las luchas en su interior eran conflictos entre partes que no se excluían.

Ha sido menester llegar a tiempos cercanos para que aparezcan los fenómenos de distorsión de la realidad que estoy mencionando. Los quebramientos de la concordia —que es de lo que se trata— tienen dos condiciones: una de ellas, la actitud *totalitaria*, la idea de que todo es políticamente relevante; la otra, el incremento del poder de los medios de comunicación, lo que hace posible que los virus «prendan» y se extiendan a grandes porciones de una sociedad, o al conjunto de ella.

Se trata, pues, de lo que acontece a la verdad; cuando se la desconoce o se la niega, no solo se pierde la libertad y se es siervo de la falsedad, sino que ello acarrea la destrucción de la concordia, de la capacidad de convivir conservando todas las diferencias, las discrepancias ocasionales; en suma, el conjunto de las diversas y verdaderas libertades.

*El sentido de la verdad,
la concordia y la convivencia*

Apertura o cerrazón

Cada vez me parece más confirmada mi vieja idea de «las raíces morales de la inteligencia». Mi convicción de que sin una considerable dosis de bondad se puede ser «listo», pero no verdaderamente inteligente. Y esto responde más que a una preocupación moral, a una evidencia intelectual: la de que inteligencia consiste sobre todo en abrirse a la realidad, dejar que ella penetre en la mente y sea aceptada, reconocida, poseída. Es frecuente que la agudeza, la «listeza», coincidan con la maldad, a veces se las asocia; pero si se mira bien se ve que no se trata de inteligencia, es decir, de comprensión de la realidad, sino de su utilización o manipulación.

Por eso hay que estar atento al grado de apertura o cerrazón de las personas, sobre todo de aquellas que pretenden manejar lo real, interpretarlo o explicarlo. Es característico del hombre inteligente el «esperar», no precipitarse, dejar que lo que aparece ante los ojos o intenta penetrar por el oído se manifieste por entero, exhiba sus títulos de justificación, sea examinado por varios lados, desde distintos puntos de vista. Esta es la razón de que las mujeres, cuando de verdad lo son, quiero decir cuando son fieles a su condición propia, resulten sumamente inteligentes, proporcionalmente más que los hombres, tantas veces apresurados.

Cuando leo a un escritor, lo primero que siento es la po-

sible impresión de apertura. En sus páginas, tal vez desde las primeras líneas, se percibe que algo nuevo está entrando, que se está agregando algo a lo que ya se sabía, o se está dando relieve a un aspecto desatendido. De ahí la impresión de enriquecimiento, que suscita gratitud.

Son los escritores que merecen ser leídos, porque hacen generosa donación de su realidad, nos brindan descubrimientos que han hecho en soledad, o han hecho vivir aspectos mal conocidos de la vida humana, o han hecho vibrar, con una expresión afortunada o una metáfora, facetas de la realidad que empiezan a irradiar belleza.

Otras veces la impresión es bien distinta. El autor aparece encastillado en algunas ideas, rara vez suyas, casi siempre recibidas, que precisamente se interponen entre él y lo que las cosas son —no digamos si se trata de personas—, con lo cual nos priva de todo posible enriquecimiento, de toda dilatación de nuestra propia mente.

El buen catador, quiero decir el buen lector que ha leído, año tras año, muchas páginas y sabe distinguir, se da cuenta pronto de esa diferencia decisiva. Ve que no puede esperar nada, que no va a recibir ninguna innovación. En esta época en que la producción de escritos es ingente, en todas sus formas, en que es inabarcable, no ya el contenido de lo que se publica sobre cualquier cuestión, sino los simples títulos, la capacidad de distinguir es salvadora, acaso la única forma de sobrevivir a la inundación que por todas partes nos acosa.

Hay autores que nos producen la impresión de que «no se enteran de nada», de que, pase lo que pase, se diga lo que se diga, permanecen en sus trece, repetirán lo que oyeron o leyeron hace largo tiempo, lo que manifestó su error o su falsedad. Recuerdan el cuento de aquel general tan valiente que no se rendía ni a la evidencia.

A veces la cerrazón se debe a la escasez de inteligencia, a la incapacidad de reflexionar sobre lo que se ha leído u oído, incluso lo que se ha pensado en algún momento y ha sido desmentido por los hechos o por una visión más amplia. La pereza, casi siempre olvidada, explica muchas cosas.

Pero hay una forma de cerrazón más profunda y que merece examinarse. No es simple cerrazón, obturación de la mente frente a lo que intenta penetrar en ella. Tiene un carácter defensivo, es una resistencia a lo real, como si fuese una agresión o una amenaza. Por eso, esta forma de cerrazón es hostil, casi siempre polémica, beligerante.

El que habla o escribe se siente en peligro, inquieto, agredido, no por una tesis distinta u opuesta, sino por la realidad misma. Es decir, defiende lo que en el fondo sabe que no es verdad, se identifica con ello, como si fuera él mismo, rechaza lo distinto.

No se comprende bien esta actitud. ¿Cómo puede ser «enemiga» la realidad? ¿No es aquello que nos rodea, con lo que tenemos que hacer nuestra vida? La estructura efectiva del mundo, la historia que en realidad ha acontecido, la consistencia de lo humano, las condiciones de la personalidad, ¿cómo puede ser eso algo «adverso», que hay que combatir y rechazar? Si se mira bien, es la expresión máxima de inseguridad, el temor a ver disiparse lo que se ha tomado, sin motivo, como fundamento de la propia vida.

Esa impresión de que hay muchos que «no se enteran de nada», que persisten inalterables en nociones que no resisten un minuto de reflexión y análisis, de confrontación con los hechos, es descorazonadora. Es particularmente frecuente cuando interviene el apasionamiento político, casi siempre asociado con la mentira —a diferencia de la política noble, que busca, como decía Fichte, «declarar lo que es»—; hay formas

extremas que están rigurosamente montadas sobre la falsificación, para las cuales lo real es un veneno mortal.

Pero al lado de esta cerrazón hay síntomas alentadores de apertura; muy en especial entre personas que no tienen grandes pretensiones, que no intentan definir, que no creen que lo saben todo. Son aquellas que buscan precisamente «enterarse» —es decir, integrarse—, que sienten alegría y gratitud cuando se les muestra algo que no habían visto o con lo que no habían contado.

Y esa magnitud es máxima si descubren que estaban en un error, si se ven obligadas a rectificar, es decir, a instalarse en la verdad que se les había escapado. Sienten que son mejores, más reales, que se ha producido un incremento de su propia persona.

He aludido a la diferencia entre hombres y mujeres, debida a la diversidad de su forma de vida, y por tanto de su variedad de razón. Se podría investigar la apertura o cerrazón a lo largo del tiempo, según las edades en cada momento, lo que obligaría a pensar en diferencias generacionales. No cabe duda de que ha habido alguna que ha sido sometida a un riguroso tratamiento de «cerrazón» que ha gravitado pesadamente sobre ella, de la que con el paso de los años acaso se ha ido liberando.

Creo percibir síntomas de apertura en los jóvenes, que a veces adopta la forma de la desorientación, quizá porque tienen que combatir las tentaciones de cerrazón para intentar ser ellos mismos, aquello que en el fondo desean ser. Si no me equivoco, esto es lo más esperanzador del horizonte.

Vientos contrapuestos

La visión de la realidad humana y de su historia está siempre condicionada por diferentes puntos de vista, preferencias, intereses. En muchos casos, en algunas épocas y respecto a épocas enteras, se ha padecido una angustiosa escasez de información, que ha dificultado el conocimiento. Es un factor decisivo en la medicina y en sus fundamentos biológicos, y en otro orden en la geografía o la historia. Recuérdense los mapas en que, en medio de grandes espacios vacíos, se leía: *Hic sunt leones* (Aquí hay leones).

En nuestra época el obstáculo es muchas veces el exceso de informaciones y noticias. Es imposible conocer ni los títulos de los libros y artículos escritos sobre la última guerra mundial o la guerra civil española; la acumulación de datos de la biología celular parece inabarcable; el planeta está conocido y catalogado minuciosamente; recuerdo que, siendo estudiante, compré con mis escasos ahorros el Atlas geográfico de Stieler, admirable obra de cartografía, pero difícil de manejar por la densidad de nombres que llenaban sus mapas, hasta el punto de que había que recurrir a atlas ingleses, más pobres pero más «claros», en el sentido literal de la palabra.

El problema actual es, además de las dificultades mencionadas, otro: la presencia de dos vientos contrapuestos, ambos de singular potencia, que influyen gravemente en la visión

de lo real, y por tanto en la orientación de nuestras vidas. En todo tiempo han soplado, se han enfrentado, ha sido menester tenerlos en cuenta, pero en los últimos decenios su papel se ha intensificado por diversas causas, en un grado que no se podía imaginar antes.

Es notoria la existencia de un viento de falsedad que perturba indeciblemente la visión. La causa principal es un invento de nuestro tiempo, el llamado justamente «totalitarismo». Hay que distinguirlo pulcramente de fenómenos como la opresión, el despotismo o la tiranía, que han existido siempre. La siniestra originalidad de todos los totalitarismos es que para ellos «todo es políticamente relevante», y por tanto interesante, algo de lo que hay que ocuparse. En otros tiempos interesaban al Poder algunas cosas, ciertos aspectos de la vida, pero en la mayoría de ellos no intervenía. Para el espíritu —o la falta de espíritu— totalitario, hay que aprovechar, utilizar y falsificar todo, pasado, presente o futuro. La posibilidad de hacerlo la ha asegurado el fabuloso incremento de los medios de comunicación, que permiten realizar lo que en otras épocas se podía desear, pero nada más.

El totalitarismo ha desaparecido de gran parte de los lugares en que dominaba, pero sus restos son todavía considerables. Además, sus representantes permanecen, con diversos nombres y disfraces, muchas de sus organizaciones siguen en pleno funcionamiento; y, lo que es más, su actitud se ha infiltrado incluso en muchos que pretenden abominar el totalitarismo.

El sucedáneo del totalitarismo es la «politización», el poner la política en primer plano y juzgar todo desde ella. Esta actitud está operando una increíble falsificación de la historia, potenciada sobre todo por los nacionalismos, lo cual llega hasta el presente, lo invade y desfigura, y obtura el porve-

nir. Cuando esto se lleva a cabo de manera violenta, se lo advierte más y causa inquietud y alarma, pero no es menos peligroso cuando se hace con astucia y una apacibilidad aparente, al menos momentánea.

Si no me equivoco, esta es la causa principal de la desorientación que padece el hombre actual, y que compromete sus inmensas posibilidades. Es, por eso mismo, el mayor peligro de una decadencia cuya amenaza parece cada vez más evidente —y que puede ser inminente.

Si no hubiese más que esto, estaríamos perdidos. Por fortuna, aunque con menos impetuosidad, sopla en el mundo actual un viento de sentido contrario, en el cual podemos fiar nuestra esperanza. Me refiero a un viento de «veracidad», menos espectacular, aparatoso y escandaloso, pero que me parece inequívoco. Frente a los miles —o millones— de años que se atribuyen a algunos huesos «humanos» descubiertos en cualquier lugar, con disputas sobre su presunta antigüedad, el conocimiento del pasado ha avanzado enormemente en nuestra época. La Edad Media y el siglo XVIII español son dos ejemplos notorios de mejoramiento.

Una gran parte de los historiadores sienten vocación por su disciplina, intentan comprender y no defender «causas». El segundo centenario de la Revolución Francesa ha significado un incremento considerable de la veracidad, gracias a la cual empezamos a entender muchas cosas. Es interesante el hecho de que muchos mejoramientos se deban a historiadores ajenos a los países primariamente interesados, sin prejuicios nacionales o, lo que es peor, nacionalistas.

Buena parte de los esclarecimientos de España son obra de autores ingleses, franceses, americanos, a los cuales se puede recurrir porque a su ciencia unen ese amor a la verdad sin el cual todo se convierte en desastre.

En España se pueden volver los ojos al ejemplo de don Ramón Menéndez Pidal, cuya pulcritud intelectual era comparable a su asombroso conocimiento. De él he dicho que aclaró muchas cosas y no confundió ninguna. Esto no podría decirse de otros historiadores, algunos eminentes, en los que se mezclan la luz y las sombras, los descubrimientos y su exageración, su afán de comprender y su empeño, todavía mayor, de triunfar en polémicas en que la verdad corría el mayor peligro. En otros dominios, el viento de veracidad me parece igualmente evidente. Interpretaciones y valoraciones de obras literarias o artísticas se sostienen al cabo de muchos años porque resisten toda confrontación con la realidad, que es la que pone todo a prueba. Más allá de las modas, de los intereses, de las parcialidades, lo que se asienta sobre la visión de lo real permanece y reluce cada vez más. El hecho de que el Museo del Prado sea la colección de los Reyes de España me ha maravillado siempre: ¡qué buen gusto personal, o qué acierto en la elección de asesores! El viento de la verdad dominó de modo asombroso en la selección de tantas obras maestras, y no se puede evitar cierta zozobra al pensar en los museos recientes en casi todo el mundo.

En cuanto al pensamiento... Ortega dijo que había meditado sobre escribir «Genialidad e inverecundia en el Idealismo trascendental». La veracidad le parecía la condición cardinal del filósofo, tantas veces deficiente después del siglo xvii. En nuestra época este campo muestra, acaso más que ningún otro, la contienda eólica a que me refiero. Las apariencias dan impresión de triunfo de la falsificación; pero si se mira bien, se descubre que, desde comienzos del siglo xx, la veracidad ha avanzado prodigiosamente: Dilthey, Brentano, Husserl, Bergson y muchos de los que han venido después, hasta ahora mismo.

Hay que fiar la decisión al tiempo. Los cuatro nombres que he mencionado siguen vivos, a pesar de que los que los usaron murieron hace largo tiempo. Y la veracidad se manifiesta ante todo en ver a qué se llama pensamiento, y esa forma particular suya que conocemos como filosofía.

Lo irrenunciable

No se debe ser intransigente ni intolerante. La política, en particular, no debe serlo. Consiste en entenderse con los ojos discrepantes, ceder lo que es debido, o al menos aconsejable, buscar el consejo y la cooperación de las diversas fracciones de un país —o de varios países entre sí—. Pero esa actitud, que es inteligente y noble, que favorece la convivencia, tiene algunos límites, que conviene recordar. Hay algo que no se puede sacrificar, porque significa una violencia ejercida sobre algo que tiene los sumos derechos; la realidad. Esta es irrenunciable, y si se le es infiel, las consecuencias son gravísimas.

La razón es que la realidad «no desiste». Los deseos humanos o la voluntad pueden hacerlo. No se pueden hacer concesiones sobre la gravedad o la dureza de los materiales o la impenetrabilidad de los cuerpos. La realidad tiene una estructura que hay que reconocer y aceptar; si se la desconoce o niega, «se venga» a su manera, con un sistema implacable de resistencias.

Pero la realidad no es solo física: es también humana, personal, social, histórica. Sus estructuras son más complejas, y por eso más difícil de descubrir y precisar, pero no por ello son menos efectivas. Y el error respecto a ellas, o la falta de respeto, se pagan con desastres. Hace unos años di un curso sobre el factor intelectual en el acierto o el error. Mostré

cómo casi todo lo bueno que le había acontecido a la humanidad estaba respaldado por un pensamiento adecuado, y casi todo lo malo por un error, una falsedad, con frecuencia una mentira deliberada. La evidencia histórica era abrumadora. Comenté entonces que era fácil verlo respecto al pasado, pero que era posible, aunque más dificultoso, extender esa consideración al presente, y prevenirse así contra posibles calamidades del porvenir.

Lo irrenunciable, en suma, es la verdad, tanto en la vida individual, en las relaciones interpersonales, como en la colectiva. En la actualidad, en muchos lugares del mundo, se hacen propuestas de manifiesta falsedad, que están llevando a situaciones de demencial violencia, sangrientas y a veces incurables. Si uno se hace en serio la pregunta ¿qué se puede hacer?, en algunos casos hay que responder: nada —a menos que quiera uno engañarse y de paso empeorar las cosas—. Esto ocurre con diversos países africanos. Cuando se nos invita a destinarles cuantiosas sumas —que podrían emplearse con garantías y eficacia en remediar las carencias, existentes aunque se suelen exagerar, del propio país— hay que preguntarse a quién irían a parar, acaso a dictadores de partido único que las inventarían en comprar armas para someter a sus súbditos o eliminar a sus vecinos, o a grupos de fanáticos enloquecidos.

En España no se llega a tanto —con una excepción notoria pero limitada—, pero se proponen, desde diversos puntos, falsedades ingentes sobre la realidad misma de España y de sus partes, que no se pueden admitir, por las razones indicadas antes. Casi todas ellas tienen su punto de partida, su partida de nacimiento, bien reciente. Están asociadas hasta el punto de anormalidad, bien visible en algunos casos.

Este concepto de anormalidad requiere cierta precisión y hay que introducir algunas distinciones. Hay anormalidad

orgánica, cuando el cerebro está afectado por una dolencia o un accidente. Hay otra psíquica, un funcionamiento defectuoso de las facultades mentales. Pero hay una tercera, que casi siempre se olvida, la «biográfica», la que afecta a la vida personal. Al lado de la psiquiátrica, es necesaria una «bio-iatría», una medicina de las dolencias de la vida biográfica.

En lo colectivo, esto tiene un carácter social e histórico. Aparece en cierto momento, dentro de ciertos grupos, se desarrolla, puede contagiarse, a veces activamente, en nuestra época con recursos potentísimos. El ejemplo más claro y evidente es el triunfo y arraigo del nacionalsocialismo en la Alemania de los años 1930, que solo se superó —tras penosísima cirugía— en 1945. Si ahora se repasan los orígenes y «fundamentos» teóricos de aquello, se queda uno estupefacto. Y sin embargo «prendió» con fuerza insospechada en el país que estaba a la cabeza intelectual del mundo, que había alcanzado la mayor perfección en las disciplinas científicas de todo orden.

El origen de estas enfermedades biográficas —en su caso sociales e históricas— es alguna conciencia de inferioridad, un malestar respecto a la propia realidad, un descontento de algunas dimensiones de ella. Todos tenemos limitaciones, deficiencias, inferioridades respecto a otros. Lo razonable es aceptarlas, resignarnos a su existencia y tratar de superarlas. Lo malo es que tales inferioridades se alían con la impresión —que puede ser justificada— de algunas superioridades parciales. Si falta la cordura —la humildad que es tan necesaria— y sobre todo el sentido de la realidad, se puede precipitar esa dolencia, difícilmente curable, no nos engañemos ni nos hagamos ilusiones infundadas.

Un examen del mapa del mundo actual desde esta perspectiva sería aleccionador, y bastante escalofriante. Hay casos

de tal gravedad, que no veo posibilidad de curación, al menos en las circunstancias presentes. Otros son más benignos, o están en fases iniciales, y se los puede superar.

Lo decisivo es reconocerlos, diagnosticarlos, aplicarse a buscar los posibles remedios. Lo que no se puede hacer es «entrar en el juego», aceptar, ni siquiera como hipótesis, la dolencia en cuestión. Hay que tener un ilimitado respeto por la realidad, indagarla, analizar sus limitaciones, tratar de ir más allá de ellas, aplicarle los remedios que requiera, porque toda realidad humana es imperfecta; pero no renunciar a ella, no negarla, no olvidarla.

Se trata de conservar o recobrar el sentimiento de la verdad. La condición fundamental es el escrupuloso respeto a ello; el ideal sería el entusiasmo por la verdad. Si se difundiera, la mayoría de los males que nos afligen desaparecerían o se mitigarían. ¿Se puede uno atrever a aspirar a tanto? Creo que sí. La verdad es refulgente, brilla o reluce, porque consiste en la manifestación, la potencia de la realidad. Hace muchos años descubrí que el origen etimológico de las palabras —tan intelectuales— *argüir*, argumento, es la raíz griega *àrgyros*, latina *argentum*, es decir, plata, el metal blanco y brillante, que reluce. Eso es la verdad. Si se la muestra, puede ejercer una saludable fascinación, en la que pongo todas mis esperanzas.

Verdad y mentira

Cada vez me parece más evidente que hay muchas cosas que no tienen arreglo —o remedio, que no es exactamente lo mismo, y es aún más grave—. Pienso en los Balcanes, en la casi totalidad de África, que tuvo un «respiro», imperfecto, durante un siglo, desde mediados del siglo XIX hasta 1960. En otro orden de cosas, tienen difícil remedio la soledad, la decadencia, la muerte.

Y hay que añadir que esas cosas que no tienen arreglo o remedio, sin perder esa condición, pueden ser aceptables, llevaderas, si se toma ante ellas la actitud adecuada. Las situaciones lamentables tienen su valor cuando se enfrenta uno con ellas empleando todos los recursos disponibles, el último de los cuales es la resignación; se entiende, la resignación activa, esforzada, que viene a ser lo contrario de la entrega y el desaliento.

Por otra parte, cuando se dice de algo que no tiene arreglo, ¿se está seguro? A veces se decreta así porque «se dice» y se ha oído, por pereza, por cobardía. He dicho que hay que enfrentarse con los males de este mundo «con todos los recursos disponibles». ¿Se hace así? El recurso más importante y eficaz, el gran instrumento que posee el hombre, es el pensamiento. Quiero decir algo más que la inteligencia, la razón, que busca y encuentra las conexiones de la realidad. Sorprende lo poco que se usa, incluso en los gremios que se

consideran intelectuales. Todos los días oigo o leo afirmaciones estupendas, ante las cuales solo se me ocurre una pregunta: ¿cómo lo sabe? Buen número de hombres de ciencia dicen cosas improbables, referentes a remotísimos pasados o al futuro, con apoyo de la estadística. Muchos actúan como profetas combinados con «estrellas» del espectáculo, en lo cual se asemejan a otra estirpe de hombres tradicionalmente severos y modestos: los jueces. Son legión los que aspiran a dar sorpresas diarias, o por lo menos semanales, con descubrimientos o hallazgos físicos, biológicos, paleontológicos o jurídicos. Valdría la pena indagar el influjo de la prensa y la televisión en estos campos, normalmente oscuros.

Lo que no tiene arreglo son ciertos presupuestos.

Pero estos casos no son absolutamente válidos. Con los recursos dados, no tienen arreglo algunos problemas que he mencionado al principio; pero ¿no hay otros? Son muchos los problemas que no se resuelven, sino que se «disuelven» si se los plantea mejor. Tengo la impresión de que los problemas económicos, sociales, políticos se plantean de manera inadecuada, con lo cual se asegura que no tengan arreglo. Haría falta ponerse a pensar a fondo, examinar las situaciones, hacer ingresar a cada una de ellas en su contexto real, en relación con los factores que intervienen en el asunto. El caso de los Balcanes es ejemplar. No he visto nada que se parezca a esa operación que se llama pensar, aplicar la razón al problema. Unos y otros se disponen a «hacer» diversas cosas, sin pensar previamente y el tiempo necesario. Cuando hay una epidemia, se pide a los biólogos y patólogos que investiguen, no que se pongan a actuar; no se les exige que tengan una solución al día siguiente, sino cuando la encuentren si la hallan, porque todo es inseguro.

El primer paso, el decisivo, es no engañarse ni engañar a los demás. El error es posible, hay «derecho» a él, con la con-

dición de que se reconozca y rectifique. Lo que es intolerable es la mentira. Y se la aplica de un modo aterrador —nada me aterra más que eso—. Hay grupos, partidos, publicaciones, que mienten sistemáticamente. Quizá no sean demasiados, pero «cunden» mucho —precioso verbo español, difícil de traducir a otras lenguas—. Los medios de comunicación les dan una difusión y una eficacia que multiplican el desastroso efecto.

La mentira debe producir el desprestigio, la descalificación inmediata e inapelable. Para ello es menester que «conste», que sea puesta de manifiesto; que el que miente sea enfrentado con su mentira, actual o pretérita. De ella se puede y debe «pedir cuentas». Esto, por supuesto, no se hace, y a nadie se obliga a justificar lo dicho o aceptar las consecuencias. Nada perjudica más la salud de una sociedad que la impunidad de la mentira.

Los que han recibido y aceptado de buena fe las mentiras se sentirían estafados, burlados, despreciados por los mendaces. La reacción normal sería: ¿por quién me toman? La represalia sería automática y de efecto decisivo.

No hay que buscar el monedero falso, porque está ahí, presente, y se lo puede sorprender cuando intenta pasar otra moneda recién acuñada, otro billete recién impreso. Basta con recordar lo que se ha dicho, reimprimir el texto pertinente, hacer revivir la escena en que se escarneció a la verdad y se violó el derecho a ella del lector, el espectador, o el oyente. Hay mucha gente que vive angustiada temiendo que le citen lo que alguna vez dijo. Solo se puede conjurar ese temor reconociéndolo y restableciendo la verdad.

¿Para qué leer al que miente? ¿Vale la pena escuchar al que tiene ya preparada la próxima mentira? A veces se ve —es un mérito de la televisión— que alguien se dispone a mentir; en su expresión se dibuja ya el gesto que la anuncia. Pero son

pocos los que atienden a lo que dice una cara. ¿Cómo votar al que miente, cómo poner la propia vida en manos expertas en ello, dispuestas a manipularla y servirse de ella con desprecio? La contrapartida es que los que hacen profesión de la mentira, los que tienen voluntad habitual de ser veraces, lo sean implacablemente. Quiero decir que extremen esa condición sin excepciones; que no se permitan ni la menor mentira. Y si acaso se les desliza un error, no digamos si ceden alguna vez a la tentación de falsear algo, se apresuran a reconocerlo, rectificar, purificarse de tal mancha.

Me preocupa indeciblemente que, a los sesenta y un años del final de la guerra civil, se siga mintiendo sobre ella, sus orígenes o sus consecuencias. Y no se olvide que, al lado de las falsedades expresas, hay las de omisión, la mutilación de la verdad exigida. Veo con sorpresa y honda preocupación que muchos no tienen reparo en callar, omitir, poner silencio en lo que es menester decir. Se dan casos extremos entre los que no se atreven ni a citar lo que otros han dicho o escrito, simplemente porque es verdad, y eso parece espantarlos.

Partiendo de la más escrupulosa exigencia de verdad, de la eliminación de la mentira culpable, del reconocimiento de la realidad en toda su complejidad y con su trabazón, se podría ejercitar el pensamiento y plantear rectamente los problemas. Acaso se encontraría que pueden tener arreglo algunas cosas que sin ello ciertamente no lo pueden tener. No se me ocurre otro camino para intentar el saneamiento del mundo.

Más de la cuenta

Antonio Machado escribió: «Se miente más de la cuenta / por falta de fantasía: /también la verdad se inventa». Cuando un partido, un político, un autor, un periódico, una emisora, un medio de comunicación cualquiera, miente más de la cuenta, es inevitable que sobrevenga la incredulidad, el desprestigio, la repugnancia.

Lo curioso es que cuando esta reacción se produce casi siempre se buscan otras causas, se evita referirse al verdadero origen de esa repulsa o ese fracaso. Cuando se miente «más de la cuenta» no se cree en nada de lo que se dice. Para mí la cuenta es muy breve; tengo particular intolerancia para la mentira, apenas me aparece tolerable la exageración, la atenuación, el silencio provisional. Para volver a Machado, «A las palabras de amor / les sienta bien un poquito / de exageración». Entiéndase bien: a las palabras de amor, no a las de odio, envidia, malignidad.

Creo que en esto estriba el principal criterio para sanear la convivencia, los proyectos colectivos, y dentro de ellos la vida política. Cada uno es responsable de lo que hace y de lo que dice, y el apoyo o el desvío deben ser la respuesta adecuada a la conducta. Quiero decir que los ciudadanos deben saber claramente a quién prefieren, a quién estiman, a quién desprecian, de quién pueden fiarse.

Se acumulan hechos y dichos —estos últimos más fáciles de retener, catalogar, comprobar— y todo ello va componiendo la figura individual o colectiva. Hay que recordar que alguien ha dicho algo manifiestamente falso, que no sostiene la menor confrontación con la realidad, y eso basta para no tomarlo en serio.

Cuando se desfigura la historia, o el presente, se ofrece como existente lo que nunca aconteció, o se piden cosas que no se podrían conceder nunca, que responden al mero capricho, a la insolencia o acaso a la perturbación mental, lo único discreto es volver la espalda y dar por no oído lo dicho, y no tener en cuenta al autor.

Es posible que algunos se alíen con personajes absolutamente indeseables, con los que no es posible ninguna convivencia decente, y eso debe entenderse como una complicidad que se extiende a los que aceptan esa alianza y los equipara a ellos, de manera que hay que obrar en consecuencia.

Bastaría con yuxtaponer en los textos impresos, o mostrar a continuación en la radio o la televisión, lo dicho por algunos y por otros, o los datos fehacientes de la realidad, para que las cosas quedasen claras, la verdad restablecida, y las responsabilidades recayesen sobre aquellos que son sus titulares. Si esto se hiciera de manera normal, se despejaría indeciblemente el horizonte, cada uno sabría qué prefiere, qué decide, qué impone con su voto al conjunto.

Un detalle que no carece de importancia es la manera de titular en la Prensa. Resulta cómico, y siempre aleccionador, cómo se presenta en diferentes periódicos la misma noticia; como se sabe que gran parte de los lectores no pasa de los titulares, basta con matizarlos para conseguir el efecto deseado, que puede ser la transfiguración de la verdad. Tomar la parte por el todo; generalizar lo que han hecho o dicho unos cuan-

tos como si fuesen la mayoría o la totalidad; deslizar un adverbio tendencioso; omitir lo que es esencial. Técnicas bien conocidas y utilizadas por casi todos. Pero hay que añadir otro adverbio, «desigualmente»: hay publicaciones que lo hacen alguna vez; otras, sistemáticamente. Añádase la omisión, el silencio, del que se hace un uso metódico, y se llega a la suplantación de la verdad, a su sustitución por un complejo de mentiras.

Creo que esto es, simplemente, lo más importante. Si se busca en serio el origen de lo más grave de nuestra historia reciente, la guerra civil, se ve cómo su causa principal fue la acumulación de dos sistemas de falsedades que no fueron adecuadamente examinadas, descubiertas, invalidadas. Lo más curioso e inquietante es que al cabo de sesenta y un años del final —del final, no ya del comienzo— de aquel desastre, muchas mentiras son renovadas, repetidas, o inventadas «de nueva planta» por los que no asistieron a ello. Es asombroso cómo los verdaderos testigos, incluso actores o participantes, están más dispuestos a reconocer la verdad que muchos posteriores que reniegan la verdad, en gran parte salvada; los he llamado alguna vez los «auto-desheredados».

Y más allá del ámbito español sucede lo mismo. Los orígenes de las dos guerras mundiales, la de 1914 y la de 1939, descubren fenómenos análogos. He leído la introducción al libro de Conan Doyle sobre la campaña británica en Francia y Flandes de 1914; se ve claramente el papel de las falsedades en el desencadenamiento de la guerra, y la posibilidad de que se hubiese evitado. En la segunda, la cortina de mentiras fue mucho mayor y más hábil. He recordado que en España el titular de un periódico anunció su comienzo en grandes letras: **POLONIA ATACA A ALEMANIA.**

Detrás de todo esto late una carencia decisiva y no fácil

de superar: la escasez de pensamiento. Desde hace diez años se habla incesantemente de los Balcanes, más aún: desde hace un decenio se está actuando allí: matando, destruyendo, tratando de impedirlo o atenuando, rehaciendo el siempre confuso mapa de Europa. Es evidente que casi nadie de los que actúan, por supuesto de los que opinan, hablan o escriben, tienen la claridad que sería exigible.

Reconozco que no es fácil alcanzarla; pero es necesario, indispensable para hacer algo que tenga algún sentido. Es probable, por desgracia, que los Balcanes «no tengan arreglo»; hay muchas cosas que no lo tienen. Pero hay que esforzarse por verlo, por buscar si acaso es posible. Y ello requiere imperiosamente pensar.

Creo que una visión amplia y veraz del problema llevaría a marchar en la dirección contraria de lo que se está haciendo desde hace un decenio. Si hay alguna esperanza, consistiría en una integración inteligente y creadora del conjunto. Se ha elegido el camino contrario: la atomización, la consagración de los caprichos y las manías, la multiplicación de «países» inviables, cada uno de ellos tan complejo como el defectuoso pero admirable Imperio Austro-Húngaro. El resultado está a la vista. ¿No habrá quien, con los recursos necesarios, se ponga a pensar seriamente sobre lo que pasa desde hace más de un milenio y lo que se puede hacer?

Posesión o negación

1998 resultó un admirable observatorio para ver cómo es España y hacia dónde va. El centenario de la muerte de Felipe II condujo a un extraordinario avance en la consideración de un fragmento decisivo de nuestra historia; el de la fecha 1898 y la significación de la generación así llamada está multiplicando los análisis de un momento histórico relevante, que ha llevado a considerar los años precedentes, la Restauración y la obra de Cánovas, y acaso por primera vez se está descubriendo su verdadera realidad. Incluso se conmemora otro centenario, el del nombramiento por Godoy de Jovellanos como ministro de Gracia y Justicia, que fue de breve duración, un sintomático signo alentador, pronto seguido por lamentables persecuciones. No he sido ajeno a largos exámenes de estas realidades españolas, en multitud de libros y artículos, con una síntesis global en *España inteligible*.¹ Incluso Jovellanos despertó mi interés hace mucho tiempo: en 1961 publiqué un largo ensayo, «Jovellanos: concordia y discordia de España»; en 1967, una extensa selección de sus admirables «Diarios», aquellas porciones de interés general o personal y biográfico —agotada hace mucho tiempo y que merecería recordarse—. Jovellanos es una de las más nobles y pulcras figuras españolas de cualquier época, de

1. *España inteligible*, Alianza Editorial S. A., Madrid, 1985.

esas que se pueden y deben atesorar como ejemplos, que compensan de otros sinsabores y deslices.

Veo una tendencia salvadora a tomar posesión de nuestra realidad, a mirarla con ojos veraces, con capacidad de distinción, de crítica y a la vez entusiasmo. Significa esta actitud un reverdecimiento de la insegura pasión por la verdad, sin la cual todo fracasa, tantas veces enturbiada por el rencor, el partidismo o su forma extrema, el fanatismo.

¿Será posible que esa actitud triunfe y se imponga? En los últimos años veo síntomas alentadores de que así sea, de que podamos confiar en el futuro que nos espera, es decir, con el cual tenemos una cita activa, que tendremos que hacer con los recursos disponibles. Cada vez que encuentro indicios de esa toma de posesión de lo que somos y nos pertenece, de su valoración justa, sin cerrar los ojos a lo que requiere corrección y superación, siento renacer la confianza que dominó nuestra juventud y que fue minada y casi enteramente destruida por la inundación de negativismo que hizo posible la inmensa atrocidad de la discordia y la guerra civil.

Pero no es bueno engañarse, retener solamente esas muestras de cordura y veracidad. No ha desaparecido el negativismo, que lleva a ocultar o desfigurar hasta lo más evidente, que se obstina en sustituir la realidad por su hueco, por una serie de ficciones carentes de imaginación, monótona insistencia en la mera negación. Se podría hacer un interminable catálogo de omisiones, destinadas a convencer de la nulidad de todo lo que han hecho españoles de todos los tiempos, y especialmente de los cercanos. Hay organizaciones, instituciones, publicaciones, dedicadas sistemáticamente a esa operación, con una minuciosidad que asombra.

De vez en cuando, algunos señores declaran que no son españoles. La primera reacción es pensar: «Menos mal. ¡Qué ali-

vio!», pero un momento de reflexión hace dudar de ello. Porque se ve que más bien son «españolísimos», quiero decir caricaturas exageradas, de brocha gorda, de los más tópicos defectos españoles: la propensión a la hostilidad, a la simplificación, la arbitrariedad, la intemperancia. Nuestro gozo dura poco, y se cae en la cuenta de que no podemos desentendernos de ellos, digan lo que digan, que deben preocuparnos; más aún, intentar salvarlos de sus limitaciones, aunque sea con escasa confianza.

Si nos preguntamos por las causas de esa automática voluntad de negación, tenemos que pensar en un profundo descontento de sí mismos, individual o colectivo. Se descubre un rencor acumulado, una frustración personal o proyectada sobre un grupo social con el cual se identifican, y que puede ser una invención inexistente.

No se perdona no haber hecho las cosas grandes con las que se puede contar; en lugar de intentar hacerlas —siempre se está a tiempo— se prefiere negarlas. A veces se niegan las que se han hecho, las que pertenecen, porque se han hecho «con los demás», quiero decir con los demás españoles y no en un aislamiento ficticio y que nunca se ha dado. Es decir, se niega la realidad propia, solamente porque ha sido «compartida». Esto parece una insigne aberración, pero si se mira con alguna atención se ve que es la clave de tantas actitudes que de otro modo son inexplicables.

Esto nos lleva a una conclusión: lo decisivo es la actitud ante la verdad. Si se la busca, se la descubre y se la acepta, si se permite su entrada en nosotros y se obra en consecuencia, se está salvado. Se puede entrar en el siglo XXI con buen ánimo, con precaución y esperanza. Se puede hacer acopio de las posesiones, incluyendo entre ellas los problemas, las dificultades, los errores, las posibilidades de desviación, y acometer así las empresas propuestas desde fuera o imaginadas; con un ejercicio original de las pretensiones auténticas, de lo que se intenta ser.

Si predomina el rencor, el estéril descontento, la voluntad de negar lo existente, lo que han hecho los demás, hasta cuando se ha participado en ello, se obtura el porvenir, se renuncia a que verdaderamente exista, se produce un anquilosamiento que es una forma de muerte. El negativismo es ante todo una negación del que niega.

Las dos posibilidades se abren ante nosotros. Podemos elegir entre ellas, prestar nuestra confianza y nuestro apoyo a unos y otros. Más aún: podemos adscribirnos a una u otra de estas dos actitudes. Quiero decir que no debemos limitarnos a verlas desde fuera como opciones que nos son propuestas, por ejemplo en unas elecciones. Esto es evidente y no carece de importancia; pero se trata de mucho más.

Lo que tenemos que elegir es quiénes queremos ser. Los modelos, no ya políticos, o intelectuales, sino humanos, que se nos ofrecen, son invitaciones a «ser» nosotros mismos algo que está en nuestra mano.

Por eso es esencial que distingamos entre la admiración o la repulsión. Ante personas, instituciones, proyectos, doctrinas, tenemos que auscultar nuestra verdadera intimidad para descubrir nuestra profunda reacción. Y obrar en consecuencia. Nos va en ello, por supuesto, el porvenir de España, el puesto que va a ocupar en Europa, en el mundo hispánico, en el conjunto de Occidente. Pero más aún, qué vamos a hacer de nuestras vidas, quiénes vamos a ser, en la medida en que nuestras circunstancias lo permitan. Y esas circunstancias no son inmodificables, no son impuestas, sino solamente propuestas. Con ellas tenemos que hacer «mundo»: el mundo en que vamos a vivir y que todavía no existe; que será, en buena medida, obra nuestra. Cada vez parece de más refulgente evidencia el principio «la verdad os hará libres».

Complacencia indebida

Es frecuentísimo el espectáculo, para mí entristecedor, de personas estimables que aceptan sin resistencia cosas, decisiones, empresas, propuestas, colaboraciones, que les parecen indeseables, que acaso les repugnan, pero que por su complacencia reciben una injusta autorización, en algunas ocasiones un aparente prestigio, con el influjo y la eficacia que ello lleva apareados.

Los ejemplos se pueden multiplicar; y van de lo que parece —pero no es— inofensivo hasta lo que trae graves consecuencias. Se presta la adhesión a homenajes a personas o instituciones a las que no se juzga merecedoras de ello; por compromiso, por debilidad, por alguna relación de amistad o parentesco. Esto se capitaliza, se parte de ahí para ulteriores acciones, que pueden contradecir la verdadera actitud del que ha participado en el homenaje.

Se ha descubierto una ingeniosa técnica para la selección de jurados, por ejemplo de los innumerables premios. En otros tiempos solían estar compuestos de pocas personas, tal vez cuatro o cinco. Ahora pueden ser doce o quince. Tal vez tres de ellas son conocidas y valiosas; son los nombres que se retienen; los demás pueden ser desconocidos y carecer de autoridad para decidir; pero con ellos se pueden formar mayoría que hacen lo que se quiere. Hace ya muchos años renuncié a acep-

tar ninguna delegación de la Real Academia Española en ningún jurado, y siempre me he alegrado de tal determinación.

Se colabora en reuniones, mesas redondas o cuadradas, comisiones o congresos, sin reparar en su composición, o haciendo caso omiso de sus posibles aspectos desagradables. Es el «visto bueno» que se da a realidades que no se estiman ni comparten, y así se establece una perniciosa complicidad. Se puede recibir la invitación a inaugurar o clausurar un congreso, al otro extremo del cual hay una persona eminente; esto parece honroso; pero tal vez entre el principio y el fin hay nombres que estorban, o faltan los que serían necesarios.

La solución es quedarse en casa, mejor aún explicando, con educación y buenas maneras, los motivos. A veces, esa complacencia lleva a caer en verdaderas trampas, si se toma parte en coloquios o debates irresponsables, por debajo de todo nivel imaginable; y ante esos públicos amaestrados cuya selección es casi siempre un misterio.

Todo esto es relativamente venial. Cada una de esas complacencias no tiene demasiada importancia; pero son demasiadas para que pueda soportarlas la salud de una sociedad. La cosa es más grave cuando afecta, por ejemplo, a la Justicia. Casi nadie sabe qué pensar de ella, y esta perplejidad me parece lo más inquietante. Lo normal es que se piense poco en la Justicia, que no se conozca el nombre de casi ningún juez o magistrado, que no se tenga ni la menor idea de su cara, apostura o manera de cambiar de ropa. Que no se tenga ni la más remota idea de las relaciones que pueda haber entre ellos, no digamos entre ellos y aquellos a quienes tienen que juzgar. Recuerdo que había juicios «sumarios», y algunos eran «sumarísimos»; ahora la duración se cuenta por años o lustros. Se habla de sumarios de muchos miles de folios, que evidentemente nadie lee, porque no es «posible»; no hablemos de analizarlos, meditarlos e inter-

pretarlos. Muchos jueces, magistrados, fiscales, aparecen reunidos en «agrupaciones», cuyos nombres pueden ser políticos. Con todo esto se convive año tras año, y el resultado es lo que antes dije: que casi nadie sabe qué pensar.

Si se llega al campo de la política, la agudeza aumenta. Es sabido que obliga a muchas cosas, y entre ellas a lo que coloquialmente se llama «tragar sapos». Creo que sería conveniente cambiar el régimen alimenticio. Hay gente que dice cosas inadmisibles en cualquier convivencia civilizada: «exigen» cuando no tienen derecho a ello, sino a sugerir, pedir, solicitar, proponer —verbos en desuso—; piden lo que es contrario a las leyes, a la Constitución, al sentido común o al decoro; o mienten de manera descarada y comprobable. Pues bien, no pasa nada, no trae tal conducta la menor consecuencia, se sigue la cooperación como si fuera «de recibo» —excelente expresión, también desusada.

Hay grupos, que pueden ser partidos enteros, dedicados a protestar sistemáticamente de todo —especialmente si está bien, si es un acierto—. Esto introduce una corrupción intrínseca de la democracia. Esta, que es el único régimen político legítimo en nuestra época —no en otras, claro está—, y que por tanto es insustituible y merece ser mantenida y defendida, tiene defectos y riesgos que le son propios, algunos inevitables, pero hay que verlos, reconocerlos y reducirlos al mínimo. Creo que esta operación es extremadamente urgente, pero no se pone en práctica, con lo cual se la expone al descrédito, a la desilusión y a los peores peligros.

Hay muchas cosas simplemente «inaceptables», y esto se debe tener presente para obrar en consecuencia. Se dice y se repite que las Comunidades Autónomas o los que se atribuyen su representación pueden hacer lo que gusten, y que no hay ningún instrumento legal que pueda impedirlo. Hace

cuatro años publiqué un artículo titulado «El artículo 155»,¹ en que mostraba, con las citas textuales pertinentes, que la Constitución establece, por una vez sin ambigüedad alguna, lo que se puede hacer y cuál es el procedimiento legal. Este artículo no recibió, que yo sepa, ninguna mención, cita o comentario. Por lo visto, a nadie pareció interesante.

Estoy persuadido de que todo lo que acabo de enumerar, y que parece enorme, es una ínfima porción de la realidad española. El volumen de lo que es razonable, normal y correcto, en suma, sano, es incomparablemente mayor. Pero la visibilidad de lo indebido y pernicioso es inmensa, y es lo que percibe el habitante normal de nuestro país. La complacencia —indebida, repito— de los que merecen confianza, de los que hacen lo que se debe, da enorme resonancia a la fracción menos estimable y respetable.

Además, engendra impunidad. Los actos reprobables, incluso manifiestamente indecentes no traen malas consecuencias a sus autores; al contrario, les dan notoriedad, popularidad; en su momento votos; y son ellos poder. Que, por supuesto, usarán sin restricción, tal vez, con la ilusión de que es «para siempre», con una actitud que hemos conocido bien en el pasado reciente y que ahora puede resultar grotesca.

Urge una variación que puede ser casi imperceptible, pero que es esencial: una torsión hacia la verdad, lo justo y justificado, el derecho de los demás, que por añadidura son casi siempre «los más». En otros términos se trataría de restablecer la salud del cuerpo social, ente que está invadido por la dolencia. No se olvide que los virus que amenazan son de volumen mínimo y tienen que ser descubiertos por el microscopio electrónico.

1. ABC, 18 de febrero de 1996.

La complacencia en la mentira

La mentira, que se debe distinguir pulcramente del error, es uno de los mayores males de la humanidad, quizá el más importante, junto a la falta de amor —o esa variante suya que es el desamor—. Por diversas causas, siempre ha abundado; una de ellas la señaló perspicazmente Antonio Machado: «Se miente más de la cuenta —por falta de fantasía; también la verdad se inventa». La falta de imaginación lleva a mentir; es una forma de carencia.

Hay tiempos y lugares en que la mentira se hace especialmente frecuente. Es uno de los hechos más inquietantes —y para mí más repulsivos—. Si se tiene experiencia de la vida, lo que no es seguro, ni se adquiere automáticamente con la edad, el aumento de la «densidad» de la mentira es motivo de preocupación: «Algo pasa», se piensa; o, con mayor zozobra: «Algo va a pasar».

Brindo a los historiadores —que los hay, y muy buenos, y algunos admirablemente veraces— la investigación, desde este punto de vista, de lo que sucedió en España entre el otoño de 1933 y el verano de 1936. Sería todavía más apasionante indagar el florecimiento de la mentira en Alemania, mejor en toda Europa, por las mismas fechas, quizá un poco antes. Creo que la espesa cortina de mentiras oscureció la realidad, cerró el horizonte, produjo alteraciones en los que las recibieron, hizo

posible los grandes desastres, que acaso se hubiesen podido evitar, si esas mentiras se hubieran descubierto y mostrado.

Pero se miente de muchas maneras. El estilo «literario» —llamémoslo así— es revelador; la televisión, fantástico difusor de las mentiras, es a la vez un instrumento para descubrirlas y filiarlas, si se presta atención a lo que se ve y oye. Hay quien miente a pesar de que sabe que lo que dice es falso; hay quien lo hace «porque» sabe que es falso, precisamente por eso. A veces lo hace con malhumor, con ira, más o menos disimulada, a sabiendas de que se está envileciendo para envilecer a los demás, y da el propio envilecimiento por bien empleado.

Hay, sin embargo, otra forma de mentir que me parece todavía más peligrosa: aquella que va acompañada de complacencia. Hay personas a quienes «les gusta» mentir. Mienten no solo por conveniencia, o porque se les ordena, sino «por vocación». La mentira, en estos casos, suele ir acompañada de una sonrisa. Siempre se ha dicho que la risa es lo más propio del hombre y la sonrisa es lo más refinado de ella. Pero hay muchas variedades. «Reírse de» alguien no es nada simpático; «reírse con» alguien es noble y confortador. A la risa y a la sonrisa les pertenece un ingrediente de alegría, y es inquietante que falte. La sonrisa hostil —que nuestra lengua llama certeramente «sonrisilla»— es reveladora.

¿De qué? Por lo pronto, del descontento del que la usa. Y ese descontento profundo, que no afecta a la «situación» —cómo le va a uno— sino a la «condición» —quién se es—. Este descontento es sumamente peligroso, sobre todo si se tiene fama, o más aún, poder.

No es difícil descubrirlo en la mayoría de los ejemplos de monstruosidad en la historia. Y es curioso que en algunos casos, en que ha sido menor ese descontento, han resultado monstruos «veniales».

La historia es un asombroso muestrario que nos ofrece amplísimo campo. Con tal de que se tenga prudencia y modestia, es decir, la convicción de que se sabe poco de quiénes eran las figuras del pasado, la inseguridad de ese conocimiento, la probabilidad del error.

El presente tiene la ventaja de la realidad, la posibilidad de comprobación, de reiteración, de contraste. Lo malo es que no se utilicen demasiado los instrumentos de orientación. El afán de notoriedad, de «fama» de muchos hombres dedicados a la investigación y el estudio —lo que en otras épocas no era frecuente— hace que hagan constantemente declaraciones, exhiban sus «descubrimientos», predigan sus inmensas consecuencias. Pierdo toda confianza, dejo de interesarme, y esta actitud acaba por desteñir sobre algunas disciplinas en que esto se generaliza.

En el ámbito de la política la cosa es más clara aún, y debería ser más eficaz. Si alguien miente, dejo absolutamente de confiar en él y no pongo la menor esperanza en lo que significa. Se dirá —se dice siempre— que «los políticos mienten». No es absolutamente cierto, y mis preferencias van a los que no lo hacen. En alguna medida casi todos caen en formas «reducidas» de mentira, por ejemplo la exageración o la simple ocultación de parte de la verdad.

Uno de los defectos constitutivos de la democracia es que el poder se consigue mediante elecciones, es decir, logrando gran número de votos, y estos suelen responder a las promesas que los políticos hacen, con mayor o menor responsabilidad y fundamento.

Siempre he pensado que la democracia no será sana hasta que algunos partidos se atrevan a «no prometer» lo que no se puede, a declarar que no lo hacen porque no quieren engañar; es una táctica arriesgada, pero aplicada con talento y energía puede ser salvadora.

Esta posibilidad es estrictamente lo inverso de la complacencia en la mentira, que para mí entraña la máxima descalificación. Con el que miente con deleite, gozando con ello, no se puede ni cruzar la calle. Lo probable es que lo empuje a uno debajo del primer camión que pase —y tales caminos nunca faltan.

No comparto la visión desoladora del hombre, que goza de tanto favor y tan buena prensa. Creo que la mayoría de las personas son bastantes «decentes» —palabra gastada, poco usada, que habrá que rehabilitar—; he encontrado a lo largo de mi vida muchas personas decididamente buenas —sin duda más mujeres que hombres, y conviene decirlo y sacar las consecuencias—. A la mayoría de esas personas les gusta lo bueno, aunque acepten pasivamente la bazofia bien aliñada y ensalzada; en su vida real, prefieren lo mejor. Son capaces de admiración, y sienten repulsión ante lo que la merece, aunque muchas veces no se atreven a decirlo, por la presión de lo que oyen, ven o leen. Pero, como dice la graciosa expresión de nuestra lengua, «otra les queda dentro».

Con esos elementos se podría eliminar la mentira y avanzar confiada, esperanzadamente, acaso ilusionadamente, en el porvenir.

La insurrección de la mentira

La mentira se ha usado siempre, desde que hay memoria de lo que se ha dicho y ha dejado huellas. Lo frecuente era que se deslizara, casi de puntillas, insidiosamente, y operase en las mentes y en las sociedades. Ha sido, a lo largo de siglos, una de las armas políticas más eficaces y perniciosas. Sería urgente hacer un balance aproximado de sus resultados, y se vería que hay que poner en su cuenta la parte mayor de los desastres que han afligido a la humanidad. He pasado gran parte de mi vida intentando mostrar esto con insistencia, pero no con gran éxito. Creo que era Benavente quien decía que en el teatro había que decir las cosas tres veces para que el público se enterara. En los escritos, probablemente más de tres.

En España, estamos asistiendo a una intensificación del uso de la mentira, con una modificación que importa señalar. No es que se intente «deslizarla», con algún disfraz, sino que se la proclama abiertamente, con descaro e insolencia, con amenazas, como si fuera un derecho —rasgo de muchos fenómenos de nuestra época.

Basta que alguien intente, aunque sea tímidamente y con extremada cortesía, formular o defender la verdad, y aunque sea la máxima evidencia, para que surjan los ataques, las invectivas, los intentos de coacción, las amenazas. ¿Cómo puede nadie atreverse a pedir que los estudiantes sepan quiénes son,

dónde viven, en qué época han nacido, de qué pueden disponer para vivir como personas civilizadas? ¿Puede tolerarse que se pretenda enseñar lo que constituye el torso de la cultura universal, la figura del mundo, en vez de refugiarse en algún reducto particular, de preferencia inexistente? ¿Cabe mayor impertinencia que confiar en que los españoles puedan tener una idea aceptable de lo que ha sido y es España entera, con todas sus partes y miembros, en vez de atenerse a una fantasmagoría inventada para falsificar la realidad de una partícula? Se encuentra intolerable que las personas humanas conozcan lo que se llama por antonomasia Humanidades, las disciplinas de lo humano, aquellas en que se encuentran nuestras raíces y permiten entendernos, las que nutren nuestra civilización y nos permiten proyectarnos hacia un futuro propio.

Hay que preguntarse quién ataca todo esto, quién se moviliza para esa concertada insurrección de la mentira. Individuos que se llaman «portavoces» de minorías, tal vez exiguas, que a su vez se atribuyen la representación de sociedades mucho más amplias, que no se atreven a firmarse y hacer valer sus propias convicciones, preferencias y voluntades. He hablado a veces de «la opresión de las mayorías por las minorías», que es uno de los factores más curiosos de nuestro tiempo; lo contrario ha sido frecuente; el cambio actual se debe a dos elementos decisivos: la organización y el uso de los medios de comunicación.

Se pueden leer o ver innumerables manifestaciones contrarias a la pretensión de que los estudiantes conozcan aceptablemente la realidad; pero sin duda la inmensa mayoría de los españoles encuentra ese propósito excelente, y lo único que podrían echar de menos es que no esté ya realizado, y acaso con mayor amplitud y energía. Unos hablan —o gritan— y otros callan. El resultado es una falsificación más, otra mentira que se añade a las que nos agobian.

A veces se hacen cálculos que pueden ser erróneos; nada más peligroso. Se piensa que conviene complacer a algunos; pero ¿a costa de manejar, lastimar u ofender a muchos más? Si se hacen cuentas —en muchos asuntos es mejor, acaso necesario, no hacerlas, así en cuestiones de amistad o amor, y me pregunto si la política digna de este nombre no tiene esencialmente que ver con esto—, si se hacen cuentas, repito, es imperativo hacerlas bien. Las grandes quiebras de deben, más que a la ausencia de cuentas, a sus errores. La historia sirve, entre otras cosas mayores, para escarmentar en cabeza ajena, quiero decir pretérita, aunque sea propia y se estén pagando las consecuencias.

Es de la mayor urgencia que se lleve a cabo una general afirmación y reivindicación de la verdad. Es un problema universal, no nos engañemos; está afectando muy directamente a la organización de Europa, a la apremiante y difícil incorporación de su porción oriental —que ha sido durante decenios el imperio sin límites de la mentira, que rebrota a cada instante con diversas máscaras—. No es fácil, pero sí posible, plantear esta cuestión a su inmensa escala efectiva. Se rehúye pensar qué se puede hacer en África o en grandes porciones de Asia y en algunas de Europa. Ni siquiera se admite la posibilidad de que se llegue a la conclusión de que en algunos casos no se puede hacer nada, a no ser «hacer que se hace» y empeorar las cosas.

Si nos limitamos a España, son más sencillas y menos graves. Creo percibir en la sociedad española un callado afán de verdad. Podría documentarlo, pero prefiero no hacerlo. Es curioso que ninguno de sus síntomas se hace constar, se recoge o comenta, con lo cual los que sienten ese afán creen que están solos, que son solamente unos cuantos, acaso una rareza. Lo que se muestra es rigurosamente lo contrario, y son muchos los que creen que «las cosas son así», y se resignan a ocultar su extraña «excepción».

Creo que España consiste en un riquísimo repertorio de posibilidades, apoyadas en uno de los pasados más interesantes y creadores de la historia, con no pocos errores que son una riqueza más, porque nos pueden evitar repetirlos o cometer otros semejantes. Hay que poseer todo eso, en su variedad, en la multiplicidad de sus posibles trayectorias distintas y convergentes. Conocer las aportaciones de muchos siglos, y por supuesto del que empieza, al conocimiento de la realidad, a su recreación literaria y artística, a su interpretación intelectual, y no quedarse en ello, que es solo una fracción de la cultura «propia», que es la europea, y hoy la occidental sin restricción.

En este momento no hay en España problemas que sean insolubles —existen, y hay que contar con ellos—, ni siquiera verdaderamente graves. Son los que se presentan a toda sociedad, aun en sus mejores momentos. Temo que se están desperdiciando algunas de las fantásticas posibilidades con que se soñaba hace veinte años, y que en su porción esencial se han realizado. Hemos padecido errores «innecesarios» —es lo peor que se puede decir de ellos—, que nos hacen estar hoy por debajo de donde deberíamos estar. El horizonte está abierto. Somos dueños de nuestro destino, a pesar de pasaje-ras renunciadas.

Lo único necesario es una torsión hacia la verdad, una voluntad firme de no aceptar la mentira ni rendirse a ella, ni siquiera dejarse manchar y perturbar por su influjo. Sería imperdonable que dejáramos escapar la oportunidad de llevar a España a la perfección que está al alcance de su mano; quiero decir de las nuestras.

Prosaísmo

Una de las consecuencias más inquietantes y menos advertidas del particularismo que invade la vida pública en España —y en otros lugares también— es que resulta contagioso. Significa un extraordinario estrechamiento de la visión, la reducción a espacios confinados, a artificiales porciones de realidad, a veces de extraordinaria pequeñez, aislados de su contexto efectivo. Esto lleva a una miopía peligrosa, a una percepción angosta, que en casos extremos puede limitarse al propio ombligo. Este tipo de visión no tiene futuro, y excluye todo proyecto; se concentra en cuestiones de escaso alcance, que pueden ser insignificantes, sobre las que se discute interminablemente. Sería interesante medir el puesto que ocupan en los medios de comunicación cuestiones minúsculas que podrían despacharse en unas líneas o unos minutos de radio o televisión.

Lo peor es que esta actitud se «contagia» a los que no son particularistas por vocación o interés, a los que pretenden superarla y restablecer una visión más amplia y justa. Nada más peligroso que aceptar los planteamientos ajenos cuando no son correctos, especialmente si son resueltamente falsos. He recordado muchas veces la necesidad de usar la vieja respuesta escolástica *nego suppositum* (niego el supuesto) a preguntas capciosas, como «¿Has perdido los cuernos?» o «¿Has dejado de pegar a tu mujer?», a las que no se puede contestar ni «sí» ni «no».

Si se repasa el conjunto de la vida pública, se advierte la tendencia a detenerse en cuestiones que pueden ser interesantes, pero son muy limitadas, y que pierden incluso el interés que poseen si se las toma fuera de contexto, sin horizonte, sin una perspectiva de futuro. Esto lleva al «provincianismo» propio de los particularismos, que puede ser en sus orígenes de una angostura apenas creíble. Y que explica muchas cosas.

Lo grave es que no se plantean las cuestiones verdaderamente importantes, de las que depende el sentido de las menores, el horizonte efectivo en que adquieren significación. La vida pública se vuelve demasiado «cotidiana». Lo es, pero no solo. «Ah, que la vie est quotidienne!», lamentó el poeta; qué cotidiana es la vida. Es una verdad inmovible, pero no exclusiva, y el quedarse ahí es esterilizador.

Echo de menós la visión abarcadora sin la cual la política no tiene sentido ni, a la larga, eficacia; y no solo la política, sino toda la vida pública en general, y muy especialmente la creación intelectual, literaria o artística. Por su eficacia, la televisión se está convirtiendo en uno de los problemas más graves de España. Hay canales que son instrumento coherente de degradación, «técnicas de envilecimiento», en la expresión de Gabriel Marcel, con un rebajamiento del nivel de lo humano que empieza a ser aterrador. Pero los que no están dedicados a ello, los que deberían ser antídotos de ese propósito, se contaminan de ello, imitan lo que otros hacen y no resultan demasiado distintos, porque se abren a la estupidez, la chabacanería y la aceptación de lo indeseable.

Pero todo esto, que no es poco, significa algo más, en lo que casi nunca se repara: la invasión del «prosaísmo», que insidiosamente penetra en las vidas individuales. No es un fenómeno exclusivamente español; toda Europa está aquejada de él, en diversos grados; el predominio de lo económico y

administrativo, en cada una de las naciones y en la naciente Unión Europea, está extinguiendo todo despegue de lo inmediato y utilitario, de lo mezquino, carece de lo que puede y debe llamarse «lirismo».

Una de las más profundas verdades que formuló Ortega es la de que el hombre lo hace todo por razones «líricas». Lo he comprobado —y practicado— a lo largo de toda mi vida, y he visto la esterilidad del prosaísmo, cuya consecuencia inmediata es el aburrimiento, enemigo público de nuestra época.

Es de la mayor urgencia volver los ojos a ese «lirismo», artículo de primera necesidad, antídoto del «prosaísmo» invasor y contagioso, al que habría que poner en cuarentena.

En nuestro caso español esto es particularmente doloroso, porque una dosis de lirismo ha acompañado a España a lo largo de toda su historia, salvo momentos de crisis y de infidelidad a sí misma. España ha hecho casi siempre lo que «no le traía cuenta» pero «valía la pena». Esta es la clave de casi toda nuestra historia, paradójicamente, de la que ha resultado fecunda y creadora. Los españoles han aceptado innumerables sacrificios, no solo de buen grado, sino con entusiasmo. Desconfío de la actitud permanente de «quejumbre» que surge también en porciones de la humanidad y entre nosotros. Suele revelar un profundo descontento, no de la «situación», sino de la propia «condición»; no de cómo le va a uno, sino de lo que es.

Y esta misma expresión es desorientadora. En el hombre, lo que «es» quiere decir primariamente lo que pretende ser, es decir, el proyecto. Cuando se carece de este, o no es atractivo, sobreviene el descontento, el desaliento, la mezquindad, y la propensión a echar la culpa a «ellos», a los demás, sean quienes se invente.

Por ese lirismo habitual de la gente española a lo largo de un milenio como mínimo se había conseguido un tipo huma-

no que irradió sobre Europa como una variedad del europeo —del hombre sin más— con extraño grado de originalidad. Una actitud «transitiva», de interés por lo otro, en cierta medida desinteresada, en ocasiones contraria a la convivencia propia, con una dosis de generosidad en la que casi nadie creía, tan desusada era. Sin esto no se entiende la empresa de América, no digamos la pertenencia durante siglos de las Filipinas a la Corona española, negocio costosísimo sostenido por motivos religiosos, para salvar la única comunidad cristiana de Oriente.

El prosaísmo engendra una vida alicorta, de horizonte limitado, sin ambición ni entusiasmo. Ambición no de poseer ni de mandar, sino de ser algo interesante, que valga la pena. El día que los españoles empezaron a dudar de que valiera la pena lo que estaban haciendo perdieron el entusiasmo, se retrajeron sobre sí mismos, quedaron expuestos a la decadencia.

Esa duda les vino desde fuera. Les dijeron que no valía la pena, mitad por incompreensión, mitad por envidia, y fueron muchos los que lo creyeron. No todos, por supuesto, y por eso la famosa decadencia fue más incompleta y más breve de lo que suele creerse.

Lo propio de este tiempo nuestro es que se les dice: «desde dentro», lo que es todavía más peligroso; desde ciertos complejos de inferioridad —desfiguraciones de la realidad— aliados en ocasiones a parciales complejos de superioridad, combinación que suele ser funesta.

El prosaísmo no se supera más que mediante la imaginación. Hay que tomar posesión de lo que se tiene —de lo que se ha acumulado durante siglos de grandeza, de error, de dolor, de esfuerzo, hasta llegar a lo que se es—, para lograr el entusiasmo, la ilusión, la apertura a un futuro que se entrevé como algo atractivo, en lo que se desea entrar. La psicología

ha enlazado en los últimos tiempos la función y la importancia de la voluntad; ha solido olvidar algo que es todavía más importante: el deseo; sin él pierde sentido la vida humana. El prosaísmo mata el deseo y cierra el futuro; no hay más medio de abrirlo que el lirismo y la imaginación.

Vivir contra la verdad

Tengo que remontarme a los primeros días de 1947, a mi viejo libro *Introducción a la filosofía*;¹ en él me planteé una cuestión importante: las relaciones del hombre con la verdad. Enumeré varias posibilidades: vivir en el ámbito de la verdad, en el horizonte de la verdad, al margen de la verdad. Después de caracterizarlas añadí:

«Por último, en cuarto lugar, es posible una situación extremadamente anormal y paradójica, que es la de vivir “contra la verdad”. Y es —no nos engañemos— la dominante en nuestra época. Se afirma y quiere la falsedad a sabiendas, por serlo; se la acepta tácticamente, aunque proceda del adversario, y se acepta el diálogo con ella: “nunca con la verdad”... Y ¿por qué vivir contra la verdad?, ¿por qué esa voluntaria adscripción a la mentira en cuanto tal? La razón no es demasiado oculta: en el fondo, se trata simplemente del miedo a la verdad».

Cuando alguien vive sobre ideas y creencias de cuya falsedad está convencido, siente que la presencia de la verdad destruye ese fundamento y con ello su «contra vida», porque la inautenticidad es el modo de «no ser» de la vida humana.

1. *Introducción a la filosofía*, Revista de Occidente, Madrid, 1947.

Decir esto en aquella fecha era improbable y no carecía de riesgos; lo grave es que, al cabo de más de medio siglo, esos párrafos tengan considerable vigencia. No total, ciertamente; el horizonte de la verdad está más abierto; se han dissipado algunas inmensas ofensivas contra la verdad, pero esa actitud persiste, y el temor a la verdad o el odio hacia ella no han desaparecido enteramente.

La verdad se detiene temerosamente ante algunas cuestiones, hechos, personas, que siguen gozando de un extraño «respeto». Se dice la mitad de la verdad, pero no se pasa de ahí. Se puede decir cuanto se quiera acerca de algún totalitarismo, pero se guarda silencio respeto a otros, incluso cuando son actuales y no pasados. Se dice que los nacionalismos de algunas naciones han tenido consecuencias funestas, atroces; pero los nacionalismos de lo que no son naciones —más falsos todavía— se dedican a segregar falsificaciones incontables. Espero con impaciencia el resultado del examen que la Real Academia de la Historia anuncia sobre los libros en que esta disciplina se enseña. A la mayoría de sus miembros, con los que me une una excelente amistad, he pedido durante varios años que emprendan corporativamente esa tarea urgente, además de lo que individualmente habían hecho.

Hubo un momento en que se habló de don Niceto Alcalá Zamora, con respeto y estimación, y de la reparación de un extraño agravio; pero se ha ocultado públicamente que fue despojado, injusta e ilegalmente, de la Presidencia de la República, precisamente por los que habían pedido la disolución de las Cortes, es decir, por haberlos complacido, y que estuvo en grave peligro en ambas zonas de la guerra civil, lo que lo obligó al exilio.

Lo más grave es que estos ejemplos españoles no son más que una muestra de lo que en gran parte del mundo —la me-

nos mala— se sigue practicando, y en el resto menos afortunado, es la condición misma de la vida pública, lo que reflu-ye angustiosamente sobre la privada.

Pero conviene precisar las cosas hasta donde sea posible. En los primeros capítulos del citado libro, escritos en el otoño de 1945, recién terminada la guerra mundial, escribí una frase durísima: «La vocación de nuestro tiempo para la pena de muerte y asesinato». Pues bien, en el espacio de una generación, desde 1946, las cosas mejoraron sensiblemente. Se recobró en cierta medida el respecto de la vida humana, se dilató el margen de libertad; se inició un movimiento de solidaridad hasta con los enemigos —el Plan Marshall fue un ejemplo de bondad e inteligencia, que suelen andar juntas—. Hubo unas cuantas figuras que iniciaron, sin rencores y con fidelidad a lo real, la reconciliación, la reconstrucción y el comienzo de la unión de Europa.

No duró mucho esta bonanza. Si no me equivoco, hacia 1960 empezó el retroceso. Por esas fechas adquirieron fuerza y desarrollo los tres mayores males de este siglo: el terrorismo organizado, la difusión de la droga, la aceptación social del aborto. Comenzó igualmente el descenso de la calidad intelectual en casi todo el mundo, los primeros síntomas de una decadencia que nos amenaza cada vez más, a pesar de la fantástica capacidad creadora de este siglo, anulada por su olvido y abandono.

El origen de esto data de unos decenios antes, de la profunda perturbación de Alemania desde Hitler, que arrastró a otros países, pero treinta años después recibió refuerzos considerables. El año 1968 es símbolo de un recrudecimiento de la ofensiva contra la verdad, pero ya llevaba un tiempo de existencia. Si se hace el balance de lo que en aquellos años parecía la realidad, de lo que gozaba de ilimitado prestigio en

todos los campos, se ve hasta qué punto se padeció una desfiguración admirablemente bien organizada y orquestada.

Desde entonces han pasado muchas cosas, buenas y malas. Se han dilatado las posibilidades. Los peligros que corre la libertad persisten, por supuesto, pero son menores. No hace falta particular heroísmo para decir lo que se piensa —durante bastante tiempo no era demasiado fácil—. Son muchos los que sienten temor de que se les recuerde lo que dijeron, escribieron o hicieron en épocas pasadas.

Al menos, ahora se puede ejercer y proclamar lo que se considera verdadero y justo. Lo grave es que no se aproveche ese precioso margen de libertad, que permite una vida digna, sin rubor ni desaliento.

Creo que el mundo que va a existir desde ahora puede ser incomparablemente mejor que el que todavía persiste, con la sola condición de que se viva de acuerdo con las posibilidades reales que ya existen en la porción del mundo que debería ser orientadora del conjunto si decidiera ser fiel a lo que debe ser su vocación.

Un programa para el siglo XXI podría ser: la reconciliación del hombre con la verdad, y esto sería, por supuesto, la reconciliación del hombre consigo mismo. Es decir, con su condición personal, con su irrenunciable libertad, con su doble realización como varón y mujer, con su carácter histórico y a la vez proyectivo, con su mortalidad y su esperanza, con su absoluta necesidad de buscar la verdad para nutrirse de ella.

Monederos falsos

Los billetes del Banco de Francia llevaban una inscripción: «Los falsificadores serán condenados a trabajos forzados a perpetuidad». La idea era que los falsarios tuviesen que imprimir su propia sentencia. Ahora ambas nociones, la de trabajos forzados y la de perpetuidad, están relegadas al olvido. Tal vez por esto, la profesión de falsificador está más difundida y es más rentable que nunca. Se falsifica monedas, billetes de banco, como antes; más aún, tarjetas de crédito, documentos de identidad, pasaportes, visados. El diccionario académico define así «monedero falso»: «El que acuña moneda falsa o subrepticia, o le da curso a sabiendas».

Esta definición cubre lo que podríamos llamar el «campo de aplicación» de la falsificación actual, que va mucho más allá de lo estrictamente económico, aunque obtenga considerables rentas.

El ámbito preferido de la falsificación actual es la Historia, que se distorsiona, falsea o simplemente inventa con casi total impunidad, ante la indiferencia de muchos. Los ejemplos son manifiestos, y pueden pagarse al precio de miles de muertos.

Pero, a menor escala, la falsificación se extiende a realidades más reducidas; una poción de un país, una época, algunas personas individuales. La tergiversación, la omisión, la invasión de la intimidad, la simple difamación, están a la orden del día.

¿Qué puede hacerse? Un planteamiento legal es ilusorio. La ambigüedad de las leyes, la no menor de muchos jueces, la pavorosa lentitud de la justicia, hacen imposible que por esa vía se pueda llegar a un resultado satisfactorio. ¿Qué más quisieran los falsificadores que conseguir una resonancia pública y prolongada, con abogados, controversias y polémicas públicas?

Lo interesante es ver que la falsificación, en sus formas actuales, solo es posible por un gran sistema de complicidades. En primer lugar, las instituciones que ponen a disposición de los falsificadores todos los elementos que les permite su obra, el acceso a los instrumentos necesarios. En segundo lugar, los que dan los medios para la realización —en el caso de los viejos falsificadores de billetes, el papel, las prensas, etcétera; ahora, las editoriales con todos sus recursos de impresión y distribución—; por último, los escribidores que airean la falsificación y la hacen llegar a millares de «consumidores», con una función parecida a la de los «camellos» para los narcotraficantes.

La consecuencia es la probable impunidad. Y esto es lo más grave, porque se extiende a innumerables campos en nuestro tiempo, y provoca una actitud de escepticismo y desconfianza. Cuando se trata de falsificación de la vida colectiva, las consecuencias pueden ser aterradoras. Las matanzas que están sucediendo en varios continentes, sin excluir el nuestro, el europeo, tienen su origen principal en la falsificación de la Historia, en la suplantación de la realidad por diversas dicciones aviesas, marcadas por la ignorancia, el rencor y el odio.

Pero no es menos grave la falsedad de las biografías, las obras de los autores, las ediciones —hay obras selectas, completas y en ocasiones inventadas—, los ocultamientos, la obstinada negación de lo que es evidente y comprobable —un ejemplo eminente en España es el empecinamiento de la falsísima no-

ción de «páramo cultural» en que se creó una fantástica porción de la cultura más fecunda, independiente y libre.

Se está llevando a cabo una inmensa y bien organizada utilización de la ignorancia, sobre todo de los jóvenes, del partidismo de amplios grupos, de los resentimientos de los que usurpan la representación de comunidades enteras.

Todo esto engendra una corrupción del cuerpo social. Las consecuencias políticas son evidentes, y están obturando las más fecundas posibilidades; pero mayor gravedad tienen las sociales y personales, el sistema de la estimación, la confianza en lo que se dice y escribe, el horizonte de la proyección.

He hecho una referencia al narcotráfico, y creo que la aproximación de ambas cosas es oportuna; en un caso y en otro se trata de una intoxicación, que en un caso parece meramente somática pero se extiende a la personalidad, y en otro afecta directamente a la condición personal, tanto individual como colectiva.

Lo más inquietante es que no se advierta hasta dónde puede llevar la falsificación histórica, intelectual, biográfica. La alarma social cunde fácilmente cuando se trata del riesgo—por remoto que sea— de epidemias orgánicas; existe, en cambio, una extraña pasividad, lindante con la indiferencia, cuando lo que está en peligro es lo más profundo del hombre.

No se puede confiar en los poderes públicos, en los mecanismos legales, inoperantes cuando no peligrosos.

Un error comparable es atender a los casos concretos de falsificaciones, aislados, sin tener en cuenta qué los hace posibles, la finalidad a que sirven, la vasta organización que tienen detrás. Hay que darse cuenta de la maquinaria de complicidades que preceden y siguen a cada caso particular de falsificación. Además de los promotores y difusores de la falsedad hay la legión de los «encubridores», que por resentimi-

miento, miedo o interés favorecen el curso impune de las falsificaciones, fingiendo justificaciones para lo que absolutamente carece de ellas.

Un refinamiento consiste en hacer ciertos reproches de detalle al conjunto de una inmensa falsificación, para despertar algún interés por ella y añadir el incentivo de alguna polémica deseada, que solo serviría para darle resonancia, en lugar del silencio y el olvido que merece.

Desde la magnitud de la suplantación de una historia milenaria —en sus raíces, más de dos veces milenaria— para fomentar diversos raquitismos suicidas, hasta la aparentemente menos peligrosa difamación localizada en una época, un estamento social o algunas personas individuales, está en curso una perturbación inadmisible de la convivencia.

Se puede concluir que las cosas no tienen remedio, que hay que resignarse y dejar que se falsee ante nuestros ojos el horizonte, que se vaya inoculando este virus en los niños y jóvenes indefensos, que recibirán desde el principio las deformaciones de la realidad, como si fuesen congénitas.

Nada más falso. Esas cosas, como otras muchas, tienen remedio.

Lo que pasa es que hay que buscarlo, y sobre todo tener claro de qué tipo puede y debe ser. No se trata de leyes, Gobiernos, Tribunales; no digamos censuras, siempre torpes y funestas, y que violan lo que más importa defender: la libertad.

Hay que plantear las cuestiones allí donde brotan y nos afectan: en este caso, en la vida personal. Es fundamental que se entienda el complejo real de los «monederos falsos» con todo el conjunto de sus complicidades y aprovechamientos. Si se quiere salvar la salud de la sociedad, hay que condenarlos a lo que merecen y está en nuestras manos: el «desprecio a perpetuidad».

Imagen falsa

No parece discreto, no digamos inteligente, que un país importante pase unos cuantos días ocupándose, como del asunto más importante, de un partido de fútbol; y que después dedique su atención casi exclusiva a la discusión de una posible candidatura dentro de dos años; y que a continuación consagre páginas y páginas de papel impreso, horas de radio y televisión a declaraciones de personas que no merecen el menor crédito, porque han mentido incontables veces, durante varios años.

Se dirá que cada cual hace de su capa un sayo, y que lo que viene en gana de su periódico, su emisora o su canal de televisión. Es dudoso cuando se trata de instrumentos costeados con los impuestos de todos los ciudadanos; pero incluso en otros casos se puede poner en cuestión esa conducta. Creo que el problema reside en el absoluto olvido de la noción de «deber». Se habla incesantemente de «derechos», sin ningún rigor. Cuando se repite hasta la saciedad que hay que velar por los «derechos humanos», me pregunto si hay otros; los hombres son los sujetos de derechos; la expresión «derechos de los animales» es absurda, lo cual no quiere decir que con ellos se pueda hacer lo que se antoje. tenemos «deberes para con los animales», y para con las cosas, naturales o debidas a la mano del hombre. Esto se olvi-

da en nombre de unos derechos inexistentes y por tanto inoperantes.

Todo esto está produciendo una gigantesca falsificación de nuestra visión de lo real, está siendo causa de una de las situaciones más peligrosas que pueden afectar a la humanidad o a sus partes: el «estado de error», que funciona como el gran supuesto en que se «está» —por eso es un estado—, y que condiciona las ideas, las interpretaciones, los proyectos.

La gran víctima es la «importancia» real de lo que hay o acontece. Habría que hacer un inventario de aquellos asuntos, sucesos, obras, personas, de que se habla, y de su desplazamiento en la opinión pública, del espacio que ocupan; y en otra columna habría que poner la interminable serie de los silencios, omisiones y ocultaciones, con indicación de su verdadera importancia.

El resultado sería una aterradora distorsión de la realidad, una imagen que tiene poco que ver con ella, pero que se impone con medios extraordinariamente poderosos y que perturba el sistema de creencias, impide la orientación, condiciona el horizonte proyectivo de la vida.

Lo más grave es que ello anula en gran parte la libertad que se cree poseer. Se ha iniciado un abuso de la apelación a la «democracia» y los «demócratas». Llevo muchos años —desde cuando eran palabras proscritas y, por supuesto, remotas de cualquier existencia— declarando que en nuestra época la única forma legítima de poder y gobierno es la democracia; agregando que con una condición: que esté inspirada por el liberalismo, que su fin sea la promoción de la libertad, porque en otro caso se convierte en un instrumento de opresión. El ejemplo de Hitler y los repetidos triunfos electorales del nacionalismo son prueba suficiente. Ser «demócrata» es bueno, pero ni es necesario ni suficiente; rara vez se apela a

la condición, más amplia y profunda, de «persona decente», veraz, con sentido moral, todo lo cual basta para estar en contra del terrorismo, por ejemplo.

He dicho a veces que mientras desayuno leo dos periódicos, y después necesito «reponer» un rato antes de ponerme a trabajar con alguna serenidad y holgura; las experiencias televisivas suelen afectar de manera aún más penosa, con muy pocas excepciones, porque son aún más deformadas de lo real, y con mayor fuerza inmediata, aunque quizá no duradera.

Se dirá que el individuo tiene capacidad de reaccionar, de rechazar y rectificar, de restablecer la verdad y la importancia efectiva. Pero ¿la tiene? Hay que contar con la limitación, la unilateralidad, la propensión al fanatismo. Son muchos los españoles —y no solo los españoles, por desgracia— cuyo único medio de comunicación es la televisión; de ella se nutren, y para ellos es el equivalente de la realidad. Otros siguen fielmente tertulias y «debates» de la radio, y retienen lo que suelen tener de confusión. Algunos leen periódicos, y no muchos en plural; son legión los que leen solamente uno, y no por azar, sino porque se prohíben a sí mismos leer otro alguno, como si fuese una infidelidad, casi un pecado. No se puede contar con que lean libros, entre otras causas porque esos mismos medios de comunicación proponen en exclusiva unos cuantos, y ni siquiera nombran los que no son de su agrado, de manera que la mayoría no se entera ni de su existencia.

Esta es la situación real, que conduce a una extremada «vulnerabilidad», lindante con la indefensión, de innumerables personas. Esto quiere decir que la libertad teórica de que se goza está mermada por múltiples factores. Como esta constelación de ingredientes de la vida se da, con matices distintos, en todos los países occidentales —temo que en los demás las cosas sean más graves y difíciles—, veo en ello la causa

principal de la amenaza de decadencia que se cierne sobre todos ellos.

¿Es posible evitarla? ¿Hay medios eficaces de superar la falsificación de lo real? Hay que intentar fomentar la veracidad, descalificar la mentira, inspirar la repugnancia frente a ella. Hay que recordar a los individuos que son libres, a menos que libremente renuncien a esa condición y se sometan. Es menester reforzar el sentido de la evidencia, sin olvidar que es frágil y tantas veces ceda a las presiones. Confío en que se despierte el sentido de la exigencia, que no se acepte que se hable o escriba mal, sin respeto de la lengua y a lo que en ella se dice, con ignorancia culpable desde la cual se pontifica.

Hay que pedir cuentas a los poderes públicos de la falta de calidad o de veracidad de los instrumentos de que son responsables. Se puede y debe mostrar el desvío de aquellos otros que, desde su condición privada, muestran las mismas manipulaciones o inferioridades. Todos ellos dependen de la publicidad, en un grado que me parece inadmisibile, en ocasiones bochornoso. Esta depende de los anunciantes, es decir, de acciones voluntarias individuales, que pueden exigir decoro suficiente. Y, a última hora, los efectos de esa publicidad recaen sobre los millones de personas que con su seguimiento le dan eficacia. Con lo que se vuelve a la posible acción libre y responsable de los innumerables hombres y mujeres —personas individuales— que tienen un inmenso poder que no ejercen.

Se trata, en suma, de que lo hagan, con la mayor rectitud y energía posibles. Los males de la libertad se curan con mayor libertad; se entiende, de todos. ¿No se podría movilizar a las mayorías, tantas veces oprimidas por diversas minorías, para defender su libertad y su inalienable derecho a la verdad?

Resistencia a la nada

He reflexionado muchas veces sobre el hecho de que las edades de la vida humana no son solamente sucesivas, sino excluyentes. Los padres que ven con alegría crecer a sus hijos, a la vez recuerdan con nostalgia a los niños que han sido desde su nacimiento. Confío en que en la otra vida se podrá salvar su coexistencia y simultaneidad.

En este mundo, la sucesión es buena; es lamentable el «adolescente enquistado», encerrado en una fase destinada a pasar; pero no es menos lamentable que se desvanezca sin dejar huella; y gravísima cosa es que no perdure en nosotros el niño que hemos sido, en esa forma precisa de haberlo sido.

La conservación de las edades transitorias, en una extraña acumulación que consiste en la pervivencia del pasado como tal, es la condición misma de la vida humana, y si trasladamos esto a la historia, *empezamos a no entender*: el no ver esto es una de las causas mayores de los errores humanos.

La dificultad estriba en olvidar o no entender el carácter proyectivo de la vida. Cada edad es un haz de proyectos, convergentes y articulados en uno principal, como la de mayor alcance en un cohete, lo que permite la articulación de ese movimiento continuo y sin interrupción alguna que es la vida —a no ser que se cuente la mínima y esencial que es el sueño, lo que hace posible que se vuelva a empezar cada día.

Ese carácter proyectivo es capital, y lo engloba todo; he insistido en que se recuerda y se narra desde los proyectos, y por supuesto desde ellos se imagina y anticipa el porvenir.

Pero puede preguntarse: ¿hasta cuándo se proyecta? ¿Cuánto dura el carácter proyectivo de la vida? Porque existe la vejez, en que el futuro parece angostarse, casi desaparecer hasta que se desvanece en la muerte.

Se dice que el viejo no tiene más que recuerdos —si es que los sigue teniendo—, que vive del pasado, vuelto hacia él, repasándolo mientras espera. Creo que esto puede ser verdad en algunos o muchos casos, pero que no pertenece a la estructura necesaria de la vida; en suma, que es un olvido, una dejación o un error inducido por esa tremenda realidad que es el tópico, el «lugar común», lo que se dice y se acepta pasivamente.

Creo que a cualquier altura de la vida, en todas las edades, se proyecta. Desde esos proyectos se evoca el pasado. Que por eso «revive», se modifica, se lo interpreta, se le confieren nuevas significaciones. El argumento vital refluye sobre lo ya vivido, se va incorporando a las nuevas fases, se va depositando así en lo que se llamará una personalidad.

Si se vive con atención —algo tan importante y que se suele omitir—, si no se resbala sobre las cosas y las personas, se van incorporando. La buena o mala memoria puede tener una base fisiológica, pero creo que es principalmente cuestión de atención. Esto condiciona la riqueza de la vida, su cohesión, el grado de posesión de ella. El que podamos verla como algo «mío», de cada cual, o como algo impersonal y casi ajeno.

Esa condición proyectiva no tiene término conocido; se mantiene mientras la vida humana conserva sus tributos, mientras no sobrevienen azares que la perturban en su normal funcionamiento o la dejan en suspenso. Hay condiciones

sociales que impulsan en un sentido o en otro. Es claro que el hombre ha vivido durante casi toda su historia «a la intemperie», lo que hacía que tantas veces fuese penoso vivir; pero llevaba a mantenerse alerta hasta el límite de lo posible, a «seguir viviendo» mientras quedaba la posibilidad. Por el contrario, la seguridad que en gran parte del mundo se ha alcanzado en nuestro tiempo mitiga las dificultades y es una gran ayuda, pero en cambio empuja hacia la «jubilación», hacia la cesación de gran parte de los proyectos vitales.

No hay razón para dejar de proyectar, incluso en plena vejez. Esta edad podría definirse como «recapitulación proyectiva», sin renunciar a ninguno de los dos términos. Se repasa el cuento y la cuenta de la vida a *la luz de los proyectos actuales; sin que importe que puedan ser los últimos*: por eso es la toma de posesión de un conjunto que no ha terminado, porque su condición argumental lo impide.

Se dirá: sí, pero hay que contar con la muerte, que no faltará a la cita. En efecto, pero es una cita imprecisa, y no se sabe si será puntual. Solamente ella puede relevarnos de nuestro oficio de proyectar.

Con todo, al fin llega. ¿Qué hacer ante este horizonte? En 1804, Senancour publicó un libro titulado *Obermann*, que interesó profundamente a Unamuno. Recordó muchas veces estas palabras: «El hombre es perecedero; es posible; pero perezcamos resistiendo, y si nos está reservada la nada, no hagamos que sea una injusticia».

El afán de perduración de Unamuno lo llevaba a asentir fervorosamente a esta actitud. Se trata, nada menos, de *Resistir a la nada*. ¿Cómo puede hacerse? Evitar la nada, la destrucción de la persona que somos, su aniquilación, no está en nuestras manos; pero la resistencia a la nada, el hacer que no se justifique, es algo que podemos hacer. En nuestro tiempo

son muchos los hombres que lo aceptan pasivamente, porque les han dicho que «es así», sin caer en la cuenta de que lo han dicho los que, por supuesto, no lo saben ni podrían justificarlo. Lo dan por válido, hasta en ocasiones se jactan de ello, actúan como si «ya» no estuviesen en vida.

Participan también de esa actitud, aunque crean oponerse a ella frontalmente, los que profesan la moral del «desapego», del desinterés por todo lo creado, sin reparar en que envuelve un desdén por su Creador, los que aconsejan el desinterés por todo, en nombre de algo abstracto y que no se intenta ni siquiera imaginar.

¿Cómo se puede resistir a la nada? Proyectando sin término, sin límite. Se dice y se repite que no podemos llevarnos nada después de la muerte. Si se piensa en «cosas», ciertamente es así: ni riqueza, ni títulos, ni honores. Lo único que podemos llevar con nosotros es nuestros proyectos. No es que los llevemos «con nosotros», como si fuesen un equipaje —tenemos que ir «ligeros de equipaje»—; es que somos esos proyectos, consistimos en ellos. Sin ellos no somos «nosotros», cada uno de nosotros. Los que nos han constituido en nuestra vida, en su revisión y recapitulación, en su posesión final, son nuestra realidad, aquella que llamamos «yo» y tiene un nombre propio. Eso es lo que puede y debe resistir a la nada.

*La verdad como fundamento
de la concordia*

La proporción

Lo que llamo desde hace muchos años el «estado de error», a diferencia de los múltiples errores ocasionales inevitables, es algo excepcionalmente grave, porque perturba la visión de la realidad en su conjunto y hace que se viva en habitual falsedad. Probablemente esta situación está hoy enormemente difundida, en Europa entera, probablemente en todo el mundo occidental, y sospecho que más aún en otros continentes. Pero no estoy seguro, no podría comprobarlo, y por eso me refiero solamente a España, aunque no creo que sea una excepción.

La información ocupa ahora un puesto incomparable con el que ha tenido en el resto de la historia. Se reciben noticias constantemente, de lo que sucede en cualquier parte del mundo —y de muchas cosas que no suceden—. Todo ello reciente, fresco, sin ese tiempo que permitía cierta sedimentación y, acaso, reflexión. Se lee, se oye, se ve en la televisión el panorama de lo que acontece. Acabo de decir que a veces no acontece, se trata simplemente de invenciones, falsificaciones, burdas deformaciones de la realidad. Pero, prescindiendo de esto, dando por bueno que lo que se recibe sea verdad, el resultado puede ser ese «estado de error», en que tantos millones de personas viven.

¿Por qué? Porque se produce una generalización que ol-

vida algo decisivo: la «proporción» de cada hecho concreto dentro de la realidad total. Se tiene así una imagen de la sociedad que es propia de fracciones de ella, acaso mínimas. Constantemente hay grupos bien organizados que se manifiestan, protestan, hacen declaraciones, consiguen máxima resonancia en los medios de comunicación. Hay que preguntarse cuántos son. La población española ronda los 40 millones; la mayoría no tiene nada que ver con esos grupos, ninguna semejanza; pero se tiene la impresión de que los españoles «son así».

Se nos comunicó con solemnidad que medio millón de jóvenes españoles son «analfabetos». A continuación se explicó que son 31.000, que los demás son «analfabetos funcionales», oscuro y vago concepto, que quiere decir que leen poco o mal, lo cual es lamentable; pero lo que es válido para unos millares se extiende a enormes grupos, con una combinación de demagogia y abuso de la estadística.

Esta, que en principio es una valiosa adquisición, se ha convertido en un irresponsable instrumento de deformación. Se dice que tantos miles o millones de personas mueren de una causa determinada. Si se suma lo que se dice, se llega a la conclusión de que los hombres mueren tres o cuatro veces, lo que evidentemente es falso.

La estadística se extiende al futuro, y se nos dice lo que va a pasar dentro de diez años, o cincuenta, con una seguridad pasmosa. Siempre se auguran fieros males. Se va a acabar el agua —que, por cierto, no se destruye, y nunca acabo de entender lo que se quiere decir, y no se explica bien—. Se van a destruir los bosques, y se dan cifras que onúten el volumen de los existentes, y por tanto la proporción. Es posible que disminuyan peligrosamente, pero habría que precisar en qué medida, y hasta qué punto se justifica para acudir a necesidades que al mismo tiempo se presentan como imperiosas.

El origen del hombre se remonta a cientos de miles o millones de años, partiendo del descubrimiento de algunos huesos fósiles de evidente interés, pero que no autorizan a darse por humanos, sin pensar que ello significaría que el hombre se hubiese arrastrado durante el 99 por ciento de su existencia, y hubiera experimentado una inverosímil «aceleración» en los últimos quince o veinte mil años. ¿No sería más probable e inteligente que esa supuesta e inexplicable aceleración fuese precisamente la condición humana?

La imagen de nuestra sociedad que muestran los «debates» y «coloquios» de la televisión, lo que se dice como si fuera la realidad, es bastante preocupante. Pero si hacemos algunas cuentas, el aspecto varía. Se trata de unos personajes, casi siempre los mismos, sin duda profesionales, que pueden ser media docena o acaso una veintena; a esto se añade un público «amaestrado» que puede ser de algunos centenares. ¿Qué significa esto dentro de la realidad total? ¿Una millonésima? Claro que se añaden los espectadores que desde sus casas reciben el mensaje. Tal vez por azar, o porque no hay otra cosa, salvo los anuncios o los deportes. No sabemos lo que opinan, lo que sienten, desde la delicia hasta la repulsión, pasando por el desdén.

Todo eso es real, y hay que contar con ello; pero ¿cuánto es? Y, por tanto, ¿qué significa? Adviértase que el rasgo común de casi todo lo que he nombrado es el «catastrofismo». La imagen del mundo que se proyecta es negativa, desanimadora, amenazadora, en ocasiones nauseabunda. Repito que todo eso existe, es real, hay que tenerlo en cuenta, pero lo que no puede hacerse es admitir que el mundo es así. En el mundo hay todas esas cosas, y otras muchas más, de las que rarísima vez se habla.

Hay muchos millones de personas cuerdas, razonables, dispuestas a admitir la verdad cuando se les presenta de ma-

nera inteligible y con justificación. Personas que llevan una vida con sentido, placentera en medio de las dificultades, decente a pesar de todas las tentaciones y caídas; en suma, que vale la pena, que permite la esperanza, con vínculos de afecto y amor que son lo más importante y valioso.

Gran parte de la humanidad vive mucho mejor que en toda la historia pretérita. Y se vive más tiempo, acaso quince años más que hace cien años, y se llega a edades avanzadas incomparablemente mejor.

Hay muchas cosas atroces, inadmisibles, increíblemente dolorosas o repugnantes. Pero son solamente una fracción de la realidad, que es menester delimitar, acotar, investigar, corregir, evitar. Todo lo que no se hace cuando se proyecta sobre el mundo en su conjunto una imagen desalentadora, una descalificación global que elimina la voluntad de poner remedio a lo que lo reclama.

Hay que preguntarse con algún rigor por qué se hace todo esto, a quién le conviene, qué se persigue con ello. En suma, hay que restablecer la proporción justa en que se dan los ingredientes que componen la figura del mundo.

Fronteras de la estimación

Probablemente nada es más importante para la ordenación de la vida, tanto privada como pública, que la claridad sobre la estimación de las personas, doctrinas, instituciones. En el colegio se aprendía, para apreciar la dureza de los minerales, la escala de Mohs, que iba de la mínima, con un valor uno, el talco, hasta el máximo diez, correspondiente al diamante.

Habría que hacer una escala de estimaciones y poner a cada cosa en su lugar. Como en principio la estimación pide ser positiva, me pregunto cuál sería la más alta; he pensado en la admiración, pero pongo por encima de ella el entusiasmo. En cuanto al otro extremo, pondría el desprecio; no se olvide que se trata de estimar. Y por tanto la hostilidad o el odio estarían desplazados. Dentro de sus límites justos y adecuados, importa extremadamente estar en claro sobre las propias estimaciones, que no tiene por qué coincidir con las vigentes, menos aún con las que sin llegar a tanto tienen amplia circulación. Casi todos los errores son de estimación, o de no tomar en serio las estimaciones que se tienen auténticamente. Son muchos los que las tienen prefabricadas, establecidas desde fuera, por tanto automáticas. Recuerdo muy bien la actitud de jóvenes que andábamos por los veinte años durante las Cortes de la República. Seguíamos las actuaciones en ellas, los discursos de diputados de diversos partidos o grupos; era frecuente que provocase nuestra ad-

miración un día el que suscitaba nuestro descontento o repulsa pocos días después. Dependía, no de la etiqueta con que se presentaba, sino del acierto o el talento o la dignidad que mostraba.

Las expresiones «derecha» o «izquierda», cuando no se limitan a las manos o a las viviendas, no solo son estúpidas, sino funestas. Debo confesar que su uso influye enérgicamente en mi estimación, y si se abusa de ellas y se las toma en serio, el resultado es sin duda negativo.

Creo que hay que estar alerta antes las propias estimaciones, reconocerlas, ponerlas a prueba, contrastarlas con la complejidad de los asuntos humanos, y obrar en consecuencia.

Por otra parte, hay que reservar las «medias tintas» para los grados realmente intermedios, como sucede con la escala de Mohs, y no rehuir los extremos cuando es menester: una estimación tibia ante lo que merece entusiasmo es un error; un débil desagrado o mohín de displicencia ante lo repugnante es una cobardía.

En el mundo hay realidades maravillosas —personas, conductas, obras, ciudades, paisajes— que provocan la más profunda alegría, motivada desinteresadamente por su mera existencia, y la actitud adecuada es el entusiasmo, que lleva consigo un enriquecimiento, una extraña apropiación de su valor. A la inversa, contemplamos a diario ejemplos de cobardía, crueldad, mentira, odio, envilecimiento, que nos llevan a un desánimo que sería insuperable si no fuera por la capacidad de no aceptación, rechazo, condena, desprecio.

Ambas cosas son igualmente importantes. Se lamenta con sobrada razón la impunidad, el que lo inaceptable pase y sea admitido como normal, acaso inevitable; no es menos dolorosa la ausencia de aplauso, apoyo, exaltación de aquello que lo merece.

Cuando ha pasado mucho tiempo, cuando los intereses o las modas han perdido eficacia, la estimación respecto de las

creaciones humanas suele ser estable y en conjunto correcta. La humanidad conserva una escala de valores, una jerarquía rara vez desmentida, acerca de las obras de pensamiento, literatura, arte de varios siglos, tal vez milenios. Es difícil descubrir un «genio desconocido»; es improbable que aparezca insignificante alguien a quien se ha admirado unas cuantas centurias.

La estimación conflictiva o abiertamente injusta se conserva más cuando se trata de grandes hechos históricos, porque se los mira desde sus consecuencias, tal vez muy distintas de ellos, o desde intereses actuales.

Si se atiende a lo que se ve, se oye, se experimenta, si se es fiel a la impresión real que ello produce, el mundo se va ordenando, se hace inteligible, coherente, se puede transitar por él, se reduce el riesgo de error. La maldad existe y hay que tomarla como lo que es, sin disfraces. Cuando se está exterminando en un lugar a millares de personas, acaso a cientos de miles, no se puede ver eso como una «catástrofe», equiparable a un terremoto o una inundación; se trata de crímenes, de asesinatos, en suma, de incalculable maldad, y así hay que verla. Aunque la escala sea menor, acciones semejantes tienen el mismo sentido, y la aprobación de ellas o su disimulo es una complicidad casi tan reprochable como ellas mismas.

Cuando alguien, movido por el partidismo, la conveniencia o el odio, niega la verdad o literalmente miente, no puede inspirar otra cosa que desprecio. Cuando, por el contrario, se atreve a reconocer lo bueno, aunque sea obra ajena, incluso de un adversario, hay que aplaudir y hacer elevarse a la persona en el nivel de la estimación.

Lo frecuente es que la estimación real, espontánea, probablemente recta, no tenga consecuencias. Se puede elogiar, denostar, desfigurar, ocultar sin razón ni justicia, sin que pase nada; se puede blasonar de éxito, credibilidad, hasta «independen-

dencia», cuando se falta a la verdad todos los días, varias veces; se puede criticar a un político cuando ha tenido una conducta ejemplar, seguida de cierto éxito, o se puede dar por nula la fechoría, la incompetencia, la agresión injusta, la grosería.

Creo que no se trata primariamente de «error». Es una convicción mía muy arraigada que las personas se conocen bastante bien, que tienen una idea aproximada de su valor o de su carencia; pueden hacer grandes gestos triunfales, pero es para convencer a los demás, con la esperanza de que llegue a persuadirlos a ellos mismos. Por eso es tan frecuente el descontento, la amargura, de los que tienen éxitos inmerecidos; la desatención o el fracaso son más fáciles de sobrellevar.

En la vida pública, parece aconsejable volver la espalda a los que no merecen más que desdén o desprecio. Si se trata de casos graves, toda colaboración es inadmisibile. La contaminación es uno de los hechos más frecuentes y destructores. Habría que aplicar a los asuntos colectivos lo que es evidente cuando se trata de la vida personal y privada, cuya salud y decencia dependen muy principalmente de la selección del pequeño mundo que rodea a cada uno de nosotros, de aquello que constituye el repertorio humano del que cada cual se nutre, con el que se enriquece y depura o que, en caso contrario, puede provocar la corrupción.

Muchas cosas se justifican por la conveniencia, pero pueden ser las más inconvenientes. Acaso se invoca alguna «razón» para aceptar lo inaceptable; casi siempre se paga un altísimo precio por esas complacencias, que en rigor son complicidades. Las razones, para serlo, tienen que ser «suficientes». La razón sin más obliga a decir resueltamente «no» a lo que es falso o indecente. Y como la política es asunto de oportunidad, lo que los griegos llamaban «Kairós», ese «no» tiene que ser pronunciado cuando es exigido, en el momento adecuado.

Orden de magnitud

Uno de los principales factores de desorientación que perturban el mundo entero en estos últimos decenios es la falta de claridad sobre la magnitud real de las realidades existentes, las cuestiones planteadas, la importancia de personas y sus obras.

En los atlas hay mapas generales, empezando por el mapa-mundi, que muestran el puesto y el tamaño de los continentes, accidentes geográficos, países y sus regiones, hasta los detalles minuciosos que pueden terminar en planos de ciudades. Para vivir decorosamente, para proyectar, para no errar demasiado, hace falta un atlas, no ya del mundo, sino de la realidad.

Se podría intentar averiguar en qué medida se ha logrado esto en las diversas épocas o en cada país. No me sorprendería que la grandeza hubiese dependido del acierto de esa visión «cuantitativa», que es, claro está, supremamente cualitativa, de lo real. Si se piensa en la historia de España, en la Edad Media, en los dos siglos más o menos áureos, en las vicisitudes de esta perspectiva desde el siglo XVIII, se explican muchas cosas. ¿No ocurrió un cambio decisivo en Inglaterra después de la segunda guerra mundial? ¿No es evidente para Francia desde 1960?

Se habla ahora, en casi todas partes, sobre todo de minucias insignificantes, de lo que «no vale la pena». Se piensa so-

bre ello, y por añadidura se piensa muy poco, en un grado que va siendo angustioso. En gran parte esto procede de los medios de comunicación. Hágase el cómputo de las páginas dedicadas por los periódicos a los asuntos, y se verá que suelen estar en razón inversa a su interés. Lo mismo sucede, en forma todavía más acusada, en la televisión, avara de minutos para todo lo que podría ser de algún alcance, pródiga en horas para informaciones tediosas sobre asuntos minúsculos, tertulias vergonzosas, series de chistes procaces y sin ninguna gracia, «opiniones» de gente que carece de ellas, partidos de fútbol que no ahorran detalles y repiten porciones ya vistas.

Algo semejante sucede con los comentarios escritos. A veces se leen en el mismo periódico, acaso en varios, el mismo día, artículos sobre algo —o alguien— que no merece ni una línea, que a nadie importará la semana siguiente. ¿La servidumbre del comentario diario? Es posible; pero veo además una predilección por lo minúsculo, que es inquietante.

La repercusión de esto sobre la política es inmensa. Perdidos en detalles insignificantes, la mayoría de los que se ocupan de ella no dedican atención a los proyectos, a lo que se puede o se debe hacer en el conjunto de un país —o más allá— en el horizonte previsible —pero que no se intenta prever.

Esto lleva a una confusión sobre la magnitud de los países mismos. La ridícula megalomanía de los «nacionalismos» es la consecuencia más visible, y acaso la más peligrosa. Es menester estar en claro sobre la magnitud real de las diversas unidades sociales. Las regiones —en toda Europa— son realidades con personalidad, de sumo interés, y les corresponde una dignidad en su lugar real que pierden cuando intentan usurpar otro que no les pertenece.

Las naciones son desiguales; en su grado efectivo de nacionalización, en su magnitud, en su historia. Sus horizontes

son muy diversos, sus logros, su plenitud, están ligados a su verdadera realidad. Si no la conocen, no la aceptan, o no la miden con rigor, se exponen a la desmesura o, por el contrario, a quedarse alicortas, por debajo de sus posibilidades y, no menos, de su deber histórico.

Temo que Europa entera está ahora aquejada de desorientación sobre sí misma y sus miembros. Lo cual pone en peligro la imperiosa necesidad de la unión europea, que no alcanza el nivel de promesa e ilusión que debería pertenecerle. Con otros elementos, porque no se puede generalizar, problemas análogos se plantean en América. No digamos en otros continentes, de los cuales no podría opinar con alguna responsabilidad.

Si volvemos los ojos a lo que se llama —un tanto abusivamente— «creación», intelectual, literaria, artística, encontramos situaciones que no son dispares. El primer problema, por ejemplo para un escritor, es «de qué voy a hablar»; el segundo, «qué voy a decir»; lo de menos es lo que sigue. Si se ha pensado lo suficiente, es fácil enfrentarse con las cuartillas en blanco y dejar que se vayan llenando.

Hay que determinar el orden de magnitud de las preguntas que hay que hacerse. Se rehúyen los verdaderos problemas; son muchos los que sienten terror de plantearlos y enfrentarse con ellos, esto no quiere decir que deban desdeñarse las cuestiones menores, cuyo interés es evidente. Pero es menester situarlas en su lugar, en el puesto que les corresponde. Ortega denominó la obra de Azorín «primores de lo vulgar». Solía tratar, en efecto, de cuestiones minúsculas. Lo que no era minúsculo es lo que hacía con ellas: las ponía en su lugar, las hacía refulgir mediante una creación literaria prodigiosa, concentrando sobre ellas el haz de luz de su visión penetrante y amorosa, de manera que sobre ellas se acumularan, con-

vergentes, otras cuestiones, otros fragmentos de realidad. Por eso su obra representa acaso el máximo enriquecimiento entre sus coetáneos.

Y si descendemos —o ascendemos, porque es lo más importante— a la vida personal, a las relaciones individuales, a la convivencia, la exigencia de tener claro el orden de magnitud es la más apremiante. Desde la perspectiva de cada uno de nosotros, ¿qué es lo más importante?, ¿de qué depende la plenitud de nuestra vida, su acierto, su posible felicidad?, ¿qué es secundario, quizá desdeñable o indiferente?

La economía vital, la biográfica y personal, depende de esto. Uso con frecuencia el concepto de «vidas mal planteadas», que son particularmente frecuentes en esta época, probablemente más que en otras. Es notoria la inestabilidad de las formas de vida en estos últimos decenios. Creo que en inmensa proporción es la consecuencia de todo lo que he dicho antes. La acumulación y reiteración de los errores sobre las diversas magnitudes hace difícil mantener claridad sobre la circunstancia personal, y por tanto acerca de la estructura de nuestra vida.

Esta claridad es la condición primaria para que la vida tenga sentido, desde lo más íntimo hasta las formas todas de la convivencia y la marcha del mundo. Ese atlas que me parece deseable y necesario tiene que abarcar desde nuestra más recóndita intimidad hasta el globo terráqueo —y acaso el espacio exterior—; y no solo en su presente, sino en su íntegra realidad histórica, que nos permite lanzar una mirada, insegura pero acaso certera hacia lo que puede ser nuestra vida.

Fragilidad de la evidencia

El que tiene vocación de buscar la verdad, si no se contenta con aproximaciones o meras vislumbres, si pone a prueba lo que ha pensado, puede llegar a una experiencia deslumbradora, fascinante, el premio mayor del esfuerzo intelectual: la evidencia.

Llega a ver que algo es «así». Lo comprende, y al mismo tiempo descubre su justificación: ve por qué es tal como lo está viendo; en algunos casos, a esa visión acompaña la de su necesidad: «tiene que ser así». Esta es la culminación de un proceso intelectual digno de este nombre.

No es frecuente, sino algo especialmente dificultoso; requiere un gran esfuerzo de lo que más se escatima: pensar. No leer, observar, hacer experimentos o estadísticas, sino mirar, ensayar diversas perspectivas, darle vueltas a la cuestión, establecer conexiones —en eso consiste la razón, distinta de la mera inteligencia—, intentar invalidar eso que se ha entrevisto, hasta asegurarse de que el empeño es vano, de que eso que se ha visto es «así». El extraordinario filósofo Gratry, tan olvidado, decía: «*Tout ce qu'un homme a vu est vrai*» (Todo lo que un hombre ha visto es verdad). La palabra decisiva es «visto»; si se omite parte de lo que se ha visto, si se añade algo que no se ve, el resultado puede no ser verdad.

Lo frecuente es que no se parta de la evidencia para apo-

yarse en ella; se prefiere tomar como realidad lo que «se dice» —en el uso ordinario o en el que tiene pretensiones científicas, desdeñando lo que se impone a la visión—. Si se analiza la mayor parte de lo que se dice y escribe, se puede comprobar esto que parece una inversión de la jerarquía justa, de lo que puede ayudar a descubrir la verdad y poseerla. De ahí la insatisfacción que procede de gran parte de la producción intelectual de nuestro tiempo —y de otros que no son nuestros, pero que han estado afectados por situaciones parecidas.

A veces se siente la necesidad de leer o releer algunas páginas en que la evidencia era buscada y, si se hallaba, era reconocida y respetada. Sus autores son los que merecen llamarse «clásicos» del pensamiento, y que no son siempre los más famosos.

Pero lo que verdaderamente me inquieta es otro fenómeno, emparentado con lo que acabo de decir, y que afecta particularmente a la exposición o comunicación de las ideas. Cuando se dice, de palabra o por escrito, algo que es evidente, el que lo oye o lee «ve» por su cuenta, por sí mismo, que aquello es «así». La evidencia se impone con fuerza incontrolable, obliga a su participación, es una iluminación que descubre la realidad, hace inteligible, permite poseerla y hacerla «propia».

Sin embargo, es probable que, salvo excepciones personales que pueden ser contadas, esta situación dure poco. El que ha visto con evidencia algo y ha compartido esa iluminación siente después que eso se debilita como lo hacía antes de ese descubrimiento, «recae» en el estado anterior, pierde la evidencia que parecía conquistada.

Esas «recaídas» son decisivas; el factor más importante que estorba el establecimiento de la verdad, su arraigo, la superación de los «errores arraigados» contra los que combatió Feijoo toda su vida. Tan pronto como cesa el esfuerzo intelectual

tual, si cede la tensión que ha conducido a la evidencia, vuelven las vigencias en que se estaba, se superponen a lo que en un momento se ha visto con claridad, hacen que se olvide y desvanezca.

Sobre todo, cuando se cambia de perspectiva. Quiero decir que en un contexto determinado, cuando se ha percibido esa verdad evidente, se la ha comprendido y compartido; pero si se vuelve la mirada en otra dirección, si se piensa —y sobre todo «vive»— en dimensiones diferentes, se produce una extraña evaporación de la evidencia apenas poseída, y por eso hablo de su «fragilidad».

Esto me parece extraordinariamente grave. Es el mayor obstáculo con que tropieza la difusión de lo verdadero, justificable, responsable. Se gana y se pierde, según los momentos, las épocas, las situaciones sociales. En algunas, se pierde más que se gana. Es la explicación de los grandes desastres que sobrevienen a porciones de la humanidad, y que resultan inexplicables si no se tiene en cuenta este riesgo permanente. El pensamiento —hablemos ahora solo del occidental— ha ido descubriendo durante siglos verdades resplandecientes, que han llevado a entender la realidad de manera que pueda resistir a las deformaciones y errores, a todas las suplantaciones. Y, sin embargo, esos mismos países han sucumbido a verdaderas inundaciones de errores crasos, que han anegado las evidencias adquiridas mediante geniales y continuados esfuerzos creadores. Una especie de marea alta de falsedades establecidas pasa por encima de las realidades descubiertas por siglos de tensión creadora y veracidad, de amor a la verdad.

Para poner un ejemplo que no tenga aire político y por tanto no sea propicio al enturbiamiento de las ideas, y que es a la vez clave de esa fragilidad en nuestro tiempo, me referiré a la condición propiamente humana, a lo que es nuestra

vida, la de cada uno de nosotros, de las personas que somos. Lo somos, queramos o no, y vivimos de hecho desde esa forma de realidad que nos pertenece. Así se ha sentido siempre, y lo refleja espontánea e inequívocamente la lengua, que nunca confunde «qué» y «quién». Pero se ha ido imponiendo y generalizando, sobre todo en los tres últimos siglos, una tendencia a la «cosificación» de toda la realidad.

Los estímulos son muy fuertes, y se justifican: estamos rodeados de cosas, las usamos todo el tiempo, tenemos que enfrentarnos con ellas, entenderlas y manejarlas. La mayor parte de la ocupación humana, incluso intelectual, consiste en tratar con cosas. Los conceptos usados constantemente se refieren a ellas.

Pero ocurre que nosotros no somos cosas, sino personas. Algo radicalmente distinto, definido por atributos enteramente propios y originales, irreductibles. No «somos» propiamente, sino que «vivimos»; no somos exclusivamente reales, sino que consistimos esencialmente en irrealidad —imaginación, proyección, inseguridad—; somos realidades dramáticas, elegidas por nosotros mismos, que imaginamos quiénes pretendemos ser e intentamos realizarlo.

Nada comparable a las cosas, aunque hagamos nuestra vida con ellas, aunque algo de nuestra realidad sea «cosa» —aquello con lo que hacemos nuestra vida—. Es esto tan evidente, que apenas se dice, lo comprenden todos. Pero al cabo del tiempo, cuando vuelven los ojos en otra dirección, muchos dejan de verse como personas y aceptan pasivamente la «cosificación» que se les ofrece insistentemente desde todas partes. Abandonan la evidencia que han poseído transitoriamente y recaen en el error inveterado de verse como cosas, como lo que no son ni pueden ser.

El hombre tiene que hacer su vida, ciertamente con las

cosas; pero tiene que afirmar su realidad, con la tensión creadora que es su condición y su destino, evitando que las cosas tiren de sus pies y lo reduzcan a lo contrario de su realidad. Ser hombre es un permanente e inseguro esfuerzo de hominización, una conquista de lo que es: una persona.

El reverso de la medalla

Cada vez me parece más evidente la justificación de la norma que propongo, tanto para la vida privada como para la pública, y por supuesto para la internacional: «No hay que intentar contentar a los que no se van a contentar». No pasa un día sin que se confirme, a todos los niveles, la validez de esta sencilla fórmula, que podría ahorrar muchos errores y no poco quebrantos.

Entre estos últimos figura uno, decisivo, que rara vez se tiene en cuenta: los esfuerzos que se hacen para contentar a los incontentables —que lo son constitutivamente y por principio— suelen descontentar a los que son capaces de ser contentados, o acaso están ya contentos. Las personas individuales pueden sentirse heridas por esa conducta: en nombre de los irreductibles sufren perjuicios, o se sienten preferidas, tal vez desdeñadas. Las concesiones que se hacen sin resultado —penas de amor perdidas— menoscaban los derechos de otros, y sus expectativas, o bien presentan al que las hace a una luz desfavorable, que puede tener aire de complicidad, y que por lo menos enfría la adhesión y el entusiasmo que podría existir.

Es posible que un partido, por sus complacencias con los que siempre le serán hostiles, adquiera una imagen falsa, que puede desalentar a los que sentían estimación y adhesión ha-

cia él, y haga que pierda entre sus partidarios el apoyo que, con manifiesto error, intenta conseguir de los que se lo negarán invariablemente, haga lo que haga.

En la vida internacional se hacen a veces enormes sacrificios —de atención, recursos económicos, elogios y disimulos—, hasta riesgo de perder vidas humanas, todo ello en pura pérdida, para cosechar renovada hostilidad mezclada con desprecio por lo que se interpreta como debilidad, y quejas justificadas de países amigos o que pueden serlo.

Asistimos a diario al espectáculo de las quejas, los desplantes, las zafiedades y los gestos de desprecio de los que mantendrán esas actitudes, sea cualquiera la conducta de los demás. Como el fenómeno de la «bola de nieve» es constante, esas actitudes, que empiezan en la descortesía y terminan en la agresión, se van incrementando a medida que se prodigan los intentos de complacencia o «apaciguamiento».

En mi primera juventud sentía malestar por la conducta de las naciones que luego se llamaron «democráticas», sobre todo Francia e Inglaterra, respecto de la Alemania vencida en la primera guerra mundial. Los tratados con las potencias derrotadas, el de Versalles y los sucesivos, extremaron la dureza, y en algunos casos la mala voluntad y el afán destructor, como en el caso de la desmembración del Imperio Austro-Húngaro. Había entre los vencidos quejas y deseos de rectificación, impresión generalizada de injusticia. Los vencedores hicieron oídos sordos a las peticiones y reclamaciones, algunas muy justificadas al cabo de los años.

Pero cuando llegó Hitler en 1933 y descubrió la insolencia, la reclamación agria y hostil y la eficacia del «hecho consumado», las potencias democráticas empezaron a aceptarlo, a plegarse a ello, a hacer concesiones tras concesiones. Recuerdo muy bien que entonces dije: «A estas naciones les ha

faltado generosidad y firmeza». Rechazaron las peticiones y se aguantaron con las exigencias y los malos modos de los que habían de ser —eran ya— enemigos implacables e irreconciliables.

Creo que hay que esforzarse siempre por complacer a los que lo merecen, incluso con sacrificios propios. La vida civilizada consiste en eso, y la generosidad debe ser una norma permanente. Hay que estar persuadido de que no se tiene nunca toda la razón, de que los demás tienen alguna, y hay que dársela; pero no hay que darles la que no tienen.

Sobre todo, hay que rechazar que se presente como razón la sinrazón. El ejemplo más claro e importante es la falsedad deliberada, la mentira pura y simple, como si fuera verdad. Nada irrita tanto a los profesionales de la mentira como la demostración de su carácter pernicioso; trátase de cualquier cosa, se sienten aludidos, y no les falta motivo.

El núcleo del problema, como tantas veces, es intelectual. La dificultad estriba en distinguir entre los que son susceptibles de iluminación, convicción, persuasión, de los que son capaces de ampliar el horizonte, de rectificar, y aquellos otros que consisten en la ciega obstinación de una fórmula, una pretensión o una manía.

No siempre es fácil, pero esa distinción es imperativa para tener una vida personal presentable, decente, con alguna posibilidad de acierto. Y si se trata de gobernar un país o de dirigirlo en medio de las complejidades del mundo, la claridad es absolutamente necesaria, y suele faltar.

Esto se advierte en las declaraciones de políticos o figuras internacionales, casi siempre las leo con desconfianza y poca esperanza, aun en el caso de que procedan de personas inteligentes y estimables. En primer lugar, es dudoso que procedan de ellas mismas, o bien de una comisión u oficina. En

todo caso, suelen estar afectadas por lo que se llamaba «respetos humanos» —algo bien distinto del respeto a las personas—. Hay cosas que «hay que decir», aunque no se crea en ellas; hay otras que no es prudente decir, o que, más crudamente, no se pueden decir.

Se puede y se debe decir todo lo que «hay que decir», lo que las cosas, la situación o el asunto tratado, reclaman. Y es menester no decir, a ningún precio, lo que es falso. La condición primordial es saberlo; por eso he dicho que lo decisivo es la claridad intelectual.

Se puede estar más o menos dotado para ella. Si no se ven las cosas claras, se puede buscar alguna luz donde la haya. En todo caso, la proporciona la experiencia. Con una sola condición: que se la tome en serio. El recorrido de lo que se hizo o se dejó de hacer en España entre 1920 y 1940 es desolador. Es increíble el número de torpezas, confusiones, frivolidades, obstinaciones y deslealtades que se cometieron en esos decenios, que comprometieron los siguientes.

Desde el presente, todo aquello parece claro. Se pudieron evitar casi todos los males que cayeron sobre nuestro país. Ni siquiera era demasiado difícil. Lo más grave es que «no se quiso ver» lo que estaba ante los ojos, lo que en muchos casos era rigurosamente evidente.

Intervinieron en la conducción de la vida nacional en aquellos años unos cuantos indeseables —o sus agrupaciones—. Pero había un crecido número de hombres inteligentes, a veces de excepcional talento, y de decencia notoria y buena voluntad. A muchos les faltó firmeza; a otros les sobró ingenuidad. Casi todos tomaron sus deseos por realidades. Pero ¿cómo no vieron lo que se podía ver? ¿Cómo hicieron caso omiso de la experiencia recibida, de lo que buscaban y prometían algunos?

Cuando se discutía la Constitución, escribí un artículo titulado «Los verdaderos programas». Me refería a las propuestas o enmiendas de los diversos partidos, triunfaran o no, lo que es secundario. Lo que querían era lo que de verdad eran, casi siempre está bien claro. Por ejemplo, ahora.

El espíritu que siempre niega

Es la definición que Goethe da del diablo: «Der geist, der stets verneint», el espíritu que siempre niega. Alguna vez he recordado que la palabra decisiva es «siempre», lo que descubre la monotonía del demonio. «Sí o no, como Cristo nos enseña» es un dicho popular español. Hay que decir ambas cosas, según la realidad lo requiere. La actitud diabólica es el negativismo, la negación sistemática frente a todo, el espíritu destructor. Se ejercita muy principalmente contra lo que tiene verdadera realidad, especialmente si le pertenece la bondad. Es el reverso de la actitud amorosa ante lo real, que puede y debe ser crítica y negar lo que sea infiel a lo exigido, precisamente por adhesión a lo que algo debe ser, tiene que ser; esa negación concreta y limitada es el instrumento que busca la perfección.

Hay individuos, grupos, organizaciones, partidos, incluso en ocasiones países enteros, que, paradójicamente, «consisten» en negación. Los vemos buscar algo a que oponerse, descalificar, denigrar, difamar, destruir. Están animados por una voluntad de aniquilación, que no puede realizarse, por la limitación que los afecta.

No es probable que se trate de algo «intrínseco» e irremediable, porque la realidad humana no lo permite. En los individuos es algo patológico, una enfermedad, que no suele ser orgánica, ni siquiera psíquica, sino más grave: personal.

Casi siempre nace de un profundo descontento de uno mismo, no de lo que le ha pasado sino de lo que es; a veces el afectado por esa dolencia intenta convencerse de que la causa de su negativismo es su mala suerte, las desventuras que ha padecido, las injusticias de que ha sido objeto. Esto es falso; he conocido a algunas personas cuya vida ha sido una larga serie de contratiempos, privaciones, desgracias, pretericiones, y el resultado ha sido ejemplos admirables de cordialidad, efusión, capacidad de entusiasmo, incluso ese fondo de alegría que procede de estar en paz con uno mismo.

El odio es algo misterioso y aterrador, que contradice la condición amorosa propia del hombre, una inversión de lo más hondo de lo humano. La envidia es la forma más frecuente e intensa de esa actitud; pero no se la debe confundir con la ambición; la rivalidad, la emulación, que hace mirar con malos ojos a los que «hacen sombra», tienen más éxito o simplemente son superiores. Hay formas casi normales de envidia, repugnantes pero a última hora veniales. La verdadera envidia es universal: se extiende a las actividades o condiciones más ajenas. La mueve ese extraño «rencor contra la excelencia» que es uno de los aspectos más sombríos de las tentaciones humanas.

En la vida colectiva, la negatividad adquiere formas muy diversas. Suele tener, como casi todos los fenómenos sociales, un origen individual; procede de una persona, o unas cuantas ligadas por vínculos muy estrechos, con los rasgos que acabo de mencionar, que se comunica o contagia a otros, tal vez en gran número. Acontece entonces un proceso de «socialización»: principios, normas, disciplina, hasta llegar a una «vigencia» más o menos coactiva.

El punto de partida puede ser la defensa de ciertos intereses identificados con un grupo étnico, económico, ideoló-

gico, religioso. Se da por supuesto algo que «hay que aceptar» y que puede ser discutible o simplemente verosímil. Una actividad de proselitismo provoca el contagio de lo que originariamente era muy limitado. Se desarrolla una «lealtad» a aquello que normalmente no se aceptaría, peor cuyo rechazo se interpreta como «traición». Nadie se atreve a no estar en el círculo de los «elegidos».

Este es el origen de la mayoría de las sectas, que ejercen sobre sus miembros una presión esclavizadora, combinada con una exaltación que intenta compensar la efectiva servidumbre. Cuando el negativismo se apodera de un partido político, de una variedad de religión, de una ideología, el resultado es la agresividad, el exclusivismo, la hostilidad que puede llegar a extremos cuya culminación es el terrorismo.

Lo más interesante es el carácter patológico de todos estos fenómenos. Y es así porque consiste, como antes dije, en una inversión de la verdadera condición humana. Esto no parece evidente, porque se tiene de la enfermedad una concepción estrecha, la referente al organismo, la somática. A lo sumo, se tiene en cuenta lo psíquico y se admite la enfermedad de que se ocupa la psiquiatría. Casi siempre queda fuera la enfermedad «personal», la que afecta a la vida misma en lo que tiene de biográfico y humano individual o colectiva e histórica.

Colectividades humanas, a veces muy grandes e importantes, pasan por fases de visible anormalidad de enfermedad que puede ser gravísima. Estos estados suelen ser pasajeros aunque a veces de larga duración; pero ¿no hay pueblos constitutivamente enfermos? ¿No se advierte en algunos una anomalía permanente, un estado de perpetuo descontento y desasosiego de malestar? No creo que tal estado tenga una causa genética; casi todo en el hombre es histórico; lo que puede pasar es

que una dolencia cuyo origen primario es individual se generaliza, se difunde y contagia, arraiga, se convierte en una vigencia social poderosa; los individuos la encuentran al nacer, la respiran, creen que es la realidad misma, se identifican con ella como si fuese congénita y natural. Si existe o se provoca el aislamiento es caso imposible superar esa condición.

Una atenta consideración del mapamundi, especialmente de un atlas histórico, vertería inmensa luz sobre aspectos decisivos de la humanidad. Tal vez sugeriría algunos remedios —no se me oculta que son extremadamente difíciles, en algunos casos imposibles.

Y hay un rasgo común a todas las formas de negativismo, desde las estrictamente individuales hasta las que envuelven países enteros: la obturación del porvenir. Como la vida humana es proyectiva, consiste en anticipación, invención, innovación constante, lo que la afecta en realidad última invierte todo eso. El negativismo anula los proyectos, atrofia la imaginación, angosta el horizonte vital, anula la limitada pero posible capacidad humana de creación. De ahí la pavorosa esterilidad de todo negativismo, la inferioridad que asegura a personas, partidos, pueblos que se dejan dominar por él.

No se puede esperar nada de ellos y esto ha de entenderse literalmente. Menos peligroso es caer en lo contrario; la falta de crítica, de rechazo de lo indeseable, la benevolencia y el deseo de aceptar lo real puede ser algo peligroso; pero no produce el anquilosamiento, la paralización de las funciones vitales, es decir, biográficas. Cierta ingenuidad, una dosis de inocencia tiene riesgos evidentes pero no es la muerte, es una forma problemática de vida; y acaso, en cierta dosis, una condición de la capacidad creadora.

Infernar

Me interesan particularmente aquellas palabras que son propias de una lengua, que no tienen fácil traducción a otras, que requieren una perífrasis, casi siempre inexacta o desenfocada, que esquiva el núcleo significativo de la palabra originaria. El verbo «cundir», tan expresivo, es uno de estos casos; otro ejemplo, sobre el que escribí hace mucho tiempo, es el prodigioso verbo «desvivirse»; el caso más extraordinario, al que dediqué un libro entero, aunque corto, *Breve tratado de la ilusión*,¹ es la asombrosa variación semántica que esta palabra experimentó hacia 1830, en la época romántica, al pasar de su sentido negativo tradicional —el que tenía hasta entonces y conserva en las demás lenguas que conozco— al positivo que hoy tiene, y que encuentro maravilloso: frente a lo «ilusorio», ser un «iluso», «hacerse ilusiones», es decir, lo falso y engañoso, «tener ilusión» por algo o alguien, estar o vivir «ilusionado».

Pues bien, una de estas palabras que están vivas en nuestra lengua y acaso no en otras es el verbo «infernar». Aparte de su sentido originario de procurar que alguien vaya al infierno, el Diccionario académico registra un uso figurado, que es el que tiene vigencia: «Inquietar, perturbar, irritar». El Diccionario de Autoridades emplea, en lugar de la última acep-

1. *Breve tratado de la ilusión*, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984.

ción, «mover a ira». ¿Cómo se diría en otras lenguas? He buscado en varios diccionarios bilingües y he encontrado que no registran el verbo español. Ni siquiera eso.

Las definiciones que he mencionado son correctas, pero acaso débiles. Creo que «infernar» es algo más que inquietar, perturbar o irritar, incluso que mover a ira. Tal vez todo eso junto sería exacto. Pero no se trata de una mera suma. Cuando Unamuno dice que se propone «hacer que todos vivan inquietos y anhelantes», ¿trataba de infernar? Por supuesto no, más bien lo contrario; despertar de la modorra, de la pasividad o indiferencia, para que se viva más.

Se puede inquietar con buena intención. En el verbo «infernar» no se puede eludir la referencia originaria al infierno. He recordado muchas veces la definición que Goethe da del diablo: «Der Geist, der stets verneint», el espíritu que siempre niega, y he insistido en el «siempre», es decir, en la monotonía.

Infernar supone mala intención, es una actitud, y una actividad negativa, más aún, negativista. No es algo que se ocurra ocasionalmente, alguna vez. Es un propósito permanente, una empresa continuada —de ahí la monotonía—, casi una profesión. Hay personas, asociaciones, grupos, partidos, que se dedican a «infernar».

Algunos individuos tienen una curiosa «vocación» para ella, y la ejercen «por libre», casi siempre para compensar la incapacidad de «hacer» algo propio. Pero usualmente se asocian, buscan la cobertura de alguna colectividad, ingresan en algún grupo o cofradía. Y es sorprendente la tendencia a que se asocien o alíen los núcleos, en principio diferentes, a los que une el negativismo, la voluntad de infernar. Los «puntos de aplicación» pueden ser enteramente distintos, pero la actitud frente a ellos establece un vínculo que sería interesante precisar.

Los que se oponen «a todo», los que objetan automática e invariablemente, resultan por ello «previsibles». Ya se sabe lo que van a decir, cómo van a reaccionar. Esto les quitaría eficacia si los demás se dieran cuenta de ello, lo dieran por descontado, esperaran la acción que llegará, puntual como un eclipse.

Y hay un criterio indefectible: la acción de infernar se aplica invariablemente ante lo que está bien, ante el acierto, la verdad, la buena intención. Se podría usar como criterio de estimación la respuesta que algo suscita entre los «infernadores» profesionales. Ante la actitud airada o aviesa se puede sospechar que ha aparecido algo estimable y valioso.

Esto se extiende a las personas. Cuando se señala con la hostilidad automática a alguien que ha aparecido —o reaparecido— en el horizonte, hay que mirar, porque lo probable es que se trate de alguien en quien se puede esperar y confiar. En ese sentido, se dispone de un método de orientación que rara vez se utiliza.

Extraño es que ese verbo no haya merecido mayor atención, que no haya servido para algo tan necesario como entender la realidad. No se piense —quiero decir, no se piense exclusivamente— en nuestra circunstancia actual e inmediata. Si se tiende la mirada sobre el mapa global, tan revelador en sus enormes diferencias, si se remonta uno desde el presente hasta el conjunto de la historia conocida, se descubre el inmenso papel que han representado esas actitudes.

Se podría escribir una «historia universal del infernar», que sería voluminosa y esclarecedora. Y se advertiría el desigual reparto según lugares y tiempos. En algunos países, en épocas que aparecen como razonablemente venturosas, el infernar ha sido una fracción desdeñable, que apenas altera las cosas. Pero a veces se producen condensaciones tales, que invalidan los mecanismos normales de la convivencia y del cambio social. Significan una anomalía, una deformación de la estructura de una sociedad.

Un rasgo característico de nuestro tiempo es el papel preponderante que en casi todo tiene la organización. Siempre ha sido factor decisivo en la vida colectiva, pero la proliferación de las organizaciones y su poder de comunicación no son comparables con nada pretérito. Añádase a esto lo que podríamos llamar la convergencia de diversas organizaciones, en principio o en apariencia dispares. Uno de los casos más notables fue el tejido que determinó la «leyenda negra» que afectó a España desde comienzos del siglo XVI hasta muy entrado el XVIII y rebrotes en multitud de ocasiones. En *España inteligible* esboqué un esquema de su múltiple origen, pero creo que no se ha examinado a fondo tan curioso fenómeno.

Hacia 1750 adquiere un extraordinario desarrollo la compleja función de infernar —lo referente a España es un aspecto de un proceso más amplio y de mayor alcance—. En la época cercana a nosotros el incremento de esa operación ha sido inmenso, clave de una época que se podría estudiar a la luz de ese fenómeno.

Siempre hay un núcleo que explica esas convergencias; se pensará en el negativismo, cierto impulso destructor, que desemboca en una actitud suicida. Pero negativismo es una palabra abstracta. Si se intenta descender hasta el fondo de la cuestión, se adivina un extraño rencor contra la realidad, que se manifiesta ante todo en ese «rencor contra la excelencia» que desde hace tanto tiempo me preocupa. Se da en ciertas personas una oscura exasperación contra lo que es digno, libre, esperanzador; para decirlo con una sola palabra, «personal».

¿Será casualidad que en nuestra lengua, nacida de un pueblo con raíces teológicas, aunque muy olvidadas, se haya forjado ese verbo, «infernar», que es nada menos que una tentación permanente del hombre?

Agresividad

No pasa día sin que se confirme el acierto de mi vieja norma: «No hay que intentar contentar a los que no se van a contentar». Se multiplican, desde varios puntos, las quejas, protestas, exigencias, aunque carezcan de todo fundamento. Cuantas más concesiones se hacen, el descontento es mayor. Lo que hace algún tiempo parecía un ideal difícil de conseguir se convierte en algo desdeñable, cuando no en una «humillación».

Lo aprobado ayer, hoy parece insoportable. Sería fácil hacer un largo catálogo de ejemplos. Hablé hace tiempo de «insaciabilidad», que es un rasgo característico de una actitud bastante difundida. Ha podido parecer que responde a una disposición utilitaria, egoísta, que pretende obtener incesantes ventajas sin tener en cuenta a los demás, ni siquiera las posibilidades objetivas. Creo que hay algo más.

Hace unos treinta años escribí un ensayo sobre «La idea de la vida humana en la novela picaresca». Mostraba en él cómo el libro en que se inicia ese género literario tan interesante y revelador, el *Lazarillo de Tormes*, tiene muy poco que ver con las otras novelas, muy posteriores, y con la imagen usual de la picaresca. Ni el hambre ni el resentimiento con los rasgos verdaderos del *Lazarillo*; más bien la veracidad y el sentido de la justicia, con refinamientos que hacen pensar en la doctrina del «amor justo» de Brentano. Desde el

Guzmán de Alfarache es otra cosa. Pero tampoco es lo propio del pícaro obtener beneficios a costa ajena, cubriendo la mala acción con buenas formas, para poder seguir consiguiendo sus fines; el pícaro quiere mostrar a su víctima que lo ha engañado y burlado, que ha hecho el primo, que ha quedado por encima, aunque esto le cueste no poder continuar la explotación. Hay un elemento poco utilitario, que sacrifica la convivencia al placer de mostrar que «se ha salido con la suya».

Este elemento de hostilidad, de agresividad, me parece esencial, y es el revelador del resentimiento que aqueja a este tipo de pícaro, no al «niño inocente» que es Lazarillo. El pícaro no tiene buena idea de sí mismo; siente un profundo descontento de su realidad, no se estima, y procura conseguir algo equivalente a costa del prójimo. Fue un rasgo inquietante de la España del siglo XVII, en contraste con la fantástica generosidad y apertura de Cervantes, el hombre lleno de «filias» y sin «fobias», que derrama benevolencia por todas partes; que, cuando roza la picaresca en *Rinconete y Cortadillo*, la llena de humor y de luz.

Pues bien, en la España actual creo percibir un curioso y poco simpático rebrote de la antigua actitud. Los perpetuos «descontentadizos» van más allá del utilitarismo y la insaciabilidad; cada vez más descubren una veta de agresividad, una voluntad de ser desagradables, de zaherir a los que no son como ellos —es decir, a casi todos—. Aun a costa de que «no les traiga cuenta», lo que significa un cambio de una actitud no muy grata pero al fin y al cabo comprensible.

Creo que este fenómeno encierra una dimensión de anormalidad; en algún sentido es patológico. El hombre necesita un grado, aunque sea muy modesto, de satisfacción de sí mismo. Por lo menos, de estar «en paz consigo mismo». El

indicio más visible y claro es ocuparse sobre todo de otras personas o de cosas que no son «suyas», que no tienen que ver directamente consigo mismo. El que no piensa más que en sí mismo y en lo que le pertenece —o cree que debería pertenecerle— descubre una anomalía, una percepción deformada de lo real, una incapacidad de vivir verdaderamente en el mundo con toda su complejidad y riqueza.

Las alteraciones de la percepción son sumamente graves, y casi siempre responden a un malestar de la percepción propia. La vida humana es «transitiva»: parte de sí misma, de su centro, pero se dispara en varias direcciones, hacia personas, cosas, asuntos, problemas, metas. Una persona sana dedica la mayor parte de su atención a lo que no es ella; al hacerlo, claro es, está presente, pero precisamente en la forma de verterse sobre lo ajeno; la culminación de esto es el amor efusivo, lo más precioso que nos es posible.

Por eso el hombre sano, incluso cuando es ambicioso, consiste primariamente en sus proyectos. Quiere «hacer» algo, que sea interesante y valioso por sí mismo, aunque lo haga contando con que vierta sobre él alguna «gloria», cierto resplandor. La escasez o pobreza de proyectos es otro síntoma de anormalidad. Y esto hace que los «propósitos», lo que se proponen los descontentadizos incurables, sean siempre algo negativo, sin contenido propio, casi siempre sin porvenir, una especie de «clausura» sin horizonte.

Esta actitud es terriblemente monótona, y por eso fatigosa. Por lo pronto, para el que la padece, porque se mueve en un espacio angostísimo, dando vueltas y vueltas a lo mismo, encerrándose en el propio descontento, sin abrirse al resto de la realidad, sin querer darse ni percibir nada de ella. Al cabo de algún tiempo, se vive en una fantasmagoría que se convierte en lo que podría llamarse una «prisión interna».

Y esa fatiga se extiende a los demás, a los que tienen que convivir con los eternos descontentadizos. Ya se sabe lo que van a hacer, lo que van a decir: está previsto, sin esperanza de novedad y sorpresa. Y sin esperanza de cambio, de llevarlos a una visión real y razonable de las cosas. Lo cual no puede tener sino malas consecuencias. Hay un momento en que se siente que ante esa actitud hay que «dejarla por imposible», es decir, renunciar a superarla.

No es fácilmente curable esa disposición de ánimo, que además es contagiosa; puede partir de un núcleo reducido, acaso mínimo, y difundirse, nutriéndose de sí misma. Pero hay que intentarlo siempre, sin descanso. Los estados de sonambulismo pueden tener remedio.

En todo caso, y es lo mínimo, no hay que favorecerlos. Creo que una de las causas principales del incremento de estos fenómenos es que se les da excesiva resonancia. Se habla de ellos mucho más de lo que merecen, de lo que su realidad justifica. Cada acto de agresividad se publica, comenta, repite, multiplica, y así prolifera. Mientras se calla sobre casi todo lo que es interesante —no digamos si es cordial, generoso, efusivo— se vuelve morosamente sobre lo que no merece más que silencio; piadoso mientras sea posible, mientras no llegue a un límite que ya no lo permita.

Habrà que volver al buen sentido y al «amor justo» del inocente pícaro Lazarillo, si no nos atrevemos a intentar la maravillosa luz que sobre todo vertió Cervantes.

Cautivos

No tener libertad es malo, pero es mucho más grave no ser libre. Muchas veces he pensado y dicho que, salvo en condiciones extremas, siempre se tiene alguna libertad: la que uno se toma, con tal de estar dispuesto a pagar por ello algún precio.

El ejemplo máximo de esta actitud es, como tantas veces, Cervantes durante sus cinco años de cautiverio en Argel: en ese largo tiempo conservó su libertad, no solo para intentar evadirse varias veces y hacerse responsable de ello, sino hasta para no odiar a los que lo mantenían cautivo o lo delataban. Mantuvo la libertad de sus actos y, lo que es más admirable, la de sus pensamientos y sentimientos.

Hay muchas formas de cautiverio, y sería urgente filiarlas y hasta catalogarlas. La menos penosa es la de los cautivos a pesar suyo, que han nacido sin libertad —en gran parte del mundo, pero rara vez se hace cuenta y se establece el mapa real, con diversos tintes sombríos—, o los que han perdido esa libertad por una violencia exterior.

Más grave es la cautividad «voluntaria», la de los que han ejercido su libertad para renunciar a ella, para dimitir de su condición. Se pensará, y con razón, en la cautividad política, que es la más frecuente y notoria, pero no es la única. Hay gentes que se entregan a una observancia determinada, que aceptan todo lo que proceda de ella, sin discusión, a prueba

de decepciones, que no son reconocidas ni aceptadas. Hay cautivos de un partido haga lo que haga, pase lo que pase, incondicionalmente, que cambian su condición personal por esa filiación.

A veces no se trata propiamente de un partido, sino de una tendencia, una consigna, algo en cierto modo «mágico» de lo que no se puede discrepar.

Esta voluntad de sumisión a veces se interpreta y justifica como «lealtad», fidelidad a una persona a quien se diviniza y confiere un carácter sobrehumano. El totalitarismo —todos ellos, claro es— suele surgir de este modo, en torno a una figura que fascina —o respecto a la cual se finge una fascinación que ni siquiera se siente—. En la actualidad hay multitud de pequeñas réplicas de Hitler, o de Lenin, o de Stalin, cuya mediocridad es evidente, pero que reciben parejo culto. Y sorprende ver cómo personajes famosos van a rendírsele, a pesar de la dificultad de tomarlos en serio.

Una forma venial y algo cómica de esta cautividad es la que se ha apoderado del deporte, y que envuelve una destrucción de su condición misma, de lo que se llamaba «deportividad» o «espíritu deportivo». El «partidismo» es una forma de politización de algo que en sí mismo no tiene nada que ver, y viene a ser una forma de abdicación de la libertad personal. Y es curioso que los equipos que tienen una denominación local o territorial suelen estar compuestos por personas ajenas a esa condición, tal vez resueltamente extranjeras. Se trata de la inmolación del individuo a una etiqueta, a un nombre o una consigna.

En forma menos automática, y por eso menos violenta, esas actitudes han penetrado las estimaciones artísticas, literarias, en general culturales. Se dan las adscripciones absolutas a una tendencia, con exclusión de todas las demás, que no se

conocen o no se reconocen. Hay lectores de un periódico para quienes es «la realidad», se entiende, la única realidad. Lo que en ese periódico se dice es automáticamente aceptado; lo que omite, simplemente no existe.

Con los cautivos voluntarios no se puede discutir, ni siquiera hablar. Una palabra nobilísima, que lleva varios decenios de profanación, es «diálogo». Puede ser admirable, valioso, inapreciable; basta nombrar a Platón. Pero la primera condición es que sea posible, que haya un acuerdo sobre aquello de que se habla, que sea inteligible y que cada uno esté dispuesto a admitir la evidencia, aunque sea descubierta y propuesta por otro. La inmensa mayoría de los «diálogos» de los últimos decenios son falsificaciones estériles, cuando no destructoras.

Cuando recomiendo no intentar contentar a los que no se van a contentar, porque están encastillados en algo que no tiene que ver con la razón, sino con la obstinación y la insaciabilidad, estoy persuadido de que es perder el tiempo y, lo que es más, la posibilidad de hacer algo que tenga sentido y lleve a alguna parte «habitable». Entrar en ese juego es una forma contagiada de renuncia a la libertad, es aceptar una dosis de cautiverio.

Pero al decir «los que no se van a contentar», me refiero a los cautivos voluntarios, a los que han ingresado en el cautiverio por su pie, y sobre todo a los que lo pastorean y administran y perciben los dividendos. Cervantes fue cautivo por el azar de su captura en el Mediterráneo, nunca aceptada. Y no olvidemos a los que han nacido en cautividad, no solo en continentes exóticos sino, en nuestra época, en medio mundo, sin excluir grandes porciones de Europa.

A estos cautivos se los puede redimir. Quiero decir que se los puede contentar. Es posible mostrarles la realidad tal como es, presentar sus diversas facetas, intentar persuadir de

que ninguna interpretación es exclusiva, que no agotan lo real y pueden coexistir y completarse. Esto haría posible la convivencia, que en tantos lugares es ilusoria, y por tanto la vida en libertad.

El único acuerdo posible es la aceptación de la realidad, el respeto a ella. Se pueden tener opiniones diversas respecto a una cosa, pero mientras se la tiene delante, ella misma impone su estructura, obliga a concordar parcialmente, establece un torso con el cual hay que contar, al que se pueden añadir matices que no son necesariamente inconciliables. Lo malo es que cada uno «invente» una realidad inexistente y se aferre a ella sin admitir otra posibilidad. Es la fórmula misma del fanatismo, que a su vez es una de las variedades de envilecimiento del hombre.

El porvenir del hombre, no solo político, sino intelectual, cultural, simplemente humano, es decir, personal, depende de la superación de todas las formas de cautividad. Desde fuera, si es posible; pero sobre todo desde dentro. El que se reconoce cautivo de algo o alguien, está salvado, porque ha iniciado la vuelta a sí mismo, la reconquista de su personalidad enajenada.

Hay una expresión de Quevedo que podría ser aquello que el hombre de nuestro tiempo necesita más: «libertad esclarecida».

Desplantes

Durante la preparación de las primeras elecciones, las de 1977, se puso muy de moda pintar en las paredes, mancillar así impunemente fachadas, monumentos y cuanto estuviera al alcance de un señor con un «spray», que se arrogaba el ser la «voz del pueblo». Recuérdese la campaña de un par de partidos contra el referéndum de la «reforma política», que fue lo que abrió el camino a la democracia.

Entonces escribí: «Dime quién pinta en las paredes y te diré quién va a perder las elecciones». Lo creía, pero además pensaba que podría disuadir a algunos. La moda de las pintadas ha remitido —quizá se ha concentrado en las Universidades (!)—, pero ha sido sustituida por otra práctica que me parece inquietante y peligrosa: el desplante.

Los que lo usan como método o instrumento habitual —en política sobre todo, pero no solo en ella: también en escritos, principalmente en periodismo, y también en radio y televisión— se caracterizan, aparte de la mala educación, por una manifiesta inseguridad, por una carencia de razones, y por algo aún más grave. El diccionario de la Academia define con acierto esta acepción de la palabra «desplante»: «Dicho o hecho lleno de arrogancia, descaro o desabrimiento». Los tres elementos no se excluyen: acaso basta con uno, pero suelen ir juntos. El uso frecuente del desplante es indicio de

que un partido dé por perdidas las elecciones; o de que no cree en la posibilidad de realización de sus planes —esto se advierte casi siempre entre los «nacionalistas», cuyas formulaciones lo descubren si se para uno a pensar unos minutos.

Los desplantes se usan para irritar, para provocar, para compensar frustraciones personales o colectivas. Cuando se trata de un escritor, por ejemplo, revela que no se le ocurre nada interesante o que desconfía de ser leído si habla en voz correcta y normal.

El problema es qué hacer frente al desplante. Se dirá que envilece y degrada al que lo practica, y es asunto suyo. Sí, pero también al que lo «recibe», al que es objeto de él. La tentación es contestar con otro desplante —no es difícil, y se puede superar la marca—. Pero sería un error. El desplante «también» mancha al que lo recibe, y por eso no se puede aceptar; pero lo peor es el contagio, que engendra un deterioro que tiende a generalizarse y puede ser devastador. ¿No es evidente que el uso y abuso de las sátiras y «vejámenes» en el Siglo de Oro empañó un tanto el efectivo oro que cubrió casi dos centurias?

Lo que puede hacerse es «desmontar» el desplante. Mostrar su debilidad, su falsedad, su inconsistencia. Responder con mesura —esa fuerza que casi nunca se usa—, serenidad, cordura y buenas maneras. En época —tan larga, casi toda mi vida adulta— de censura, mi fórmula, cuando iba a escribir algo que con toda seguridad había de caer mal, era: «Cárgame de razón y escribir con buena educación». Es asombroso todo lo «impuplicable» que pude publicar, naturalmente ateniéndome a las consecuencias.

Casi todos los desplantes son, además, estúpidos, porque el que dice algo inteligente y razonable no los necesita. El que niega que España sea una nación, o tenga una cultura,

sabe perfectamente que está diciendo una necedad, y lo dice solamente para irritar o provocar una respuesta parecida. El que anuncia propósitos espectaculares que envuelven, no solo el pequeño territorio en que tiene algún poder, sino otras regiones y hasta naciones extranjeras, muestra que está convencido de que nada de eso es verdad ni puede realizarse.

¿Basta entonces con encogerse de hombros ante el desplante y dejarlo pasar? Tampoco, porque he dicho que mancha algo al que lo recibe, si parece que lo acepta. La política requiere voluntad y capacidad de entendimiento, compromiso, tasación, cesiones. Para conservar la paz y cierta colaboración se puede ir más allá de lo justo, dar facilidades, admitir pérdidas. Pero hay límites que no se pueden rebasar. No se puede «dialogar» con el que viola con su arrogancia, descaro o desabrimiento las condiciones del diálogo. Repárese en la tercera palabra: desabrimiento. Es lo que caracteriza a algunas personas, grupos, equipos, partidos. Viven en el ámbito del desabrimiento, no dicen nada que sea cortés, positivo, convivencial, y que puede ser adverso o polémico sin perder sus cualidades exigibles.

Me repugna la actitud del que ha recibido desplantes o denuestos y al día siguiente se reúne con el autor con la actitud de «aquí no ha pasado nada», sin que haya mediado rectificación ni disculpa. Me parece más justa la actitud de que con tales «no se puede tratar», aunque, por supuesto, se pueda y deba convivir, se respeten todos sus derechos y hasta se les hagan concesiones y favores.

Así como en algunos lugares se anuncia: «Se reserva el derecho de admisión», esto debe regir para los diferentes grados de convivencia. Hay que convivir en el mismo país con el que es diferente, con el adversario, con el que se juzga equivocado y en error. Hay que respetar escrupulosamente

sus derechos, incluso el de gobernar todo o parte del país, si lo ha conseguido lícitamente; pero no se puede uno sentar a la mesa con cualquiera, conversar, o jugar a las cartas si hace trampas.

Esto último es lo más importante: no se puede transigir con la mentira, no se la puede aceptar ni dar por buena. No se puede discutir partiendo de la negación o desfiguración de la realidad.

Convivencia, incluso colaboración, es una cosa. Complicidad es otra bien distinta. Hay que evitar también una tentación dominante: el «actualismo». No se puede uno quedar con lo que alguien hace o dice ahora mismo, y dar por nulo todo lo que ha hecho o dicho anteriormente. Porque «es capaz de ello», y volverá a hacerlo en cuanto pueda o le traiga cuenta. Tengo en la memoria, indelebles, algunas escenas contempladas en la televisión, que hacen sentir estimación imperecedera por algunas personas, desprecio por otras —en este caso, a menos que superen su actuación pasada y muestren un cambio fehaciente—. Todo queda, está grabado, se puede actualizar; no se hace, ni para bien ni para mal; quiero decir para bien de la sociedad, de la convivencia, de los proyectos estimables, ilusionantes, fecundos.

Todo esto es tan evidente, tan elemental, que casi da vergüenza escribirlo. Se podría resumir en una sola frase: hay que procurar que los desplantes no traigan cuenta.

Impunidad verbal

Observo un incremento de la incontinencia verbal, sobre todo entre políticos, pero también en escritores, críticos, entrevistadores y entrevistados. Y por supuesto, «contertulios». La mala educación está tan generalizada que apenas sorprende; pero en bastantes casos llega a extremos patológicos. La grosería del lenguaje parece en muchos casos requisito indispensable, aunque revele solamente pobreza léxica e imaginativa.

El volumen de todo esto es tal que reclama alguna explicación. En algunos casos es una especie de patente de corso, un «peaje» que se paga para poder publicar o tener acceso a una emisora o un canal de televisión. O un certificado de nacimiento, quiero decir de juventud, que así invocan los que pueden estar muy lejos de ella pero intentan gozar de sus privilegios.

Creo, sin embargo, que hay algo más, especialmente en el campo de la política, que es donde esa incontinencia puede tener consecuencias más graves. Se trata, si no me equivoco, de una extraña «impunidad» que acompaña la palabra, hablada o escrita. Se dice de algunos —oradores, escritores, directores de cine o actores— que tienen «garra», cuando sería más justo hablar de zarpa o, en otros casos, pezuña. Hay, ciertamente, modelos de rigor, entereza, serenidad y cortesía, que me levantan el ánimo, tantas veces decaído, y me inspiran admiración y confianza. Pero ni siquiera esos ejemplos están li-

bres de ser objeto de los más soeces ataques, de las más intemperantes invectivas.

Dígame lo que se diga, por inaceptable que sea, «no pasa nada»; a eso llamo impunidad. Lo más grave es faltar a la verdad: la mentira es inadmisibile, y no puede pasarse por ella y darla por buena. Si se complica con la calumnia, si atribuye injustamente a alguien delitos, complicidades o responsabilidad injustificados, el rechazo debe ser terminante e inmediato. Lo mismo puede decirse de la mentira que afecta a la realidad colectiva, a la historia por ejemplo, objeto preferente de la falsificación.

Las mentiras, por notorias que sean, se echan en saco roto, se leen o escuchan sin pestañear, no traen para el que las emite las consecuencias que serían de esperar. No es «expulsado» de la comunidad de las personas con quienes se puede dialogar; se entablan discusiones, sin reclamar primero la rectificación o la justificación de lo dicho. De este modo, se corrompe y perverte lo que podría ser el «diálogo», palabra nobilísima de la que tanto se ha abusado en los últimos tiempos. El diálogo tiene sus requisitos, ante todo la veracidad y la coherencia; de otro modo se convierte en su profanación.

Hay políticos que de vez en cuando dicen algo discreto y aceptable; otros, que tienen algún sentido de la convivencia y las normas que la regulan, aprueban y hasta aplauden; al día siguiente, el receptor de esta actitud vuelve a las andadas, falta a la verdad, injuria sin reparo: no pasa nada, no se toma nota de todo ello, para saber a qué atenerse, de quién se puede uno fiar, con quién se puede intentar una colaboración.

Siempre se encuentran disculpas para la grosería, la agresión o la mera falsedad; «se le calentó la boca», «era una reunión de partido», «se dirigía a un auditorio propicio». Los oradores suelen tener a su alcance un vaso de agua fresca para apagar los excesos calenturientos; todos los partidos, todos

los grupos tienen derecho al respeto, la corrección y, sobre todo, la verdad. Para faltar a ello no hay licencia.

Se hablará de libertad de expresión: se puede decir lo que se quiere de la libertad de los demás, que puede llegar desde el rehusar conversar con los que faltan a las normas inexcusables hasta la ruptura de colaboración a las acciones legales oportunas. Lo que no puede aceptarse es que alguien se despache a su gusto a costa de la dignidad de otros, o de la realidad misma, que es lo más respetable de este mundo, y todo siga como antes, sin sanción ni consecuencia.

Se pensará quizá que todo eso es «cuestión de palabras», a última hora sin mayor importancia. Creo todo lo contrario: las cuestiones de palabras son las más graves y peligrosas. Por mi edad he asistido a la génesis, desarrollo y consecuencias —tan largas— de la guerra civil. Y estoy persuadido de que su causa, más que cuestiones «de hecho», fueron las cosas agresivas, irresponsables, falsas, que se dijeron a ambos lados; fueron las que llevaron a que hubiese dos siniestros «lados» fratricidas y destructores.

A pesar de mi juventud, cuando vi que se trataba de una guerra, mi comentario fue: «¡Señor, qué exageración!». Veía que lo que en realidad se ventilaba era incomparablemente menor que lo que se empezaba a hacer; que las pérdidas de todo orden para unos y otros iban a ser de una magnitud de otro orden que lo efectivamente en disputa.

Los que habían de ser «los dos bandos» no podían soportar lo que decían «los otros». Cuestiones de palabras, sí, por las que llegaron a matarse acaso trescientos mil españoles. Se produjo una violenta e irracional intolerancia a la retórica de los adversarios, que se convirtieron en enemigos implacables.

En rigor, no a la retórica, sino a su ausencia; a la mala retórica que no era más que propaganda, esfuerzos de manipulación de unas u otras masas sin respetarlas, profanándolas. Y ello con-

sistió ante todo en la transformación de las personas en «masas» ciegas, manipulables, que llegaron a actuar como autómatas.

Lo que hizo posible el asombroso acierto de lo que se llama la «transición», el paso sin violencia ni odio de una larga situación insostenible a otra profundamente distinta fue la calidad de lo que se dijo. Con pocas excepciones, que pronto quedaron reducidas a sus proporciones reales, se habló con mesura, corrección, miramientos, respeto a la verdad. Desde las palabras del Rey en los primeros momentos hasta la conducción del enorme proceso de transformación, la veracidad y la cordura imperaron. Valdría la pena recordar todo esto, tan olvidado deliberadamente por los que entonces intentaron otra cosa y se ahogaron en un mar de libertad y sentido común.

Ya entonces surgieron «cuestiones de palabras», cuyo peligro percibí bien pronto, apenas pronunciadas, porque me inquietaba su falsedad, y la realidad es lo más tenaz, porque «no desiste». Hubo muchos que no dieron importancia a esas cuestiones de palabras, y censuraron acremente que me parecieran decisivas. La experiencia ha confirmado que era así. Los problemas más graves que nos agobian, los que oscurecen un horizonte que en realidad está abierto y es prometedor, vienen de aquellas cuestiones de palabras que se deslizaron aviesamente ante la indiferencia de muchos y la complicidad de algunos, que ahora fingen olvidar, como si no fuera evidente que les dieron curso y les permitieron alcanzar la gravedad que hoy parecen lamentar.

Ahora rebrotan algunos de los impulsos de otras veces, que nos han llevado a situaciones indeseables. Estamos a tiempo de dar a las palabras la importancia que tienen, levantar la impunidad para lo inaceptable, extremar la veracidad, el rigor y la cortesía. ¿No podrá recobrase la mesura y gravedad de los españoles del Siglo de Oro?

Las cosas claras

Si se me preguntara cuál fue el cambio más evidente producido en España en los comienzos de 1999, diría sin duda que el incremento de la claridad. Las cosas pasaron a estar mucho más claras que en los años inmediatamente anteriores.

Se empezó a ver sin confusión qué se proponen los diferentes partidos, adónde se encaminan, cuál es la proporción de eficacia o ineptitud, de pulcritud o corrupción, de veracidad o falsificación, en cada uno de ellos.

Desde entonces se puede medir hasta qué punto son necesarios los apoyos de pequeños grupos que representan a fracciones muy limitadas del país, es decir, si en el futuro cercano va a seguir siendo posible la opresión de las mayorías por las minorías. Se puede ver que en espacios limitados no solo es posible, sino se ha acentuado, mientras ha disminuido a escala nacional.

Se ve quiénes se mantienen fieles a la estructura política adoptada por España desde hace algo más de veinte años, y quiénes son los que pretenden destruirla desde dentro. Esto ha puesto en claro la diferencia que existe entre la convivencia, incluso la colaboración, y la complicidad, que es cosa muy distinta. Se ha planteado lo que podríamos llamar una cuestión de límites, que urge reflejar en las conductas si quiere uno saber a qué atenerse.

Se ve con bastante claridad que algunos partidos son simplemente la «orden tercera» de una agrupación clandestina y delictiva, cuyas instrucciones siguen servilmente. Se puede medir el grado de representación de los sindicatos y sus partes, y su independencia o condicionamiento por un partido determinado.

Creo que todo esto resulta bastante claro, y el hombre medio puede estar orientado —si quiere, si tiene voluntad de vivir con alguna autenticidad y desde sí mismo, lo que es propio de la condición humana y exigencia indeclinable para vivir en democracia—. Lo que no es tan fácil es el criterio para medir los límites de lo aceptable en tan complejos y delicados asuntos. Me atrevo a proponer uno que es sumamente eficaz y que cubre la mayor parte de las complejidades: la veracidad.

La verdad es coherente; no entra en conflicto consigo misma; si se confronta lo dicho por alguien con otras cosas que ha dicho, y se resiste la comparación, se puede concluir que todas ellas son, si no «verdaderas», porque el error es siempre posible, sí «veraces», es decir, que el autor las ha creído verdaderas.

La mentira es el criterio decisivo. No se la puede admitir ni aceptar, porque ello envuelve complicidad; no se puede fingir que se cree lo que dice el que miente. Hay que confrontar a quien se expresa, por lo pronto, consigo mismo. Cuando, ya en 1955, en *La estructura social*,¹ indagué la diferencia entre las opiniones privadas y la «opinión pública», insistí en que una de las condiciones de esta es que «está ahí», que se la pueda invocar, repetir, recurrir a ella. Por eso, en una situación dictatorial —no digamos totalitaria— no hay opinión pública, ni siquiera la ex-

1. *La estructura social*, Alianza Editorial S. A., Madrid, 1993 (nueva edición).

presada por el Poder Público, porque no se le puede citar y repetir, no se puede uno apoyar en lo que antes dijo.

Esta operación es la que hoy se puede realizar en una medida nunca existente. Todo consta, está grabado, se puede volver sobre ello —y no se hace más que cuando conviene—. Si se hiciera con espíritu de verdad y sin contemplaciones, se despejaría la atmósfera en un grado que cuesta imaginar, y se podría acertar mucho más.

He hablado de asuntos políticos porque son los más notorios, y aquellos en que es más visible el incremento de la claridad; pero no son los únicos, ni los más importantes. Pienso en lo cultural, sometido a la confusión y la tergiversación. La dependencia de la publicidad es enorme. ¿De qué se habla, sobre qué se guarda silencio? ¿Qué relación tiene esto con la importancia real, con el valor efectivo? Repásese de qué libros, de qué obras artísticas se ha hablado en un año, y lo que queda de ello al siguiente. Se habla interminablemente, por ejemplo, de traducciones al español de libros extranjeros, a veces viejos, y nada de libros españoles actuales, tal vez innovadores. Hay artistas a los que nunca se dice una palabra, a cuyas exposiciones no van los críticos, o cuyos conciertos ni siquiera oyen.

He señalado hace mucho tiempo la invención ingeniosa de los jurados numerosos que conceden los premios, en los que intervienen dos o tres personas conocidas, competentes y respetables, que cubren con sus nombres una mayoría que se puede combinar según el gusto. Esto se extiende a todas las manifestaciones culturales en que interviene un crecido número de personas, algunas de las cuales tienen prestigio, que se extiende al conjunto, tal vez bien distinto.

Y se llega a lo más importante: a las personas. ¿A quién se puede estimar, en el orden que corresponda? La pregunta

podría simplificarse y restringirse: ¿a quién se estima? Porque el error casi siempre es culpable: se cree o se finge estimar a quien no se estima, se simula desconocimiento o desvío respecto a alguien a quien en el fondo se admira, pero no se tiene «permiso» para hacerlo.

Es decir, que la cuestión de la veracidad y la claridad —o su ausencia— recae sobre el sujeto que parece pasivo pero no lo es. A última hora, las suplantaciones son posibles por la cooperación, la complicidad del que las padece.

Nos encontramos con una inesperada solución de tan delicado problema. La respuesta está en las mayorías, en las innumerables personas que viven en tan peligroso estado de error porque contribuyen a él.

Cuando digo que al empezar 1999 las cosas estaban mucho más claras que en los años anteriores, quiero decir que lo estaban para todos aquellos que en el fondo saben de quién se pueden fiar, en quién pueden esperar, de quién pueden recibir algo valioso y enriquecedor. La cuestión es que se atrevan a tomar en serio lo que ven, lo que saben, y extraigan las consecuencias pertinentes.

Pero si se mira bien, lo capital es que se tomen en serio a sí mismos, que se atrevan a opinar, a elegir, a vivir desde sí mismos y no de lo que un grupo, un partido, un periódico les dicta. Creo que a estas alturas casi todos los españoles tienen suficiente claridad; solo falta que se atrevan a vivir según ella. Si lo hicieran, obligarían a ajustarse a esa misma claridad a los que pretenden formar la opinión y regirla. Resultaría que la mentira dejaría de tener cuenta. Pernútaseme soñar con esa situación maravillosa, que por fortuna es posible.

Lo cortés y lo valiente

Los refranes y dichos populares no son siempre de fiar, y los hay que envuelven una visión torva y negativa de la condición humana, pero a veces aciertan y dan en el clavo. Ha sido antigua entre españoles la asociación entre cortesía y valentía. «Lo cortés no quita lo valiente», se ha repetido durante siglos. Góngora escribe: «Valiente eres, capitán, y cortés como valiente».

Es frecuente ver que la cortesía, la serenidad, las buenas maneras, la aversión al destemple, la truculencia y la chabacanería, se unen a la entereza, la firmeza, acaso la impavidez, sobre todo esa variedad superior que no se confunde con la agresividad. Si se quiere un ejemplo reciente, piénsese en la figura de Juan Pablo II en Cuba.

Creo que este es uno de los rasgos que han caracterizado lo que puede llamarse el estilo español, esa variedad de lo europeo —con mayor generalidad, de lo humano—, que se ha solido estimar, cultivar, echar de menos cuando ha faltado. Un símbolo de ello podría ser el gesto de Ambrosio de Spínola en el famoso cuadro de Velázquez.

Ese gesto, y lo que significa, han decaído muchas veces, y hay que dolerse de ello. Lo más grave es que descienda su estimación, su aprecio; esto puede llegar al extremo de que algunos no se atrevan a mostrarlo, por temor de no estar de

moda, o a que se busque la popularidad y el aplauso de los que son incapaces, a la vez, de cortesía y de valentía. Esta consiste, muy principalmente, en la decisión de «no pasar por todo», de darlo todo por bueno o no enterarse, de callar cuando no es decente el mutismo.

Nada me preocupa tanto como los síntomas de descenso de la calidad humana, porque si se produce se pierden los recursos necesarios para superar una situación indeseable. No se puede dar por supuesto que un pueblo posea ciertos rasgos admirables; por ejemplo, el español; pero como el hombre se define, más que por lo que tiene, por lo que necesita, por lo que debe tener —y es uno de los ejemplos en que mejor se manifiesta la profunda y admirable diferencia entre el varón y la mujer, cuyos «requisitos» son distintos—, si algo de eso se pierde, no se trata de una mera carencia, sino de una «privación», acaso de una decadencia.

Es demasiado frecuente ahora la falta de cortesía, de medida —otra buena palabra—, de elegancia en la palabra y el gesto. «Será primero el circunloquio/ y las razones medidas./ ¿Y después?, el coloquio/terrible de las espadas», escribe Valle-Inclán.

Hay tantos políticos, escritores, empresarios, sindicalistas, hasta artistas, que parecen siempre enfadados, agrios, ceñudos, incapaces de sonreír. Dan la impresión de que les deben y no les pagan, cuando a veces es más cierto que les pagan lo que no se les debe. El uso constante de la palabra «exigir», de «protestar» —por supuesto de manera «contundente»—, de «hacer presión», es decir, cometer desmanes mientras se están haciendo negociaciones, antes de que se rompan y aunque no se van a romper; el asociarse un partido con otro con mala cara, haciendo constar su antipatía y el deseo de romper esa misma asociación, la amenaza velada o no tanto, el

aire de superioridad y desdén hacia los demás, no respaldado por una obra valiosa, con la pretensión de «vivir de las rentas» durante medio siglo; todo eso son malas maneras que no revelan fortaleza ni valor, sino más bien lo contrario.

«Dime de qué presumes y te diré lo que te falta», dice otro viejo refrán cargado de experiencia. Si se repasan las trayectorias de los agrios, malhumorados y descorteses, es muy probable que se descubran flaqueza, claudicaciones, encogimientos, cambios oportunos; en suma, debilidad.

Uno de los hombres más corteses y mesurados que he conocido, exquisito de gesto y lenguaje aun en las circunstancias más difíciles, y a la vez de los más valientes, con valentía civil y no agresiva, fue Julián Besteiro, a quien tan pocos parecen admirar, ni siquiera recordar. Uno de mis libros de la serie *La España real* llevaba esta dedicatoria: «A la memoria viva de José Ortega y Gasset y Julián Besteiro». Me sorprendió que nadie, en ningún comentario, recogiese esa cita, ni siquiera se sorprendiera de que en ella se unieran esos dos nombres.

¿Se perderá esa porción de estilo español con el que se hizo casi todo lo valioso de nuestra historia? Me sorprende que entre las innumerables figuras asombrosas que de España fueron a América, las que parecen haber atraído más han sido Las Casas y Lope de Aguirre, desmesurados, irresponsables, expuestos a la demencia.

No siempre coinciden cortesía y valentía; a veces una de ellas va solitaria, reñida con la otra; pero eso no las aumenta, sino que las disminuye y las hace desmerecer. Conviene procurar que vayan juntas y mutuamente se potencien.

Lo importante es no dejarse engañar, no confundir las cosas, no aceptar la cobardía agresiva y malhumorada, tan frecuente. Por ahí andan, mostradas por la televisión, sin duda

conservadas, imágenes de furia, agresión, desprecio, que descubre debilidad o impotencia. A veces se «ve» el rencor, la hostilidad, la incapacidad de aceptar una derrota que puede ser transitoria, pero que no debería serlo si es verdad el fondo que se percibe.

En el gremio intelectual o artístico es más frecuente la vanidad agresiva, que necesita nutrirse de desdén de los demás, incluso, y muy principalmente, de los que son superiores. La incapacidad de admiración es un indicio infalible de inferioridad y desconfianza.

Más allá de la rivalidad, que es «humana» —en el mal sentido de la palabra, aquel que tiende a disculpar nuestras superables flaquezas—, esa hostilidad, ese rencor, se extiende muchas veces aguas arriba, hasta a los muertos, incluso los remotos. Hay gentes a quienes les duele el talento de Cervantes, Lope de Vega, Velázquez o Goya.

Creo que ahí está la raíz de la «leyenda negra»; no de su origen, ciertamente exterior, sino de la gozosa aceptación por parte de muchos españoles, pretéritos y actuales, para quienes ha sido o es un día de fiesta. ¡Qué maravilla encontrar formulado, expresado en varias lenguas, el descontento que atormenta, la falta de talento o ánimo que permitirá estar razonablemente en paz con uno mismo! Porque a esto, que está al alcance de cualquiera, sí es lícito aspirar.

La expresión pública

A última hora toda política que merezca este nombre se funda en la opinión pública. Pero la democracia se sustenta directamente de ella, en su misma sustancia, podríamos decir que «consiste» en ella. A veces no hay opinión pública, aunque haya innumerables opiniones privadas. Durante mucho tiempo no la hubo en España, y en un libro estrictamente teórico, *La estructura social*, de 1955, lo mostré claramente, indicando las condiciones exigibles para su existencia. No resisto a la tentación de recordar lo que entonces dije, porque tiene ahora «otra» cualidad.

No basta el carácter «social» o «colectivo», que por supuesto es esencial. «Ni aun es suficiente que a este carácter se agregue el de “consabido”, o sea, que cada uno sepa que lo saben los demás. Hace falta una condición sutil, pero de extremada importancia: que eso “conste”. Cuando en una asamblea alguien pide que algo “conste en acta”, ¿qué es lo que pide?, ¿que se enteren los demás? No, porque lo acaban de oír. ¿Que lo suscriban o lo apoyen? En modo alguno. Simplemente, que tenga existencia “pública”, que “esté ahí”, en el ámbito común, que quede en disponibilidad, que sea, en suma, una “instancia” a la cual se pueda recurrir. Todos saben que han pasado o pasan muchas cosas, perfectamente conocidas y, sin embargo, “no constan”, no se puede apelar a ellas, no se cuenta con

ellas para establecer una acción social de ningún tipo, no tienen existencia en una zona de la realidad que es justamente la vida “pública”.»

Esto sucedía, por supuesto, en 1955, y hasta un par de decenios después. ¿Y ahora? Por supuesto existe la opinión pública, y es el nervio de nuestra convivencia. Pero acaso no plenamente, sino con atenuaciones o excepciones peligrosas. Se hacen o dicen cosas que después se olvidan o niegan, que los demás no se atreven a recordar. El paso del tiempo —a veces muy breve— las va borrando; hay una curiosa tinidez para recordarlas. En ocasiones se niegan enfáticamente, y lo que queda es la negación.

Se usa la mentira —muy desigualmente, por cierto— y a casi nadie se confronta con lo dicho, se le demuestra que ha mentido. Los que no «viven» de la mentira, los que no la usan como instrumento habitual, deberían tener extremado rigor, no permitirse ni siquiera mentiras ocasionales o «veniales», que dejan su huella y empañan lo que podría ser una acción transparente y justa. El inmenso poder actual de los medios de comunicación, incomparable con el que tenían cuando escribí *La estructura social*, ha alterado la situación y desde luego los mecanismos que la regulan. Nada es plenamente público si no adquiere el relieve necesario, si no es «notificado» a la sociedad en su conjunto, y ello no se limita a la prensa escrita, sino más aún a la radio y la televisión.

Por otra parte, la conservación de actos y palabras está asegurada. Tengo recuerdo vivo de muchas escenas que bastarían para acreditar o desprestigiar a grupos, partidos, personas, pero no se usan, no se actualizan; en suma, no se recurre a ellas, y por tanto no constan.

La ignorancia es un factor decisivo, con el cual hay que contar. Asombra el número de cosas importantes que son

desconocidas por la inmensa mayoría de las personas. Esto es lo que hace posible la ingente falsificación de la historia a que estamos sometidos, sin exceptuar la muy cercana. La ignorancia es la causa de que «no haya defensas», de que pocos tengan «anticuerpos» capaces de rechazar la falsedad, aunque sea evidente para los que saben algo.

Es menester decir la verdad, proclamarla, exigirla, mantener sus derechos, no transigir con la falsificación. Es el único medio de que haya efectiva convivencia, de que esta pueda ser fraterna en medio de las discrepancias, de que, a pesar de los desacuerdos, haya concordia. Cuando se dice la verdad, se reconoce la razón que tiene cada uno, y no se le da la que no tiene, con lo cual se logra un reflejo fiel de la realidad, que es lo más respetable de este mundo.

Pero decir la verdad no es tan fácil, si se va más allá de lo íntimo o privado. Si ha de tener efectos sociales, tiene que cumplir algunas exigencias. Siempre me viene a la memoria, sobre todo si se trata de democracia, el discurso justificativo de Pericles que le atribuye Tucídides: «El que sabe y no se explica bien, es igual que si no pensara».

Lo recuerdo con demasiada frecuencia, hay que decir las cosas, de palabra o por escrito, con fuerza, gracia, eficacia. Hoy todo el mundo escribe, pero no son muchos los que saben escribir. Hablar, casi se ha olvidado: casi todo el mundo lee en voz alta, sin darse cuenta de que no solo aburre, sino que dice algo escasamente inteligible, porque la estructura de la frase escrita corresponde a la lectura visual y simultánea, no a la audición sucesiva. El que en el Parlamento —que viene de «parlar»— se permita leer los discursos ha asestado un grave golpe a la democracia.

Hay tres formas de comunicación pública: la retórica, la propaganda y la administración. La primera, nacida en Gre-

cia, que ha tenido épocas gloriosas, es el arte de conmover a los hombres sin profanarlos, desde la verdad, nutrida de ella, potenciada por la belleza de la palabra. La propaganda, siniestra manifestación de algunos tiempos, y muy principalmente del nuestro, es la técnica de manipular a los hombres, por supuesto profanándolos, mediante la demagogia y la mentira, para conseguir unos fines que llevan consigo una degradación que puede ser perdurable.

Cuando no se tiene el talento de la buena retórica y no se quiere caer en la abyección de la propaganda, se puede recurrir a la «administración», es decir, a la notificación gris, inerte, frecuentemente lacia, de contenidos aceptables y «verdaderos».

He escrito verdaderos entre comillas, porque no estoy seguro de que lo sean. Verdad —en griego «alétheia»— es desvelamiento, patencia, manifestación, iluminación. Consiste en que lo real aparezca, relumbre, brille. Si esto falta, algo no será falso, pero no resplandecerá en su verdad.

La política puede ser envilecedora, pero también puede ser un arte nobilísimo y que merece admiración y gratitud. Pero no se puede olvidar que es un «arte», que es menester dominar, o en todo caso aprender. Si me apuran diré que es la condición primera y más importante. Si se quiere un nombre de político, extranjero y ya muerto, recordaré los nombres y las frases que acuñó Churchill, que, por si fuera poco, legó al mundo el gesto de la V.

El espíritu positivo

Cuando tenía veinte años, a petición de Ortega, traduje el *Discurso sobre el espíritu positivo*, de Auguste Comte. Fue mi primera traducción. En rigor se trataba del espíritu positivista, rasgo de la filosofía de su autor, con su porción de acierto y de error.

Al hablar hoy de espíritu positivo, pienso en algo bien distinto: la actitud que propende a ver lo bueno, a retener y subrayar el aspecto valioso de lo real. Se contrapone a lo que podríamos llamar el espíritu negativo o «negativista», que busca, casi siempre con afán, el lado peor de las cosas, lo que les falta, lo que disminuye su realidad, las manchas que las afean. Hay personas que no pueden soportar la perfección, ni siquiera la incompleta que suelen alcanzar hombres y mujeres, realidades naturales, obras humanas. Buscan ávidamente los defectos, se alivian cuando los encuentran, y en todo caso los fingen e inventan. Parecen nutrirse de las faltas, carencias, errores: en suma, del mal.

El espíritu positivo, por el contrario, sufre cuando tropieza con todo eso; no deja de verlo, tal vez es más verdaderamente sensible a ello, porque se alimenta de realidad, la necesita, deriva su alegría de ella, se complace al hallarla. Se llama muchas veces «espíritu crítico» al negativismo, lo cual es un error: el espíritu crítico consiste en mirar atentamente lo real, distin-

guir lo bueno de lo malo, lo existente de lo carente, «le vrai d'avec le faux», lo verdadero de lo falso, como decía Descartes.

El negativismo suele tener «buena prensa» y ser elogiado. Es revelador el modo de titular las informaciones en los periódicos —o los términos preferidos y hasta los tonos de voz en las exposiciones verbales—. Resulta a veces cómica la diversa manera de presentar, en diferentes publicaciones, la misma noticia. Hay alguna revista que, de la primera línea a la última, convierte en sucio y repugnante todo lo que menciona.

La política es con frecuencia la excusa para el negativismo, pero creo que es un error. A poco que el ciudadano conserve algún sentido crítico, advierte la falsificación que representa la interpretación sistemáticamente negativa de cuanto se hace o acontece. Donde no hay más que rencor, despecho, en los casos más graves odio, no puede residir la verdad, y por tanto aquello no se puede tomar en serio.

El espíritu positivo, precisamente por su sensibilidad para lo real, por su necesidad de vivir de ello, percibe lo que falta, lo que es desviación, acaso extravío, caída. Todo eso le duele, lo lamenta, lo señala si es menester, con el deseo o la voluntad de remediarlo. Pero la imperfección no le impide ver lo que es la mayor parte.

En esto reside el punto flaco del negativismo. Su percepción se concentra en una porción limitada de la realidad, si se hacen bien las cuentas una fracción exigua. Es una cuestión de atención, de proximidad, si se prefiere. Si alguien pone un dedo delante de los ojos, bien cerca de ellos, no ve nada; a lo sumo, ese dedo que se interpone entre los ojos y el resto de la realidad, es decir, toda ella.

Tuve mucho tiempo deseo de escribir un artículo titulado «Don Pero». Pensaba en aquellos que, ante una realidad espléndida —una mujer particularmente hermosa, un paisaje

espléndido, un libro o un cuadro maravilloso, una acción noble o heroica—, dicen: «Sí, pero». En lugar de admirar, de exaltarse ante aquello y luego, si es menester, señalar un pequeño defecto, una leve omisión, algo que se podría añadir; y, sobre todo, con voluntad de añadirlo si es posible.

Los males existen, ciertamente, y nadie en su sano juicio podría negarlo. La maldad existe también, y es mucho más grave. Me repugna indeciblemente que se traten como «calamidades» las maldades humanas. Se habla de las matanzas, de las crueldades, de las opresiones, de las vejaciones a las personas, como si fuesen equiparables a los terremotos, las inundaciones, los volcanes en erupción, las olas de calor o de frío, los temporales. Los males proceden del engranaje de las causas naturales, del azar, de las limitaciones del mundo, que las técnicas intentan superar hasta donde es posible. La maldad tiene su raíz en la libertad del hombre —lo más precioso de él, pero también lo más peligroso—; por eso la maldad es gravísima, sobre todo porque es «evitable», porque está en nuestra mano no dejarla brotar o remediarla y corregirla.

Pero todo ello representa una fracción reducida de lo real. Todos los desastres y todas las maldades en su pavoroso conjunto son incomparablemente menores que aquello en que surgen y los rodea, lo que es afectado y herido por ello. El negativismo es, ante todo, un error de cálculo.

Lo que pasa es que la atención se concentra sobre todo en lo negativo, lamentable, perverso. He recordado muchas veces la definición que Goethe da del demonio: «Der Geist, der stets verneint», el espíritu que siempre niega. La palabra decisiva es «siempre» —por eso lo peor del diablo es su monotonía—. Hay que negar algunas veces, pero ¿siempre? Goethe emplea certeramente la fórmula del negativismo.

Esa monotonía hace que, en cualquier circunstancia, sepamos ya lo que algunos van a decir. Van a «oponerse», a «descalificar», a «condenar» —sobre todo si se trata de algo bueno, inteligente o acertado—. Lo peor de todo, y lo más difícilmente curable, es que el negativista lo es primariamente de sí mismo. Tiene un profundo descontento, tal vez un desprecio de su propia realidad. Y esto es también un error, un error más: ninguna persona como tal es despreciable; lo son sus actos, sus palabras, su conducta; la persona misma, no. Y por eso la adversa sentencia que el negativista pronuncia silenciosamente contra sí mismo no tiene por qué ser definitiva. Su mal no es incurable, precisamente porque el hombre es libre y tiene la capacidad de volver sobre sí mismo, rectificar, arrepentirse, escapar del error.

El espíritu positivo está alerta ante la realidad entera. No la confunde con ciertas porciones de ella, que están ahí, en su puesto, que en últimas cuentas es bastante reducido. Ahora que se hacen tantas estadísticas y sondeos, sería interesante comparar el desplazamiento de lo malo y dañoso en la imagen que nos presentan los medios de comunicación con el puesto real que tiene en el mundo. Y no digamos si no pensamos solo en «el mundo», en el planeta que habitamos, sino en la realidad íntegra, pasada y presente, futura o simplemente posible, en lo que se puede imaginar, esperar y, en alguna medida, hacer.

Un paso atrás

Cuando se trata de un asunto importante, antes de hablar o escribir parece conveniente dar un paso atrás. Lo más frecuente es que se diga lo primero que se ocurre. Mejor dicho, que se diga algo que se ha ocurrido a otros, que se ha recibido como un canto rodado, que se repite sin reflexión ni crítica, y se da por bueno. Así se engendran los tópicos, los lugares comunes que se repiten incansablemente, de los que se nutren innumerables personas, a veces de varias generaciones, hasta convertirse en los «errores arraigados» contra los que se esforzó toda su vida Feijoo.

Cuando esto alcanza una extensión suficiente y se perpetúa, se llega a una situación inquietante, que se podría llamar vivir en «estado de error». Si se considera el conjunto del mundo, a lo largo de la historia, se puede precisar cuándo y dónde y en qué medida se ha vivido —o se vive— así. Nada sería más urgente; pocas cosas son tan difíciles de remediar. Cuando se piensa en esto cuesta trabajo superar el desaliento. Hace mucho tiempo que siento honda preocupación por la casi totalidad del continente africano. Aunque la extensión sea menor y la realidad parezca más próxima y comprensible, la situación vivida en los Balcanes se vio con semejante desconfianza, lindante con la angustia. Se ha visto cómo se ha pasado de una situación aceptable y vividera

—la del Imperio Austro-Húngaro— a otras lamentables, desde mi nacimiento, exacerbadas hasta el límite en el último decenio. Y donde parece que las cosas se han calmado y los hombres han suspendido la operación de matarse entre sí, no puede olvidarse que hay un ejército de muchos miles de hombres europeos dedicados a impedirlo, y se teme con fundamento que todo vuelva a empezar el día en que abandonen esos territorios.

Pero hay algo menos complejo, más hacedero, y que a última hora podría ser el remedio de las cosas que parecen no tenerlo. Me refiero a los que tienen por oficio pensar, opinar, hablar o escribir públicamente, aquellos cuyo deber es orientar a los demás. No se puede uno contentar con una primera aproximación, con una visión simple y unilateral. Hay que pararse, reflexionar, mirar las cosas desde varios puntos de vista, intentar ver si se excluyen o son conciliables, si acaso tienen que integrarse en una visión abarcadora. Por eso digo que hay que dar un paso atrás, tomar distancia, tomarse tiempo. El consejo metódico de Descartes, evitar «la precipitación y la prevención», es decisivo. ¿Cuántas veces se cumple? Casi todo lo que se oye o se lee acusa una escasez de pensamiento. Si el autor hubiese esperado un poco, hubiese seguido mirando, no se hubiese contentado con cualquier cosa, sin duda habría acertado más después de poner a prueba lo que iba a decir. Recuerdo que Ortega nos decía a mi mujer y a mí, cuando le manifestábamos nuestras reservas sobre alguna opinión suya: «Solamente les pido una cosa: que cuando no estén de acuerdo, le den otra vuelta». Así lo hacíamos, y casi siempre veíamos que tenía razón, visible tras un nuevo examen. No siempre, por cierto. Un día me recibió solo en la *Revista de Occidente*; habíamos discutido, sin llegar a un acuerdo, por la mañana. Ortega me dijo: «He estado pensan-

do en lo que tratamos esta mañana, y creo que tenía usted razón». Y agregó: «Para que vea que doy mi brazo a torcer».

Dar otra vuelta a las cosas, ensayar diversas perspectivas, poner a prueba las ideas propias, no dar por supuesto lo que acaso sea verdad, pero dista mucho de ser evidente. Es lo que puede dar alguna garantía de acierto, de lograr la verdad, de entender la realidad. Hay «debates» que parecen dominados por la ignorancia, la obsesión, el puro disparate. Se entablan polémicas estériles, en que nadie tiene razón, en que los enfrentados van perdiendo, a fuerza de exagerar y encasillarse, la poca que podían tener al principio y se condenan a la esterilidad.

Hay algo ante lo que siento siempre temor; lo que se llama una «feliz idea». El que tiene la desgracia de que se le ocurra, el que hace un «descubrimiento» que le parece interesante, y acaso lo sea reducido a sus límites, probablemente se embarca en ello y ya no ve más allá: recuerdo que Ortega, tras un breve viaje privado a Alemania —que había de tener consecuencias importantes para Husserl, que han llevado a la alteración de su pensamiento por sus continuadores recientes—, nos decía a sus estudiantes de 1934: «Los alemanes se embarcan en una idea como en un transatlántico». No se olvide que acababa de triunfar el nacionalsocialismo.

Atrincherado en su «feliz idea», en su «descubrimiento», el autor va cada día un poco más lejos, exagera su tesis, la declara incompatible con todas las demás, reduce el campo de visión, no permite que entre en él nada ajeno, obtura los demás elementos que habría que tener en cuenta.

Si se mira bien, renuncia a la razón, si esta consiste en la aprehensión de la realidad en su conexión, es decir, en el descubrimiento y la inclusión de las múltiples conexiones que constituyen el tejido de lo real.

Ningún pensamiento complejo y fiel de lo que se ve tiene grandes probabilidades de ser popular, de alcanzar amplio prestigio, de convertirse en un «ismo» que acaso altere gran parte del mundo. Las ideologías que en nuestro tiempo han adquirido enorme difusión y aceptación, que han tenido influjo social o político, que han fundado escuelas intelectuales, han sido susceptibles de simplificación, de expresarse en «fórmulas» que pueden repetirse y circular sin ser repensadas, puestas a prueba, en suma, entendidas.

Si se desea popularidad, fama, poder, ese es el camino. Si se aspira a algo más modesto, ver cómo son las cosas, comprenderlas, poner unas en relación con otras, iluminar una parcela de lo real con esa luz que se llama verdad, hay que dar un paso atrás antes de dar por buena una idea, dejar que entren en el campo visual los elementos que están ligados a lo que se está considerando, y no dar ninguna conclusión por definitiva. Cuando se ha visto algo con claridad, no se ha hecho más que empezar. Hay que seguir mirando, pensando, avanzando hasta donde sea posible.

Hay que renunciar a la notoriedad, a que el nombre propio esté en boca de todos, a la fama, por supuesto al poder. Se puede, en cambio, tener la tranquilidad de no haber contribuido a la desorientación ajena, de haber permitido que se vean algunas cosas claras, lo que muestra cuántas no lo están todavía, y por lo tanto son una invitación a seguir pensando, con la seguridad de que no le va a faltar a uno tarea incitante, ilusionante, apasionante.

Tomar en serio

Cada vez que sucede algo verdaderamente grave e importante, de largas consecuencias, hay una general reacción de «sorpresa». Aquello no se esperaba; irrumpe en nuestras vidas sin que estemos preparados a cogerlo, a reaccionar frente a ello de manera inteligente y responsable, poniendo en juego nuestra experiencia y nuestras ideas, los recursos intelectuales de que se supone que disponemos. Y, sin embargo, es muy probable que eso que está aconteciendo y a lo que no sabemos hacer frente haya sido previsto, anticipado, interpretado, comentado; es decir, que esa extraña sorpresa encierra una extrañeza más: que sea una sorpresa.

En mi artículo «Legitimidad» traté de examinar la situación en que se encuentra gran parte del mundo, en diferentes formas, y descender a los estratos profundos de la realidad, sin quedarme en la superficie, lejos de las verdaderas causas. Como siempre que se lleva a cabo esta operación, llegué a la evidencia de que el remedio de nuestros males, si existe, no se encuentra en las instituciones, en las opiniones engendradas en diversos lugares, difundidas y potenciadas por los medios de comunicación —la gran novedad de nuestro tiempo, que ha cambiado incluso el ritmo de la variación social—, sino en las personas individuales, en cada uno de nosotros, en la actitud y la conducta de las innumerables por-

ciones de humanidad que componen el mundo y sus articulaciones reales.

Tengo la impresión de que cuando se dice algo justificado, con respeto a la realidad, los que oyen o leen descubren su verdad, acaso su evidencia, incluso su necesidad, la convicción de que «es así», de que «tiene que ser así», y se movilizan hacia una postura que lo tiene en cuenta. Si en algo tengo esperanza es en esta reacción a la verdad manifestada, hecha patente —en eso consiste la verdad.

Y, sin embargo, no se puede confiar demasiado; tan cierta es esa actitud como su fragilidad, la propensión a la recaída en lo anterior a esa «iluminación», que resulta pasajera y, en definitiva, poco eficaz.

Son muchos —casi todos— los que, persuadidos de que son ellos, con sus recursos personales, los que pueden enderezar las cosas, para afirmar los principios que les parecen válidos y necesarios, se preguntan «¿cómo hacerlo?». Necesitan un «modus operandi», una pauta de comportamiento que pueda ser eficaz, que asegure la continuidad, la coherencia, la posibilidad de modificar las cosas en el sentido deseado, que se considera indispensable.

La clave podría ser la decisión de *tomar en serio* lo que se ve, lo que se quiere. Es capital la distribución de la estimación, de la confianza, que condicionan dónde se puede poner la esperanza. Distinguir de personas es la primera exigencia. La capacidad de admiración, que suele ser escasa, es el mayor enriquecimiento, con la sola condición de que se la ponga a prueba; pero si esa prueba es resistida, hay que extraer las consecuencias permanentes, quiero decir seguir contando con aquellas personas que, en cualquier orden, lo merecen. El olvido o abandono de los estimables, siguiendo los azares de la popularidad o los cambios de la política, es algo destructor.

A la inversa, la desestimación, que puede llegar al desdén, debe igualmente ser un factor decisivo. La mentira comprobable no solo es rechazable, sino que debe descalificar al que la practica y llevar consigo la pérdida de todo crédito. No digamos si algunos individuos, o grupos considerables, o partidos enteros, se entregan a la desfiguración, a la difamación. No se les puede prestar la menor atención, hay que excluirlos del juego de las posibilidades. Las gentes que mantienen una adhesión sin límites, «pase lo que pase», a los que se comportan como indeseables, renuncian al derecho a ser respetados y tenidos en cuenta. En esta actitud está el fundamento de todos los horrores de la historia, en la servidumbre inquebrantable a los falsarios, a los fanáticos, a los dispuestos a toda violación de la realidad. Un enorme sistema de complicidades ha llevado, y sigue llevando, a los mayores desastres que suelen ser irreparables.

Una de las formas que adoptan es la violencia desatada, de la cual hay en estos mismos días abundantes ejemplos. Pero no se ve siempre el proceso de su gestación. Antes de llegar a la opresión implacable, al despojo de las libertades, a la tortura o la muerte, existe su preparación, su anuncio, su propaganda. Cuando se ve el odio desmelenado, la agresión verbal del que se considera enemigo o simplemente discrepante, tal vez simplemente «distinto», se está en el camino probable de la destrucción.

Es curioso que la serenidad, la medida, la caballerosidad, las buenas maneras, sobre todo si se unen a la veracidad y el valor, tienen «mala prensa». Sorprende ver la hostilidad que despiertan en algunos los ejemplares, por desgracia no muy frecuentes, de esos rasgos que acabo de enumerar. Y esta situación debería ser aleccionadora: causa de adhesión para los que merecen ser admirados, de desprecio para los que se in-

dignan de esa ejemplaridad. Imagínese un proceso electoral, a cualquier nivel, desde el local hasta el europeo, que se rigiera por estos criterios.

Y no se trata solo, ni primariamente, de política. Es lo más visible, y lo que tiene consecuencias más inmediatas. Pero, no me cansaré de repetirlo, sus raíces son más hondas y más importantes.

El sistema de las estimaciones opera en diversos estratos de la vida, y los más profundos y menos visibles condicionan el conjunto. Cuando ese sistema es en suficiente medida acertado, una sociedad tiene un grado aceptable de salud. Esto explica ciertas «anomalías» que la historia muestra, la coexistencia de una vida pública lamentable con una capacidad creadora que sorprende, o a la inversa, la esterilidad de pueblos cuyo funcionamiento exterior se aproxima a la perfección. He señalado que las estimaciones intelectuales y literarias de muchos españoles permanecieron extrañamente certeras en los años más difíciles posteriores a la guerra civil, a pesar de las fuertes presiones gubernamentales y partidarias, y cómo esto se fue perdiendo al cabo de los años, cuando las presiones no eran enérgicas y eran más fáciles de resistir.

La pérdida principal, entonces y en otras coyunturas históricas, es la de autenticidad. Lo que se dice, lo que se repite una vez y otra, lo que se difunde, pesa de tal manera que se elogia, se critica, se compra, hasta se come y se bebe, lo que no gusta, incluso lo que desagrada. Es frecuente oír elogiar a un «intelectual» que goza de gran fama, a quien apenas se ha leído, de quien no se recuerda ni una idea, ni una imagen, ni un verso.

Se empieza así y se acaba sosteniendo, apoyando, eligiendo a partidos o personas que inspiran desprecio o temor; un temor que impide confesárselo y atreverse a reconocer lo que se siente.

La última instancia

No me refiero a la Justicia, que tantas veces parece dejada de la mano de Dios, lo cual es ciertamente gravísimo, ni a sus confusiones o conflictos jurisdiccionales, a la cesión de sus derechos y deberes, a la invasión de campos ajenos. Hace mucho tiempo, el 24 de junio de 1990, publiqué en *ABC* un artículo titulado «Tribunal Constitucional: no salgo de mi asombro»,¹ en que comentaba unas increíbles afirmaciones del Tribunal Constitucional.

Pienso en que, más allá de las instituciones, organizaciones, partidos, medios de comunicación, que tantas veces contribuyen a un estado de desorientación, hay una instancia suprema, mucho más importante, que es la que finalmente decide: las personas, los hombres individuales, libres, responsables, que tantas veces hacen dejación de esos atributos indeclinables y se dejan manipular. A última hora son los sujetos de lo que acontece, los que viven y eligen cómo hacerlo, los que sufren las consecuencias de sus renunciaciones, los que pueden recobrar lo que les pertenece y afirmar su voluntad, sus deseos, sus estimaciones y valoraciones, sus proyectos.

Hay fenómenos extraños y que no acaban de compren-

1. Véase el volumen 1 de *El curso del tiempo*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1998.

derse; uno de ellos es que los países suelen cansarse de que las cosas estén bien. Esto produce una curiosa actitud de desapego, de infravaloración de lo existente, la impresión de que aquello es una «vulgaridad» que urge abandonar para seguir otra orientación. A la inversa, sorprende la perduración de situaciones desafortunadas, lamentables, llenas de defectos y errores, que se mantienen largos años, y no necesariamente por la fuerza, sino por el apoyo o la pasividad de grandes porciones de la población.

Aventuro una hipótesis que podría explicar este doble comportamiento de las sociedades. No estoy seguro, ni en todo caso me parece suficiente, pero sería sugestiva una exploración histórica en diferentes países y en diversas coyunturas. Es posible que se aclarasen hechos difíciles de comprender.

Cuando las cosas están razonablemente bien, cuando los poderes no oprimen a los individuos, cuando estos pueden expresarse libremente y gozan de suficiente seguridad y de una prosperidad aceptable, están «libres», y entre otras cosas para vacar sus particulares deseos, preferencias y hasta caprichos. Pueden dar rienda suelta a su «originalidad», que puede ir acompañada de escasez de imaginación; esto lleva a un deseo de «cambiar», de ensayar algo distinto —que puede ser viejo, ciertamente— y que introduce la inestabilidad.

En cambio, las situaciones opresivas, dificultosas, penosas, que obligan a esforzarse por vivir lo menos mal posible, por una parte absorben en ello las energías de los individuos y, por otra parte, si se prolongan, engendran una depresión, un aflojamiento de los resortes, cuyo resultado final es la pasividad, la propensión a creer que «las cosas son así» y no vale la pena hacer nada.

En situaciones democráticas, en las que existe, al menos en principio, posibilidad de rectificación, es frecuente que,

tras una decisión colectiva, se tenga la impresión de haberse equivocado, de haber caído en un error del que se siente un «arrepentimiento» bastante estéril. No digamos si esa decisión ha desembocado en la abolición de la libertad, en la eliminación de la democracia, en la imposibilidad de rectificación. El ejemplo de Alemania desde 1933 es el más claro de todos. La situación en los países de Europa central y oriental sometidos al poder soviético después de la segunda guerra mundial es parecida en sus consecuencias, pero en este caso no hubo decisión por parte de los países sojuzgados aunque sí un gran sistema de complicidades.

Tengo la impresión de que la atención de los que gobiernan o pretenden orientar la opinión se concentra sobre las instituciones, los partidos, los resultados electorales, las encuestas, los comentarios que en los medios de comunicación expresan e interpretan la realidad. Todo ello tiene importancia, en ocasiones demasiada, y que en muchos casos lleva a la desorientación. Por lo pronto, por un sistema de luces y sombras, de publicidad y silencio. Es asombrosa la proporción en que se habla o se calla de acontecimientos, obras, personas. La deformación —por lo pronto cuantitativa— es evidente, y a ella sigue la cualitativa, más peligrosa aún.

Falta casi en absoluto el enlazar unas cosas con otras, mostrar las conexiones de la realidad —en eso consiste la razón, tan poco usada—, el posible descubrimiento del origen común de fenómenos muy diversos y que se consideran aislados, manera segura de ni entenderlos.

Si uno recorre los periódicos, oye las radios o contempla y oye las televisiones, extraerá la conclusión de que España está sumida en una profunda desorientación.

La mayoría de los españoles —con desigualdades según la edad, el nivel de cultura, la diversidad de regiones, algo que

sería urgente y apasionante investigar— está razonablemente orientada en lo que se refiere a sus vidas privadas, incluidas las profesionales, con tal de que refieran al presente o un porvenir cercano y no miren demasiado lejos. Ahí comienza la desorientación, en una forma precisa: la omisión, el cerrar los ojos.

Pero la normalidad es suficiente para los proyectos cercanos, para la convivencia, para el funcionamiento de la vida colectiva, incluidos los mecanismos de la democracia.

He dicho los mecanismos, porque la desorientación es evidente si se llega al nivel de la inspiración, de lo que podría llamarse el espíritu democrático. El sistema de las estimaciones es sumamente deficiente, y en alta proporción erróneo. Se suele reaccionar pasivamente a los «estímulos» que se presentan a los individuos, y en esto residen los mayores peligros. Cada vez me parece que lo primero que habría que hacer es el establecimiento de una «opinión pública» responsable y que se justifique. Por supuesto, plural, pero esto no quiere decir atomizada y caprichosa, porque deja de ser opinión pública y ni siquiera es opinión.

Si los individuos se enteran verdaderamente de lo que pasa, de lo que cada uno representa, de lo que busca, si juzga los méritos respectivos o su ausencia, se logrará la necesaria orientación. Pero hay que recurrir a la última instancia: a las personas como tales, en su libertad de elegir su vida. Todo lo demás, repito, todo, es secundario, conveniente pero insuficiente.

La calidad personal

Estoy convencido de que mi moderado «optimismo», mi convicción de que el mundo no es tan repugnante como a veces parece y muchos admiten, tiene una de sus causas en que el reducido círculo de mis relaciones próximas tiene una calidad muy aceptable, que sería peligroso generalizar.

Y esto no es casualidad. Creo que es decisiva, tanto en la vida personal como en la colectiva, la capacidad —y la voluntad— de «distinguir de personas». Lo primero que se requiere es atención; lo segundo, tomar en serio lo que se ve y obrar en consecuencia. He tenido decepciones, algunas muy graves, a lo largo de mi vida; unas, originadas en no haber hecho suficiente caso de lo que veía, de haber cedido a la opinión dominante, a ciertos prestigios injustificados; las otras decepciones han sido consecuencia de algo con lo que hay que contar: la posibilidad de variación de las personas, para bien o para mal, la capacidad de rectificación o de abandono, de ceder a diversas tentaciones, de rencor.

En la vida privada esto es esencial, y de ello depende en extraordinaria medida el acierto y la posibilidad de alcanzar alguna felicidad. En la vida pública, y sobre todo cuando se vive en democracia, es probablemente lo más importante.

¿En quién se puede confiar? ¿A quién se puede elegir para que ejerza el poder y lo administre, para que dirija nues-

tros destinos colectivos? ¿De quién se puede esperar talento, cordura, respeto, decencia?

La televisión, tan lamentable por lo general, que en tan inquietante medida contribuye al descenso de la calidad de los espectadores, tiene una ventaja inapreciable: nos muestra los rostros, los gestos, las palabras de muchas personas que pueden influir en nuestras vidas. Se dirá, y se dirá bien, que la proporción no respeta la importancia o el interés de las presentaciones: aparecen incesantemente muchos que no lo justifican; pocas, o ninguna, algunos a quienes valdría la pena ver.

Cuando veo a alguien que muestra serenidad, corrección, educación, energía, claridad de pensamiento y palabra, siento una oleada de confianza y esperanza; cuando alguna de estas cualidades falta, empieza mi inquietud, mi descontento. Pero cuando aparece en pantalla alguien que miente, que falta a la verdad, que falsea los hechos, por ejemplo la historia, o lo que otros han dicho, que calumnia, mi descalificación es inmediata y decisiva: se trata de alguien de quien no puedo fiarme, en quien no podré depositar la menor confianza.

Algo semejante me inspira quien aparece dominado por el odio, por el rencor, por alguna pasión inconfesable. La grosería, la mala educación, la cólera desatada contra los adversarios —o contra los próximos discrepantes— indica una calidad humana lamentable.

Las «malas compañías» son también perturbadoras. Cuando personas que tienen alguna pretensión de valor e importancia se asocian a las que no parecen decorosas, la condición de estas últimas refluye sobre las primeras.

A veces se advierten cambios poco explicables: tal escritor, investigador, historiador o político, que había mostrado competencia, acierto y prestigio, vuelve la espalda a todo ello y empieza a decir o hacer cosas incoherentes con lo que se

podía esperar. Se sospecha que «respira por la herida», que acaso aspiraba a una distinción o un puesto que no ha conseguido.

Si se exigiera «calidad personal», si se tomara en serio lo que se «sabe», lo que se ve, el acierto sería mayor. Hay personas que se ganan mi estimación y mi confianza a primera vista; hay otras a las que excluyo por haberlas visto mentir, insultar, calumniar, descomponerse patológicamente, exhibir un impúdico rencor, o una patente hipocresía.

Imagínese lo que podría ser la realidad de un país si sus ciudadanos tuvieran en cuenta lo que ven, lo que por eso saben, si dejaran fluir en sus actos lo que sienten en su intimidad. Que no ocurre así es notorio: no se puede contar con que el criterio en la vida real sea la calidad personal de los demás —lo cual llevaría, claro está, a velar por la propia, a no dejarla descender, a no venderla por ningún precio.

¿Por qué es así? Las causas son muchas y dispares. Enumeremos algunas. La primera, la falta de atención; muchos resbalan sobre lo que ven u oyen, no acaban de enterarse, no le dan importancia; en segundo lugar, la mala memoria: no se recuerda lo que hizo buena o mala impresión, no se retiene el entusiasmo o la repugnancia que inspiró una situación ya lejana. Añádase a esto la desorientación cuidadosamente planeada que se está ejerciendo por diversos medios de comunicación sobre la sociedad. Se da por supuesto que «todo vale»; se vierte sarcasmo sobre lo que se quiere desprestigiar; se equipara lo «frecuente» con lo «normal», esto con lo «lícito», esto con lo «moral». El rasgo dominante en el mundo actual no es la inmoralidad sino la desorientación. Por eso es difícil la claridad sobre la calidad de las personas, improbable que se tenga en cuenta.

No se me oculta que existe otro factor, parcial pero deci-

sivo. Hay un número de personas, sin duda considerable, que son «incondicionales» de una posición, de un partido político, de un medio de comunicación. Para ellos, eso es la «realidad» sin más. No consentirán ver otra cosa. Ninguna conducta, por repulsiva o errónea que sea, los llevará a retirar su apoyo. Hay algunos núcleos de «fanatismo» —esta es la palabra adecuada— con los que hay que contar.

No sería malo contarlos, saber cuál es su volumen. Se vería que son varios, desiguales en volumen e importancia, en intensidad. El papel que estos fanatismos tienen en el mundo actual es evidente; en algunos países todo está condicionado por ellos; en otros, más afortunados, son minoritarios, pero hay el peligro de que se los deje decidir. He hablado en ocasiones del reciente fenómeno de la «opresión de las mayorías por las minorías»; las organizaciones y el poder de los medios de comunicación lo hacen posible.

Con los grupos fanáticos como tales no se puede hacer nada: su condición los hace inaccesibles a toda persuasión; lo único posible es dejarlos reducidos a lo que son, no hacerles el juego. El caso extremo es el terrorismo, sostenido, de manera evidente, por los que lo hacen posible y acuden siempre en su apoyo.

Los fanáticos son algo más: personas. Si colectivamente no se puede hacer nada con ellos, individualmente sí; la verdad, adecuadamente mostrada, se impone; el día que un fanático «duda», empieza a estar salvado, porque su condición es precisamente no dudar. Por eso hay que esforzarse por decir incansablemente la verdad, con la esperanza de que pueda llegar hasta los que tienen como profesión resistir a ella.

Cuestión de imaginación

Así como hay algunas especies animales que tienen un periodo de hibernación, en que la vida queda reducida a un mínimo, en nuestros países se produce una análoga retracción en verano; en agosto, sobre todo, se «cierra» gran parte del mundo, se aplazan innumerables cosas, hasta que llega un lento despertar. Siempre asisto con interés a esa vuelta a la vida «normal» y trato de adivinar la forma que va a adquirir. Espero a ver qué ocurre, pero todavía más a ver «qué se les ocurre» a las personas o grupos que son representativos o tienen alguna responsabilidad en la vida colectiva.

A veces se tiene la impresión de que no se ocurre nada, y eso me parece grave. Porque la vida, operación que se hace hacia delante, es decisivamente cuestión de imaginación. Aquella fórmula del «mayo francés» de 1968, «La imaginación al poder», encubrió una notable carencia de ella, y de ahí su hoy evidente esterilidad. Por cierto, Valle-Inclán lo dijo mejor, muchos años antes: «Solo es buena a reinar la fantasía». Confío en que a partir de ahora se use la imaginación para proyectar el porvenir. ¿Quién podrá hacerlo? Las personas o grupos destructores, ciertamente no. El negativismo está reñido con la imaginación. Los que se dedican a descalificar la realidad sin más —los que practican lo que alguna vez he llamado «la calumnias de España», o sus equivalentes en otros lugares— son

constitutivamente incapaces de imaginar. Solamente la apertura a la realidad, la convicción de que esta es rica, fecunda, inagotable, porque está henchida de posibilidades, pueden anticipar el futuro y buscar para él una imagen atrayente.

Pero hacen falta ciertas condiciones para que la imaginación sea adecuada y eficaz. Ante todo, la fidelidad a lo existente, la posesión de lo que «hay», de los recursos de los que hay que partir; y en ello cuento las dificultades, los problemas, los errores cometidos y que hay que enmendar. Nada hay más «realista» que la imaginación, que no consiste en «echar a volar» caprichosamente una fantasía vaga, sino en prolongar con rigor y exigencia los rasgos de lo que se encuentra, que son el inexorable punto de partida.

Y el pasado es un elemento capital de esa realidad, la acumulación siempre renovada y, lo que es más, interpretada, de una historia que en muchos casos —y así entre nosotros— es milenaria. Esa historia condiciona, ciertamente, nuestro porvenir, pero no lo determina, porque al hombre le pertenece inexorablemente su forzosa libertad, y por eso consiste en innovación. El pavoroso olvido de la historia está obturando el horizonte de países que han sido ilustres y están en peligro de dejar de serlo; porque —no se pierda de vista— la vida es permanente inseguridad.

Todavía es peor que el desconocimiento o el olvido la suplantación, la falsificación del pasado —tarea predilecta de grandes grupos, empresa cultivada con esmero—. Los que hacen esto, no solo carecen del necesario punto de partida para imaginar y proyectar, sino que se apoyan en lo inexistente, con lo cual aseguran la infecundidad de lo que les espera. El que inventa un pasado irreal entra en un camino que conduce al fracaso inevitable. Los ejemplos históricos son múltiples y evidentes. Ahora se está haciendo un ensayo de esta ac-

titud en porciones fragmentarias de «esos grandes cuerpos que son las naciones», en expresión de Descartes, con el resultado previsible de una múltiple obturación de horizontes. Otro enemigo de la imaginación creadora es la timidez, la excesiva modestia. *Sapere aude*, atrévete a saber, decía Kant. Atrévete a imaginar, habría que decir a los que intentan conducir a un pueblo. Cierta atonía que creo descubrir en muchos países europeos, la visión angosta que tienen de sí mismos, en principio reacción justificada a la desmesura jactanciosa y agresiva de los nacionalismos, está haciendo que se pierda la noción adecuada de su magnitud —en diversas dimensiones— y se estreche la perspectiva del futuro en que se va a entrar.

Esto explica la angustiosa escasez de innovación que se observa en países que han sido con frecuencia creadores —en algunos casos, con admirable continuidad—, lo que es una sombra que se cierne sobre la notoria prosperidad general.

En España parece «elegante» la idea de que es un país pequeño —paradójicamente compuesto por tres o cuatro grandes potencias y otras comunidades también eminentes—. Si se parte de esta noción, no hay nada que hacer. Si se tiene presente la magnitud real, si se incluye en ella esa acumulación de medio milenio, si se mide la fecundidad exterior, de lo que «viene» de España y es por tanto posibilidad y responsabilidad de ella, se rectifica el mapa imaginario y se restablece lo que puede y debe ser el punto de partida.

Porque de eso se trata: no de quedarse ahí, mirándose el ombligo, operación que nunca me ha parecido apasionante, sino de vislumbrar el horizonte posible, advertir hacia dónde se puede ir, qué se puede hacer, para los propios y para los demás, qué se puede aportar si se ponen en juego los recursos que a cada uno pertenecen.

Estamos acostumbrados a advertir las deficiencias españolas, que son considerables. Casi siempre pasamos por alto nuestras disponibilidades, que son también muchas, acaso privilegiadas, en muchos casos superiores a las de países que se juzgan más ricos, prósperos o eficaces. El nivel de vitalidad es de extrema importancia, porque es condición de casi todo lo demás. El síntoma primario de su escasez es el aburrimiento, enemigo público de nuestro tiempo. España es uno de los países menos aburridos del mundo —y en esto lo acompaña gran parte de la América hispánica—. A esa vitalidad hay que agregar la pervivencia actual de posibilidades pretéritas que siguen a nuestro alcance y son parte capital de nuestra riqueza.

En el aspecto, tan importante, de la creación intelectual, literaria, artística, la relativa modestia, el reducido volumen, de lo que España significaba a fines del siglo XIX hizo que la cultura del XX fuese la menos «provinciana» de Europa, lo que sigue siendo. España no podía contenerse con lo propio, y se abrió a lo mejor que se había hecho o se estaba haciendo en otros lugares. Y cuando estos interrumpieron su creación o se desentendieron de ella, España la conservó y se nutrió de ella prolongándola de otras formas y en muy diversas direcciones.

Tengo impaciencia por ver qué van a proponer, qué van a ofrecer a los españoles los que imaginen la figura que España podrá tomar en el siglo que empieza. ¿Volver atrás, sin rectificar los errores, con ceguera para lo que exige enmienda rigurosa? ¿Restaurar los reinos de taifas, que llevaron a su destrucción lo que había sido el Califato, mientras la España cristiana se recuperaba mediante una larga serie de incorporaciones? ¿Contentarse con llevar adelante una vida digna y próspera, dando por supuesto que ya se ha llegado? Nunca se ha llegado, y es lo maravilloso de la vida humana, cuyo elemento decisivo, en lo personal y en lo colectivo, es la imaginación.

El logro de la convivencia

Integración

Es sorprendente la frecuencia con que las cosas más importantes se pasan por alto; no se las ve, y por tanto no se extraen las consecuencias. En mi libro *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*,¹ he mostrado cómo la creación intelectual, literaria y artística desde antes de la aparición de la generación del 98 y hasta muy entrado el siglo fue literalmente asombrosa, y no faltó la visión y en ocasiones el comentario de muchas figuras capitales. Lo que no se hizo es «sumar» todo eso en una imagen de conjunto coherente y que hubiese hecho que los españoles se sintiesen, de manera adecuada, acorde con la realidad y, para decirlo sumariamente, «mucho mejor».

La quejumbre sobre España, el desdén, el descontento sistemático, persistieron en medio del esplendor que hoy nos parece increíble, y aquellos polvos trajeron gran parte de los peores lodos. Si los españoles hubieran poseído lo que tenían, si hubieran vivido desde lo que «eran», no se habrían dejado manipular por tantos inferiores, resentidos, rencorosos, destructores que pusieron en peligro lo alcanzado y al final estuvieron empeñados en la negación de todo lo que era prometedor y en gran parte se había logrado.

1. *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*, Colección Austral de Espasa Calpe S. A., Madrid, 1996.

No me refiero solo a las valoraciones, que son importantes; pienso sobre todo en los contenidos de esa creación de muchos decenios, que había acabado por componer una visión de la realidad —no solo española, pero desde luego española— comparable por lo menos con las que gozaban de mayor prestigio. Desde la filosofía hasta la historia —incluidos los métodos para comprenderla y hacerla—, la intelección de la realidad social, las formas literarias y artísticas, se habían dado pasos decisivos. De vez en cuando se advertía que era así, se admiraba la obra de algún autor, pero no era esto lo necesario, lo que hubiera podido ser salvador.

Si se hubiese realizado con alguna energía la integración de lo existente, los españoles creadores hubiesen podido realizar su obra «desde ese nivel» y no desde un cero que no era verdad, desde un «adanismo» que ha sido perpetua tentación nuestra.

Y no es esto lo más grave; al fin y al cabo, los que llamamos, con alguna exageración, «creadores» son siempre una minoría que no se puede identificar con el país. Lo que echo de menos es que este, es decir, el conjunto de España, hubiese podido «instalarse» en lo que era su realidad, vivir partiendo de ella, desde su riqueza y, lo que es más, su coherencia, que engendra una personalidad colectiva, ese misterioso «quién» que es una sociedad, que no es una persona, pero sí «personal».

Esto hubiese hecho imposible el atroz «particularismo» —de región, clase social, partido o ideología— que fragmenta una sociedad, la atomiza, la vuelve «provinciana» y la hace manipulable por cualquier recién llegado. Si se hubiese sumado lo existente, si se hubiese fundado la vida colectiva española con lo que efectivamente era —he intentado hacer, aunque muy sumariamente, las verdaderas cuentas—, habría sido imposible la acumulación de desastres que cayeron sobre España hasta culminar en el mayor de su historia conocida.

Sería menester reconstruir la historia de lo que después ha pasado; casi siempre se prefiere inventarla, suplantarla con diversas ficciones, seguir falsificándola, y prolongar así lo que fue destructor. Habría que mostrar cómo, a pesar de todo, España no se hundió, conservó una asombrosa vitalidad mal empleada, suicida si se quiere, sin que se extinguiera la capacidad de vivir en circunstancias difíciles y penosas.

Se vería el papel decisivo que tuvo en muchos decenios la capacidad creadora de un crecido número de personas, que pudieron reanudar lo que se había iniciado con el siglo XX, sin olvidar los antecedentes que permanecían vivos —Galdós, Menéndez Pelayo, Clarín, Cajal, para poner algunos ejemplos—. Todo esto permitió que hace un par de decenios se encontrara una España viva, ni envilecida ni anestesiada, capaz de tomar posesión de sí misma y seguir adelante.

Pero temo que ese fenómeno que truncó tantas posibilidades en los primeros decenios del siglo XX haya retoñado en el presente. Vuelve a faltar la integración, la suma de lo existente, la percepción y posesión de una visión de lo real desde la cual se pueda seguir creando y en la cual se puedan instalar todos, para ser quienes tienen que ser, no antepasados de sí mismos. El reverdecimiento de los particularismos es consecuencia de la falta de esa integración, del desconocimiento de lo que es efectivo, y a la vez el factor principal de ese empobrecimiento.

He hablado a veces del «horror a lo español» que sienten algunos profesorcitos o escritores, que parecen desconocer todo lo que se ha hecho o se está haciendo, y no se atreven ni a nombrarlo. Más grave es que la inmensa mayoría de los españoles no tiene la menor idea de ello, porque no tienen más horizontes que lo que les ofrecen la televisión, las tertulias o «debates», los suplementos más o menos culturales. A

pesar de ello, son bastantes —aunque naturalmente una minoría— los que se asoman a los escritores o la palabra hablada de algunos españoles; es visible su «sorpresa», la impresión de que hay algo más de lo que se dice, de lo que creían.

Con todo, hay un aspecto que me parece el de mayor alcance, y que es precisamente el que tiene que ver con la integración. Ahora se llama cultura a cualquier cosa, hasta se habla de la «cultura de la violencia», máxima prostitución de la lengua. La cultura es una, por lo menos la occidental, y toda fragmentación de ella. Por ignorancia o partidismo, es provincianismo —o aldeanismo, que está muy de moda—. Pero tiene articulaciones, modalidades propias, forma conjuntos coherentes —en su forma máxima, sistemas—, que son los que permiten las perspectivas eficaces sobre la realidad.

Una de ellas es la española. No basta con la atención a cada una de las obras valiosas que se han forjado o se están elaborando en nuestro país. Es menester tomar posesión de su conjunto, de los apoyos mutuos entre ellas, y que hacen posible una intelección adecuada de lo real y, paralelamente, la constitución y depuración de una de las formas o variedades de lo humano, que son preciosas porque son las que perciben las diversas dimensiones o aspectos de lo real, las posibilidades de solución de los problemas, las direcciones en que se ha de desarrollar lo humano.

Lo que faltaba hace más de medio siglo vuelve a estar en peligro. Tal vez, por las conexiones de toda Europa y del mundo occidental, no corramos ahora los riesgos que llevaron a la devastación y la locura. Pero esa fragmentación amenaza a la fecundidad de una cultura que en muchos aspectos es imprescindible y puede ser la garantía de que no seamos lo que podemos y debemos ser si nos negamos a la caricatura o la prehistoria.

El horizonte

Cuando comparo lo que parece ser el horizonte público de los hombres de estos últimos decenios con el particular que encuentro ante mis ojos, descubro una discordancia que me parece sumamente inquietante. O estoy muy equivocado, lo que no sería sorprendente, o existe un peligroso grado de desorientación en lo que se presenta como importante y absorbe la atención de nuestros contemporáneos.

Creo que lo que acabo de decir es válido para gran parte del mundo, para el que podemos llamar «nuestro», es decir, Occidente; pero las diferencias son considerables, y por amor a la claridad parece prudente referirse por lo pronto a España, sin olvidar que casi nada es exclusivo de ella.

Puede parecer exagerado, casi absurdo, decir que el problema mayor con que nos enfrentamos es el desconocimiento de la historia, potenciado por su deliberada falsificación. La ignorancia la reduce a un mínimo, muy próximo al cero; las falsificaciones nos introducen en los números negativos, lo que es aún más grave.

La consecuencia de ello es que un número altísimo de españoles no saben de dónde vienen, y por tanto quiénes son, lo cual les impide proyectar hacia dónde pueden y deben ir, quiénes van a ser en el futuro previsible.

Esta situación es la que hace posible casi todo lo negativo que acontece, en la valoración y estimación de lo real, en

la consideración de las posibilidades existentes, en las decisiones políticas. El panorama de lo que presentan los medios de comunicación es desolador, previamente a lo que «dicen», que también suele serlo. Lo más grave es que lo es su contenido formal, anterior a sus opiniones o comentarios. El espacio ocupado por el deporte, en particular el fútbol, es algo absolutamente anormal e injustificado. Si se recorren los canales de televisión, se puede estar seguro de encontrar, aparte de los anuncios, el verde campo de juego o largas entrevistas con los que en él tienen algún papel.

Si se trata de un periódico, páginas y páginas están dedicadas a lo mismo, sin posible comparación con ningún otro asunto. Esto es universal, no solo español, y reclama un análisis que probablemente no se ha hecho. Se pueden tener algunas sospechas: se trata de un inmenso negocio, en el que son muchos los interesados; la atención concentrada en el deporte distrae de que se piense en otras cosas, y esto conviene a los que temen el examen de sus conductas; finalmente, el carácter de rivalidad y hasta fanatismo que acompaña el deporte da una especie de justificación al partidismo y a una hostilidad que se considera lícita.

Pero esto, con ser enorme, no es más que un ejemplo. Lo decisivo es que apenas se habla más que de cosas, asuntos y personas que tienen muy poca importancia. Se tratan durante meses o años —esto es esencial, y casi siempre se pasa por alto— cuestiones cuyo alcance es muy limitado, tal vez pretérito, sin más actualidad que la que presta la atención prolongada. Domina en el mundo una visión miope, incapaz de abarcar un horizonte dilatado, no digamos de tener en cuenta el futuro previsible.

Se discuten interminablemente pequeñas disputas o rivalidades entre personas que tienen mínimo interés, y esto ocu-

rre tanto en la política como en la literatura o el arte. Se habla todo el tiempo de premios, no de las obras que los merecen o no, o que podrían merecerlos. Para que los medios de comunicación se ocupen de alguien, es menester que haga «declaraciones» —su obra efectiva no cuenta—, si es posible disonantes y de preferencia con alguna grosería.

El factor cuantitativo es también esencial. Aquello que aparece son los «congresos» compuestos por centenares de «expertos» de cualquier asunto, cuyo alcance puede ser muy reducido, pero tienen asegurada su publicidad y resonancia, que se extingue a la semana siguiente y no deja huella.

Todo esto, si se mira bien, es lo menos importante. Lo que me parece pernicioso es la omisión de casi todo lo que vale la pena. La atención está acaparada por asuntos mínimos, que apenas reclaman una mención fugitiva; incluso las cuestiones importantes en sí mismas, por ejemplo las políticas, las decisiones de gobierno, se suelen presentar con una visión «doméstica», inmediata, sin conexión con proyectos de largo alcance. Es menester que se las vea como partes, pasos, etapas de una interpretación de España, de su figura, de su papel en Europa, en el mundo hispánico, en el conjunto de Occidente.

Es urgente «despegar» de lo provinciano —no digamos del aldeanismo a que algunos nos invitan sin descanso— para alcanzar una visión abarcadora. Todo lo que nos pasa, lo que hacemos y, sobre todo, lo que podemos hacer, acontece en España, en su conjunto, en su totalidad, como remate actual de su historia milenaria, desde donde es posible la anticipación del porvenir. Se vive en el futuro, desde el cual se toman las decisiones, se elige entre las posibilidades. Incluso se cuenta o narra desde los proyectos. Y para ello hay que tener presente la totalidad del horizonte.

Es sorprendente que ahora mismo, cuando la proximidad

del siglo XXI y del tercer milenio parecía favorecer la visión al porvenir, la anticipación se reduce a cuestiones de detalle, aunque no carezcan de importancia: el euro, las normas de la Comunidad Europea, la posible legislación general, la distribución de las ayudas. No se piensa en la función de las diversas naciones, en los papeles que pueden desempeñar en la construcción del conjunto, en lo que podría ser la gran orquesta europea, vinculada esencialmente a la otra mitad americana de Occidente.

Lejos de esto, la mezquindad, la extrema miopía de los nacionalismos intenta desvirtuar o negar la realidad de las naciones, dentro de las cuales tienen su función extremadamente valiosa las regiones como sociedades «insertivas», a través de las cuales se inserta el individuo en su nación, a la vez que mira al horizonte programático de Europa.

La modalidad humana que es España, distinta de las demás naciones europeas, llamada a una convivencia fraternal con ellas, reclama la intensificación de su figura propia, la aportación a Europa de lo que ha sido, es y, sobre todo, puede ser. Cada nación tiene que hacer su «propuesta» articulada, llena de contenido, con su diversidad creadora.

Si esto se hiciera, si se imaginara lo que se puede ser, si se ampliara el horizonte hasta sus límites reales, todo aparecería a una nueva luz, resultaría inteligible, podría de verdad interesar, daría tensión a una convivencia inerte, podría despertar ilusión, poner ante los ojos una empresa rica de contenido en la que valdría la pena tomar parte.

Se trata de reivindicar las condiciones exigidas por la vida civilizada de personas con un larguísimo pasado a la espalda, condición de un porvenir que puede ser incitante, creador, lleno de promesas. En eso consiste la verdadera riqueza humana.

Proyectos y plazos

Se da por supuesto que en los cuatros decenios que empezaron en 1939 y terminaron en 1975 no se podía hablar de los problemas reales españoles, ni casi imaginar y proyectar acerca de ellos. Nada es más falso, y se puede probar documentalmente que no era así. He releído algunas cosas que escribí y publiqué en 1965, y he tenido algunas sorpresas.

Por una parte, se ve hasta qué punto ha cambiado la situación en muchos aspectos. «España —dije entonces— no es un país subdesarrollado, sino mal desarrollado.» Actualmente, no solo está sumamente desarrollado, sino incomparablemente mejor, incluso que otros países comparables.

Respecto a la situación del Estado y la sociedad, se podía definir con estas palabras: «Los atributos con los cuales se presenta el Estado podrían resumirse así: unidad, homogeneidad unánime, ausencia de toda discrepancia, inmovilidad. La realidad social mostraría otra serie de atributos: pluralidad, heterogeneidad, falta de acuerdo, posible ausencia de concordia, variación, vitalidad». ¿Se podía decir esto? En todo caso, se dijo.

«Lo más grave es que una forma deficiente de Estado —lo cual quiere decir casi siempre una forma excesiva— acabe por ahogar a la sociedad o, lo que es si cabe peor, que informe a los individuos y los haga a su semejanza... Y entonces se propone como ideal *lo contrario de lo que existe*, pero lo contrario

es muy parecido a aquello a que se opone.» «Lo que más me inquieta es que en España todo el mundo se pregunta *¿Qué va a pasar?* Casi nadie se hace esta otra pregunta: *¿Qué vamos a hacer?*»

Afirmaba yo que lo más valioso que poseía España era la *vida cotidiana*, y pienso que esto sigue siendo verdad. Frente a la tenaz oposición al liberalismo durante treinta años, señalaba que es un sistema político, pero antes un «temple», un estado de espíritu, una manera de ser hombre, una «generosidad» que permite a los demás ser lo que son y quieren ser, aun pudiendo impedirlo. Es la organización social de la libertad. «Hay algunos —concluía— que solo quieren *seguir*, otros, *lo mismo solo que al revés*; algunos, por último, queremos otra cosa; pero no *otra cosa* cualquiera.» «En suma, hay que *organizar el pluralismo*.» «La vida histórica y social necesita proyectar, y solo se puede proyectar civilizadamente y a largo plazo cuando se es titular inequívoco de derechos que están más allá de cualquier arbitrariedad.»

«Los instrumentos de esta proyección colectiva son los partidos políticos. No tengo ninguna debilidad por ellos, más bien siento ante todos una pizca de repulsión instintiva... pero estoy persuadido de que en nuestro tiempo son absolutamente necesarios para una vida normal.»

El apartado en que decía estas cosas se titulaba «Pasado mañana». Tenía clara conciencia de que lo que esperaba y deseaba no podía ser inmediato, y así sucedió en realidad. Tenía viva ilusión, pero no estaba dispuesto a «hacerme ilusiones», buen pretexto para no hacer nada, quiero decir lo posible. Y una de las cosas que lo eran era pensar y decir públicamente lo pensado.

Han pasado muchos años; se han realizado muchas cosas de las que señalaba; se han malogrado algunas, se ha puesto en

entredicho o desvirtuado algunas. En conjunto, se ha consolidado en su mayor parte lo que era necesario y aparecía como posible, no gratuito, sino conseguido a fuerza de talento y esfuerzo.

Pero no se ha hecho más que empezar. La vida individual se ha prolongado asombrosamente, pero sigue siendo breve; la de los países no tiene plazo limitado. Pero hay plazos sucesivos, cercanos o remotos, y una tentación de nuestro tiempo es la miopía histórica, la proyección cercana, sin advertir que esta es insuficiente, que es menester moverse en un horizonte dilatado, no utópico, corregido por la convicción de la inseguridad de la vida, lo que impide embarcarse frívola o jactanciosamente en empresas utópicas, que suelen llevar al desastre.

Al final de aquellas viejas «Meditaciones sobre la sociedad española» reflexionaba sobre la felicidad y los posibles proyectos españoles. Tenía bien presente que la felicidad es asunto estrictamente personal que ninguna fórmula de vida pública puede asegurar, aunque algunas pueden comprometerla o dificultarla. Pero también sabía que se realiza dentro de un alvéolo social. Por eso me inquieta el afán de tantos hombres de nuestra época por abandonar sus países y establecerse en otros; el motivo es el cúmulo de dificultades que encuentran en los propios, la esperanza de hallar algo mejor. Pero no es fácil encontrar la felicidad en un medio ajeno, y sería mejor intentar hacer habitables los países que ciertamente no lo son, con la ayuda de los demás, si es posible. En un país de tan vieja y rica realidad como España, es ilusorio pensar en ningún tipo de sustitución, y por eso es imperativo el esmero en ponerla a la altura que le pertenece.

Es evidente que en aquellas fechas estaba, en aspectos necesarios, por debajo de sí misma. En dimensiones decisivas, arrastraba un resto de anormalidad, consecuencia inevitable

—mejor dicho, no evitada— de la tremenda discordia que fue la guerra civil y la indebida prolongación de sus consecuencias. La superación de esto, la elevación de España hasta sí misma, hasta su nivel propio, era la primera empresa que se presentaba ante los españoles.

Pero esto no era ni es suficiente. España no ha estado nunca sola, sino en Europa, como miembro de ella y coautora de su realidad; no solo ha pertenecido siempre a ella, sino que lo ha sido por su propia voluntad, por decisión histórica, sin resignarse a otra condición, como todo el Mediterráneo meridional. La integración original y creadora en Europa se presentaba como un proyecto de largo alcance y apasionante.

En ello estamos, y la insatisfacción que se puede sentir no procede tanto de España como de Europa en su conjunto, en el predominio de lo económico y administrativo, en el hecho de que la personalidad de las naciones ha palidecido y el desconocimiento entre ellas es preocupante. Sería capital que España aportase a Europa su enérgica personalidad, su propia versión de lo europeo, contribución al enriquecimiento del conjunto. Para ello será menester que España cobre plena conciencia de su significación, de su condición de pieza insustituible, de instrumento de la tan necesaria orquesta europea. Creo que esto haría que España tomase plena posesión de sí misma, precisamente para ofrecer su realidad a esa «sociedad de implantación» en que se encuentran y de que están hechas las naciones de Europa. Y por último, España no puede olvidar que ha sido, a fines del siglo xv, la creadora de Occidente, la que se proyectó hacia América para realizar allí el máximo *injerto* de la historia, después de la empresa de Roma. Creo que estos proyectos pueden encender el entusiasmo de un pueblo, darle un puesto generoso en la historia.

La convivencia y sus límites

Es muy posible que me equivoque, pero tengo la impresión de que la vida pública española está iniciando un giro hacia lo mejor. No se trata de tal o cual hecho aislado, incluso importante. Lo que creo percibir es un sentimiento difuso de que hay demasiadas cosas que se hacen innecesariamente mal, y que el resultado viene a perjudicar a todos. Es algo vago y profundo, que puede afectar a los estratos desde los cuales se vive, y por eso puede tener importancia.

No se me oculta que en España hay multitud de opiniones, hay muy desigual valor y alcance. Cierta número de ellas me parecen erróneas y por tanto peligrosas, y a ello hay que resignarse, a reserva de intentar mostrar el error o las posibles consecuencias. Como una de las condiciones capitales de la convivencia, si no la mayor, es la libertad, hay que aceptar esa variedad de actitudes, tesis y propósitos y su expresión.

Con un requisito básico y absolutamente necesario: que no destruyan la concordia. Pero nada es más peligroso que confundir la concordia con el acuerdo. No es menester estar de acuerdo, se puede discrepar enérgicamente, incluso sobre asuntos graves. Con tal que no se rompa la concordia, la decisión de vivir juntos.

Más aún que decisión, yo diría la instalación en la convivencia; la decisión debe referirse a su defensa contra el que

intente romperla. El que se lo proponga debe ser considerado como «enemigo»; los demás no deben pasar de «adversarios», con los cuales se convive y se puede discutir interninablemente, desde las palabras hasta los votos cuando hay elecciones.

Mientras la concordia y la convivencia se mantienen, todo puede marchar bien; se pueden cometer errores, pero tienen remedio; se pueden corregir, o al menos compensar, quizá con otros errores de otro signo. Lo malo es cuando se cometen siempre en la misma dirección, que es lo que pasa en las tiranías y los totalitarismos, que a veces se disfrazan con un ropaje democrático.

La exigencia primaria de la concordia es la veracidad. Acabo de decir que las opiniones son múltiples y pueden ser erróneas; si son errores sin más, visiones desacertadas, omisiones de algo que se pasa por alto, exageraciones de algo verdadero, la veracidad no padece gravemente y tiene remedio: se puede mostrar el error y hacer que se corrija y rectifique. Otra cosa es la mentira, la desfiguración deliberada y consciente de la verdad, la perversión de la palabra. Esto hace un daño irreparable, viola los derechos de la realidad, causa heridas incurables a la convivencia. Si se examinaran con algún detalle los grandes males que han afligido a la humanidad, se vería cómo en su origen está casi siempre la mentira.

Otra condición imperativa de la convivencia es la voluntad de no hacer daño. Se pueden defender los propios intereses, intentar que las cosas se orienten de modo favorable a ellos, alcanzar poder e influjo, anteponer lo propio a lo ajeno. La imperfección humana hace que otra cosa sea ilusoria. Pero lo inaceptable es hacer daño a los demás, procurar su mal, no solo impedir su triunfo, sino herirlos y empeorar su situación.

Rara vez se tiene en cuenta esto; por ejemplo, se llevan a cabo acciones que desencadenan graves males —acaso de consecuencias imprevisibles— pero que hay la obligación de prever. Son imprevisibles desde la mala fe, desde la voluntad de no verlas, de «salirse uno con la suya», pase lo que pase.

Otra condición de la concordia y la convivencia es la reducción al mínimo de la agresividad. Hay gentes que no pueden hablar sin agredir, insultar, calumniar. Hacen profundas heridas personales, que suelen enconarse y dificultar la convivencia. A esas palabras se suele responder con otras igualmente exasperadas y agresivas, y ese es precisamente el principio de la discordia.

Siento enorme estimación y admiración por las personas que unen la entereza a la serenidad, a la cortesía, que no entran en el juego, cuando es un juego sucio. El desmelenamiento, la voluntad de zaherir y ofender es indicio inequívoco de no tener razón, y saberlo.

¿Qué se puede hacer? Ante todo, respetar escrupulosamente las exigencias de la convivencia, no faltar a ellas con ningún pretexto, medir las responsabilidades que ello entrañaría. Si las personas empezaran por respetarse a sí mismas, les sería fácil respetar a los demás. Es evidente que los que no lo hacen descubren un profundo desprecio por ellos mismos, que fermenta en su interior y segrega agresividad externa, expresión manifiesta del descontento.

Pero es notorio que existen y se cometen frecuentes violaciones de la veracidad, de la abstención del daño directo —diríamos innecesario—, del respeto. ¿Es forzoso responder a ello con la misma actitud? Si se hace, se ha entrado en la pendiente fatal. ¿Hay que resignarse y aceptarlo? No me parece inevitable.

El remedio podrá consistir en evitar la tosquedad mental.

Hay que distinguir. Esas conductas indeseables, extremadamente peligrosas, suelen concentrarse en pequeños núcleos o en personas individuales. Puede haber, por ejemplo, un partido que sostenga posiciones acertadas o erróneas (pero a las que tiene derecho y que lícitamente defiende) pero acaso una fracción de él, o alguna persona individual, se comporta de manera inadmisibile, miente, calumnia, insulta, desbarra. Con él no se puede tratar, porque no se comporta como una persona civilizada, y eso no es exigible. Si esto se hiciera, con inmejorable educación y total energías, sería sumamente eficaz. Plantearía un problema al grupo, acaso al partido correspondiente, que sentiría las consecuencias de esa repulsa. Empezaría a hacer cuentas, a preguntarse si era representado o traicionado por esos comportamientos. Es posible que se iniciara una corrección que sería beneficiosa para todos.

He puesto un ejemplo político porque es lo más visible; pero esto mismo puede generalizarse a la literatura, al arte, al deporte, a todas las formas de la convivencia.

Se trataría de hacer las cosas bien, en todo caso lo mejor posible. Tengo una larga experiencia de este viejo pueblo que es el mío, conozco apreciablemente su historia y he sido testigo de una considerable porción de ella. Creo «auscultar» lo que está pasando en los estratos más hondos de España; en otras ocasiones lo he hecho, y puedo atestiguar documentalmente una porción de acierto. Con antelación de varios decenios he advertido cambios que todavía no eran visibles. No estoy nada seguro —he definido siempre al liberal como «el que no está seguro de lo que no puede estarlo»—, pero si tuviera que apostar, lo haría por una torsión de España hacia lo mejor. ¿Por qué no intentarlo? Quiero decir todos, cada uno de nosotros. Otra cosa no sirve.

Pensar en la democracia

La democracia es en nuestra época el único sistema de gobierno que puede ser legítimo. En otras épocas no ha sido así, y es un error gravísimo descalificar el pasado casi íntegro en nombre de un sistema que ha existido muy pocas veces y en contados lugares. Pero desde la Revolución Francesa hizo crisis la vigencia social de la legitimidad de la Monarquía absoluta —que no era arbitraria, que se regía por principios, normas, Consejos, por una Constitución no escrita, de la que hablaba Jovellanos antes de la de Cádiz—. En los últimos siglos, la legitimidad social, el consenso sobre quién tiene derecho a gobernar, tiene que ser expreso, renovado periódicamente, sujeto a reglas; en suma, democrático. Si esto falta, se vive en estado de ilegitimidad, lo que tiene consecuencias de extremada importancia.

Ahora bien, la democracia tiene «condiciones de existencia»; tiene que ser posible, y una inmensa porción del mundo actual no lo es; no basta con que sea posible, sino que tiene que realizarse; es decir, tiene «requisitos», que se cumplen o no, y en diversos grados. Si faltan, la democracia es imperfecta, deficiente, puede llegar a estar pervertida, a convertirse en un instrumento de opresión, como ya vio Aristóteles. Si la democracia no está inspirada por el liberalismo, no es verdadera; si se desliza en ella el espíritu totalitario, su perversión es total.

La primera condición es el establecimiento de los límites

del Poder; el Gobierno o el Parlamento más legítimos que se puedan imaginar no tienen derecho a invadir campos ajenos a su jurisdicción. Por ejemplo, no podrían desmembrar una nación, como en la Edad Media un rey podía dividir su reino, patrimonialmente, entre sus hijos. Tampoco podrían saquear su economía vendiendo los grandes museos, porque estos pertenecen a la totalidad de los habitantes, y no solo los vivientes, sino los pretéritos y los que nacerán en el futuro. Por supuesto, el Poder legítimo no puede intervenir en la vida «personal», regular las opiniones, estimaciones, creencias, preferencias intelectuales, literarias, artísticas, la paternidad, no digamos la vida misma, mediante el aborto o la eutanasia.

Pero no se trata solamente de esto, de lo que depende la misma existencia de la democracia, sino que hay que asegurar su funcionamiento, lo que requiere una serie de condiciones sobre las que existe muy poca claridad. Por eso es indispensable «pensar» la democracia, plantearse las diversas cuestiones a que tiene que aplicarse. Si no se hace esto, se toma el nombre democracia en vano o en falso, que es lo que sucede en gran parte del mundo.

Se tiene la voluntad de extender la democracia el planeta entero, pero no basta con decirlo o usar ese nombre. Hasta hace poco tiempo, han pululado las «Repúblicas democráticas populares» que no eran ninguna de esas cosas, sino férreas dictaduras de partido único, instrumento de opresión; y todavía existen, con o sin disfraces.

Hay un grupo de países, especialmente los occidentales y los que participan en otras regiones de sus principios, en los que existe la democracia, y eso les otorga una evidente superioridad y un horizonte abierto y prometedor. Pero no hay que contentarse con esto. Hay que ver si esas democracias, efectivas y preciosas, dignas de defenderse y conservarse, son plenamente

te adecuadas. En muchas de ellas existen diversos grados de «contaminación» que las desvirtúan y ponen en peligro.

Hay un hecho histórico de tal alcance, que su examen resulta sobrecogedor. En muchos lugares, en largas épocas, se han aceptado y han parecido bien muchas actitudes y disposiciones que nos parecen simplemente monstruosas. He recordado muchas veces la esclavitud, la tortura judicial, la persecución de los disidentes religiosos, los procesos de brujería. Todo eso era aceptado, legislado, incluido en leyes y códigos, puesto en práctica por las autoridades políticas o eclesiásticas, por jueces y médicos.

Nuestra época no está libre de situaciones semejantes, que son aprobadas, defendidas, impuestas por grupos que pueden ser amplios y poderosos. Confío en que dentro de algún tiempo se vean como vergonzosas caídas de lo inaceptable.

Conviene darse cuenta de que en una vastísima porción del mundo no existe la democracia; esto es grave, pero más lo es no verlo. Uno de los riesgos que se corren es contentarse con los títulos o las declaraciones. Ha existido la tentación, sobre todo desde la «descolonización», de considerar «democracias» a los países resultantes. En la mayoría de los casos, han significado la destrucción de las posibilidades de convivencia y de toda libertad. Los que habían dejado de matarse entre sí y habían logrado una administración, medios de comunicación, escuelas, hospitales, ciertamente deficientes, se han convertido en escenarios de lucha o exterminio, de violencia y miseria, y por supuesto de extrema ilegitimidad.

Los países que gozan de una democracia efectiva tienen el deber de velar por ella, de mantenerla fiel a sus funciones propias, sin extravasarse ni degenerar en opresión. Y, frente al resto del mundo, deben comprender que no se trata de proclamar nominalmente la democracia, sino de establecer, si es posible, las condiciones para su existencia.

Y esto requiere claridad. Nuestra época tiene superabundancia de recursos de todo tipo, pero lo único que escatima es el pensamiento. Sobre las cuestiones decisivas brilla por su ausencia. Creo que esto es la causa principal de que se viva muy por debajo de las posibilidades. Esta convicción me ha llevado a pedir a un puñado de españoles, con vocación de veracidad, pensar ante otro grupo más amplio sobre asuntos en que nos va la dignidad de la vida y acaso la vida misma.

La iniciativa

Parece urgente que la mayoría de los españoles tomen la iniciativa. Intentaré explicarme. El mundo actual ha experimentado cambios muy importantes y que no se suelen advertir. Se piensa –en la escasa medida en que se piensa– que las cosas pasan como en otras épocas, se da por supuesto que la sociedad funciona como solía, y no se tienen en cuenta decisivas variaciones. He señalado ya varias veces que la proliferación de «organizaciones» de todo tipo y el inmenso crecimiento de los medios de comunicación han alterado los procesos de cambio y han llevado a la inestabilidad de las sociedades de nuestro tiempo.

Una de las consecuencias más graves, y que se pasa por alto sin darse cuenta, es que son esas organizaciones, con efecto multiplicado por los medios de comunicación, avasalladores, las que en casi todos los asuntos toman iniciativas. Se dedican con extrema actividad a buscar o inventar cuestiones que plantear, reivindicaciones que pueden formularse, descalificaciones de todo tipo, interpretaciones, que pueden ser enteramente arbitrarias, de la realidad. Como los medios de comunicación airean incansablemente todas esas cosas, se consigue que se hable casi exclusivamente de ellas y ocupan así la mayor parte del horizonte público.

Si se hace un aforo del origen de casi todo lo que cons-

tituye el panorama de la vida colectiva, se encuentra que se reduce a una fracción mínima del cuerpo social. El desplazamiento verbal y de imagen de exiguas minorías es enteramente desproporcionado con su volumen real, no digamos con su calidad o importancia efectiva.

Pero la cosa no termina aquí. Lo que la inmensa mayoría de las personas hace es «reaccionar» a lo que esos grupos dicen, niegan, proponen, reclaman. Es decir, usurpan casi toda la iniciativa, reducen a los demás —que son los más— a una función pasiva, a acciones condicionadas por esas iniciativas que les son ajenas.

Es una situación normal, y que consiste en una inversión de las funciones sociales. De hecho, gran parte del mundo está dominada por iniciativas marginales, casi siempre injustificadas, negativas, en muchos casos destructoras, con un propósito envilecedor en que rara vez se repara.

Uno de los aspectos más salientes es que casi siempre se trata de cuestiones minúsculas, que absorben la atención y angostan el horizonte. Se discuten interminablemente asuntos que apenas merecen una mención de pasada, pero que ocupan a países enteros durante años, o se eclipsan y reaparecen una vez y otra, incansablemente. Como la capacidad de atención es limitada, así se impide que se susciten, planteen, examinen las cuestiones verdaderamente importantes, relegadas a un rincón de la vida pública.

Los grandes proyectos que pueden ilusionar a un pueblo, que suscitan el interés y la actividad, que dan contenido a las vidas individuales, no tienen lugar. Se produce un estrechamiento de las mentes y, lo que es peor, de las mismas vidas, un descenso de la calidad humana, de manera que cada vez es más fácil la manipulación, el confinamiento a espacios reducidos y en los que se puede ejercer el dominio. Un ejemplo mínimo

pero revelador es el uso de sondeos y encuestas, que se multiplican a cada paso. Mi confianza en ellos es casi inexistente. Se basan en consultas, muchas veces telefónicas, a personas en número reducidísimo, que representan por lo general menos de la una diezmilésima de la población, con una selección que disminuye aún su valor: se hacen preguntas cuya formulación es decisiva y puede prejuzgar la respuesta; queda en pie la cuestión de si los que contestan toman en serio el cuestionario y son sinceros. El valor, pues, es evanescente.

Ahora bien, los medios de comunicación se apoderan de todo ello, lo desmenuzan, analizan, comentan interminablemente; es decir, mediante una extraordinaria resonancia le dan una importancia de que carece, y que influye en las conductas de las personas que lo reciben.

Un par de millares de «encuestados» logran que muchos millones pasen días y días ocupándose de lo que han dicho—suponiendo que lo hayan dicho—. Es decir, han conseguido reducir a la mayoría a una situación de pasividad.

Se ve lo que se muestra, se oye lo que se pronuncia y difunde, se conoce a aquellas personas que son exhibidas incesantemente con todos los recursos disponibles—y, claro está, por los que disponen de ellos, que son muy pocos—. Así es posible que se presente una imagen enteramente falsa y grotesca de una época que casi todos han vivido y conocen directamente, expresada y comentada por un puñado de personas que aparecen acaso veinte veces en un programa de televisión, con absoluta omisión de las que podrían decir algo más veraz e inteligente.

Si se prolonga el estado de cosas que he intentado describir, se confirmará la pasividad que amenaza a los españoles, precisamente en el momento en que poseen los instrumentos legales y jurídicos para ser verdaderamente libres, para to-

mar su destino en sus manos. La libertad se pierde de muchas maneras, y una de ellas es la desidia, la apatía, que en casos graves linda con la estupidez.

Hay que preguntarse qué interesa verdaderamente, qué se espera, qué se quiere lograr, qué se desea para España y cada uno de sus miembros, para cada uno de nosotros. Hay que apartar la vista de aquello que se nos pone insidiosamente delante, para que nos quedemos en ello, absortos; no hay que seguir dócilmente lo que se nos quiere imponer.

El hombre no es un animal reactivo, que responde a los estímulos; lo humano es la condición proyectiva, la imaginación, la capacidad de originar acciones propias, que parten de la intimidad e intentan realizarse.

La fantástica creatividad que han tenido algunos pueblos en ciertos momentos de su historia ha sido posible por esa actitud abierta, enérgica, inventiva, llena de iniciativa. Si se piensa en los momentos más creadores de nuestra historia, simplemente no se entiende cómo tan pocos, con tan escasos recursos, realizaron en breve tiempo empresas casi inimaginables: el número actual de españoles es cuatro o cinco veces mayor que el de finales del siglo XV y el XVI; los recursos económicos y técnicos, incomparables. En otro orden de cosas, no menos interesantes, se podrían hacer ahora los equivalentes de lo que apenas comprendemos —y rara vez intentamos comprender.

Es cuestión de iniciativa. Frente a los que la toman en exclusiva y procuran sofocar la de los demás, debería haber equipos dedicados a fomentarla, a excitarla, a suscitar la libertad que no se resigna a la pasividad; y, por supuesto, lo decisivo es que cada uno tome por su cuenta la iniciativa y se esfuerce por ser el que quiere ser, el que siente que tendría que ser, y no el que le impongan, por la fuerza o con argucias.

Lo que se puede decir

En principio, cualquier cosa. Se invoca con frecuencia la libertad de expresión; la he defendido siempre; más aún, la he usado desde 1933, hace sesenta y siete años. Hay un dicho popular: «Estirar el pie hasta donde llega la sábana»; desde mi juventud lo modifiqué: «Estirar el pie hasta ver dónde llega la sábana», sin dar por supuesto sus límites.

Se puede decir lo que se quiere, pero ello impone ciertas condiciones. La básica es que sea verdad; si no lo es, ello debe aparejar el desprestigio. Hay la obligación de justificar, hasta donde sea posible, eso que se dice. Y hay que estar dispuesto a que eso sea puesto en duda, objetado, analizado por otros que opinen de distinto modo. Es una norma elemental de toda convivencia en libertad. La libertad de expresión debe ser para todos, y ello incluye la de respuesta, crítica, contraposición, sumisión al criterio de los demás.

Es curioso que produzca escándalo a veces el que traten, se entiendan y colaboren personas o grupos políticos que discrepan profundamente en algunas cuestiones. Esto no tiene sentido: pueden estar de acuerdo en asuntos importantes que afectan a porciones distintas, políticas o territorialmente, del país.

Con una condición que suele pasarse por alto: la discrepancia no tiene por qué ser unilateral. Se da por supuesto que «la oposición» o los partidos que colaboran ocasional-

mente con el Gobierno pueden hacer todo género de críticas, reparos y reproches a este. Pero se olvida que el Gobierno tiene los mismos derechos y puede criticar con la mayor energía posiciones de los demás. Se puede estar de acuerdo, por ejemplo, en los presupuestos, que afectan a la economía total, y considerar inaceptable la interpretación de la realidad nacional o sus partes.

Lo que se dice puede ser manifestamente falso, y puede y debe mostrarse, sin que esto signifique una hostilidad total y una imposibilidad de colaborar. Hay una visión peligrosa e inadmisibles de la democracia, según la cual la única misión de un partido es hacerle la vida imposible a otro y procurar destruirlo. Por el contrario, deberían colaborar en todo lo coincidente, en lo necesario o en lo que es acertado, venga de donde venga.

Y eso que se dice, en ocasiones no es solo falso, sino delictivo, cuando llega a la calumnia, cuando invalida las leyes que obligan a todos, cuando propone la sedición. La crítica, por dura que sea, no solo es lícita, sino exigible. Puede llevar a la descalificación, a la repulsa, en caso extremo a la aplicación de las leyes.

Se puede decir lo que se quiera, pero ateniéndose a las consecuencias. Y las primeras deben ser que los demás, en uso del mismo derecho a la libertad de expresión, muestren, por ejemplo, que se ha dicho algo inadmisibles, inaceptable, que es un «abuso» de la libertad de expresión, una invasión indebida de la intimidad, de los derechos ajenos, de la realidad histórica.

En otras palabras, que, así como los males de la libertad, que me parecen innegables, no se curan suprimiéndola, sino con más libertad, la de todos, que deben ejercerla y no ser manipulados por ciertas fracciones, la libertad de expresión exige su universalidad y no su ejercicio parcial y privilegiado.

Y al lado de lo que se dice hay que poner «lo que no se dice». La omisión indebida es otra forma de intromisión en los derechos ajenos. Me sorprende cómo algunos medios de comunicación no informan, sistemáticamente, de lo que no les gusta. Hay casos en que da la impresión de que se ejerce, invariablemente, un veto frente a algunas personas o asuntos, que simplemente «no existen». Es una censura férrea e implacable, que se prolonga año tras año.

Lo que más me sorprende es que nadie la señala, la pone de manifiesto, pide alguna explicación.

La cuestión de fondo es si los llamados «medios de comunicación» tienen deberes; hacen valer, siempre, sus derechos, pero ¿no hay más? Hace mucho tiempo comenté la pretensión de los periodistas de guardar el secreto respecto a sus «fuentes». Propuse que se aceptara esto, pero con una garantía: que fuese verdad lo manifestado por esas «fuentes ocultas». Sería el equivalente de la figura de «perjurio», tan importante en los Estados Unidos. Se podría ocultar el origen de una información, con tal de que fuera verdad.

A veces, figuras políticas importantes y que pretenden tener prestigio se asocian con otras que carecen de esos caracteres, tal vez para proponer proyectos que van contra el orden establecido y proponen que sea violado. Me pregunto si esto es libertad de expresión o entra en territorios muy distintos y que están previstos en las leyes, empezando por la Constitución.

Antes de que estas instancias funcionen, me parece exigible que se manifieste la «opinión» de los demás, una vez más, la libertad general de expresión. A veces parece que hay derecho a decir lo que es falso, injurioso o ilegal, pero no a decir que eso que se dice lo es.

A veces se oye o se lee que no hay medios legales de im-

pedir conductas abusivas y desleales, por parte de algunas Comunidades Autónomas. Hace mucho tiempo recordé que el artículo 155 de la Constitución prevé y estipula lo que se debe hacer en esos casos. Nadie parece conocerlo ni recordarlo.

A algunos no se les cae de la boca la apelación al «estado de Derecho». Pues bien, consiste precisamente en eso: en que las leyes vigentes tengan su vigor y por tanto se cumplan. Se invocan con toda razón los derechos —a veces nadie se molesta en mostrar que se trata de efectivos derechos—, pero produce indignación, si no escándalo, que alguien se atreva a pedir el cumplimiento de los deberes.

Esta actitud es la manifiesta violación del Estado de Derecho, la destrucción de la convivencia democrática. Hay partidos distintos y divergentes, que tienen —o deben tener— programas distintos, que proponen a los ciudadanos, pero hay una zona amplísima de cuestiones en que deben coincidir, porque se trata de problemas comunes y que requieren medidas coherentes. El hecho de que la única misión de un partido sea «oponerse» a otro es una perversión de la democracia. Sobre una amplia zona de coincidencia deben aparecer las discrepancias, las contraposiciones, que se deben discutir, justificar, con hechos y razones, usando la libertad de expresión.

Todo esto puede hacerse en España. Esa posibilidad se ha conquistado penosamente, desde 1976, precisamente poniendo en juego los principios que acabo de recordar. No se me oculta que ha habido y hay eclipses, recaídas, tentaciones. Creo que en este momento se abre ante nosotros una alternativa: conservar o destruir la convivencia en libertad que hemos alcanzado. Si se elige la destrucción, lo menos que puede pasar es que la libertad de expresión lo muestre eficazmente. Las consecuencias reales se podrán ver los días de elecciones.

En sus manos

Las elecciones son parte esencial de la democracia. Son los momentos capitales en que se articula su ejercicio. Su legitimidad se funda en que la voluntad colectiva de que alguien sea titular del poder y lo ejerza se exprese manifiestamente y se renueve periódicamente. Por eso la abstención es peligrosa, despoja de contenido al sistema, priva del derecho de quejarse al que ha renunciado al de influir en el destino del país.

Y, sin embargo, las elecciones me hacen siempre pasar por un periodo inquietante y penoso. La propaganda electoral es con frecuencia desmesurada, exagerada. Se hacen promesas, muchas de ellas incumplibles, en bastantes casos sin la menor intención de cumplirlas. En los actos electorales, especialmente en nuestro tiempo, se sustituye la buena retórica, que solía ser digna y respetable, que podía permitirle el lujo de ser veraz, por la propaganda, vociferante, rebajadora, en ocasiones insultante y grosera, muchas veces compuesta de mentiras.

Los candidatos —individuos o partidos— hacen un retrato de sí mismos, y no estoy seguro de que los electores lo perciban y tengan en cuenta. Suele predominar la idea de «ganar o perder» las elecciones, y en demasiados casos se parte de la adscripción automática a un partido, haga lo que haga, pase lo que pase.

Esto es inevitable, y en cierta medida lícito. Pero ¿es el único punto de vista posible? La democracia puede ejercerse, dentro de sus imperfecciones, con muy desiguales grados de decoro, decencia, dignidad. Hay un criterio que resulta infalible: cuando se ataca despiadadamente a alguien, con cualquier pretexto, sin el menor respeto a la verdad, se puede estar seguro de que se trata de alguien valioso, estimable, cuya gestión es eficaz e inspira confianza. Esa actitud se desencadena casi siempre cuando es notorio el acierto y el valor del que es objeto de ese acoso.

Si los electores estuviesen atentos y fuesen capaces de retener en su memoria lo que hacen y dicen los contendientes, los que aspiran al poder, si hiciesen la suma de los rasgos que se van atribuyendo a sí mismos, mi confianza en la democracia sería muy superior a la que es permisible. Tengo en la memoria las injurias que se vierten, con expresiones que son sin duda delictivas, las imputaciones falsas e insostenibles, las falsificaciones de las situaciones que se dan por existentes. Temo que la mayoría de los ciudadanos apenas perciban todo eso, les resbale, no lo tengan en cuenta, no le den importancia.

Para mí, esto es decisivo, porque no veo las elecciones primariamente como «ganar o perder», «triunfo o derrota». En una verdadera democracia, las elecciones son una fase de su ejercicio, algo valioso, necesario, condición del tipo de legitimidad que le pertenece. Dije, con ocasión de las primeras, las de 1977, que las únicas elecciones malas son las últimas, tras de las cuales ya no hay otras.

En mi perspectiva, las elecciones son, ante todo, el acto por el cual se pone en las manos de alguien el país o porciones de él. «En tus manos encomiendo mi espíritu», reza el salmo que repite Cristo en la cruz. No se trata de algo tan elevado, mis-

terioso y definitivo, pero es el esquema de la vida humana, y muy especialmente de la convivencia de los pueblos.

Al elegir no se confiere simplemente un «poder» a alguien que va a ser titular de él; se pone en sus manos un país, o una parcela de él, o un aspecto de su vida colectiva. Las elecciones, como yo las veo, son un acto de confianza.

Y la pregunta que surge inevitablemente es: ¿quién la merece? ¿En quién se puede confiar? ¿Quién inspira respeto, estimación, acaso admiración? Es imprescindible usar la imaginación. Los electores deben pensar en el futuro, adivinar dónde podrán estar dentro de un mes o de unos años a consecuencia de lo que han elegido. Tengo una impresión muy arraigada: que muchos votan lo que temen, lo que les inspira repugnancia. Tal vez por una decisión previa, tomada mucho tiempo antes, de la que no se atreven a apartarse, aunque la experiencia lo aconsejaría. Acaso porque les parece que desligarse de lo que opinaron hace tiempo es una traición, sin advertir que no hacerlo puede ser una traición a sí mismos.

Puede ser que los gritos o los latiguillos de un candidato o unas imágenes de la televisión hayan provocado una histeria colectiva de efecto retardado.

Si los hombres tuviesen mejor memoria y algún conocimiento de la historia propia y ajena, las cosas irían mucho mejor, y podríamos esperar con mayor confianza el porvenir. El ejemplo de los ejemplos, el más notorio del siglo XX, es el de Alemania en 1933, quiero decir el que culminó ese año, preparado por los anteriores. El partido nacionalsocialista de Hitler fue elegido y reelegido, por amplias mayorías. Lo que eligió fue la destrucción de Alemania, la ruina parcial de medio mundo, y las largas consecuencias, apenas advertidas, de que Alemania, en tantos aspectos admirable, en algunos muy profundos no ha vuelto todavía a ser lo que

había sido durante siglo y medio: el país culturalmente más creador de Europa.

Llevamos dos siglos de democracia, real en una parte considerable del mundo, nominal en casi todo el resto. Dos siglos de innumerables elecciones, acertadas algunas, desastrosas no pocas. En la mayoría de los casos, esto se podía prever; ni siquiera era difícil. Hay países en que el acierto es frecuente—solo frecuente, nunca seguro—. Son los que han tenido una historia aceptable, no desastrosa, los que nunca se han sumido en la abyección. En el otro extremo están los que han mostrado eso que se podría llamar «afición al error».

Pero si, como creo, ello es previsible, está al alcance de un mínimo de memoria, una modesta reflexión, una razonable exigencia de competencia y decencia, ¿por qué el desacierto ha sido y es tan frecuente? ¿Por qué no se puede evitar la inquietud, la zozobra, cuando hay elecciones?

Yo propondría algo bastante sencillo y que está al alcance de todos: trasladar los criterios políticos al ámbito de la vida privada. Imagínese que los partidos y los candidatos fuesen alguien con quien tuviésemos que convivir en la modestia de nuestra vida personal. Preguntémonos con quiénes haríamos negocios, a quiénes confiaríamos nuestros asuntos particulares, a quiénes sentaríamos a nuestra mesa, cuáles podrían ser nuestros amigos.

Poner en las manos de alguien la realidad y el futuro de un país es algo más grave y reclama mayores exigencias. Pero lo que acabo de enumerar es el mínimo indispensable. Si se aplicara, se produciría inmediatamente un saneamiento de la democracia. Sería algo que veríamos con esperanza y sin temor. Cruzaríamos con ánimo esperanzado y alegre cualquier periodo electoral.

El despertar de las mayorías

Hace tiempo observé un extraño fenómeno iniciado en los últimos tiempos: la opresión de las mayorías por las minorías. Lo contrario ha sido frecuente en la historia: las mayorías dominantes, instaladas en sus vigencias y en el ejercicio del poder, han oprimido muchas veces a minorías «disidentes», a las que se ha visto casi siempre con compasión y simpatía.

La novedad del último siglo, y muy particularmente de los últimos decenios, ha consistido en el enorme desarrollo de las «organizaciones» de todo tipo, apoyadas por el increíble poder de los medios de comunicación. Se ha producido una magnificación de intereses, actitudes, propósitos de grupos muy reducidos, en ocasiones minúsculos, de los que se habla todo el tiempo, que están presentes ante todos los ojos y los oídos, que ocupan una parte desmesurada del horizonte público. Habría que hacer un recuento de lo que realmente significan, y de su comparación con el volumen efectivo de las mayorías casi silenciosas.

Los derechos de las minorías a expresarse y hacer valer sus puntos de vista me parecen esenciales; por lo demás, siempre me he sentido miembro de minorías exiguas, no muy lejanas de lo individual. Lo que me parece indeseable es que ejerzan opresión, porque toda opresión me repugna. Y si los más quedan oscurecidos por muy pocos, esto significa

además una suplantación, una desfiguración de lo real, en suma, una falsificación.

Pues bien, advierto un lento despertar de las mayorías, al menos en España, que es lo que tengo más cerca y más me importa, pero sospecho que se va a generalizar muy pronto. La opresión de que se habló se ha ido «exagerando» últimamente, hasta hacerse evidente. Son ya muchos los que se dan cuenta de que la imagen pública de la realidad no se ajusta a lo que viven y sienten; no se reconocen en el retrato que se les presenta en muchos aspectos de la vida política o de los medios de comunicación; empiezan a pensar: no somos así.

La recuperación de la realidad ha empezado por la historia. La conmemoración de algunos centenarios ha hecho que se vuelvan los ojos a diversas porciones del pasado, de muy distintas fechas, y se ha visto que dominaban otras tantas desfiguraciones interesadas, desde algunas muy remotas hasta otras tan cercanas que muchos han vivido. Algunos historiadores han tenido conciencia de ello hace bastante tiempo; a los que son mis amigos los he animado a proyectar sobre el conjunto de la sociedad lo que para ellos era evidente y podían justificarlo con abrumadora eficacia; creo que han conseguido movilizar al conjunto de su profesión para restablecer la visión real y no fantasmagórica de lo que ha acontecido en España en el último milenio o algo más.

Y la historia conduce al presente. La diferencia entre lo que se llamó «historicismo» y la «historicidad» que pertenece a la vida humana es que esta no se reduce a un repertorio de «formas históricas», sino que nos lleva hasta la actualidad, en la cual va incluido el largo camino por el cual se ha llegado a ella, y que nos enfrenta con el futuro —siempre he pensado que se cuenta desde los proyectos—. Por tanto, la visión histórica remite inexorablemente al porvenir.

Por esta vía, los españoles empiezan a redescubrir cuál es la realidad de España, aquella en la que viven y de la que están hechos, sin quedarse en fragmentos que, aislados, son ininteligibles y se convierten en provincianas caricaturas de sí mismos.

Al mismo tiempo ven la insuficiencia de esa evidente realidad nacional, su «parentesco» con el resto de Europa, la convivencia originaria con las otras naciones miembros de ella, de las que España es inseparable, ya que se han nutrido unas de otras —y, desde hace medio milenio, de América, que sin Europa tampoco es comprensible ni viable.

En pocas palabras, empieza a penetrar en las conciencias una imagen real y no desfigurada del mundo, y son legión los que empiezan a percatarse de dónde están y quiénes son, más allá de diversas fantasmagorías.

Creo que por este camino se ha empezado, pero las consecuencias anuncian ir más allá. Llevamos una larga temporada en que se han expuesto con escarnio, desdén y hostilidad creencias, ideas y estilos de vida en que muchos millones habían vivido instalados. Se ha presentado eso como «antiguallas» en el mejor de los casos, cuando no «aberraciones». Ha habido —hay todavía— una aceptación pasiva de esa manera de ver las cosas, un temor a afirmar aquello a que en definitiva se adhiere, que parece estimable y valioso, en suma, verdadero.

Lentamente, se va cayendo en la cuenta de la ignorancia y el arcaísmo de los que se han encargado de imponer esa distorsión de lo real. Se advierte que detrás del escarnio verbal hay una enorme dosis de desconocimiento, y una falta absoluta de justificación. He llamado invitación a la prehistoria a buena parte de lo que se propone como última palabra. Es sorprendente el grado de desconocimiento de las fan-

tásticas innovaciones del pensamiento, en todos los órdenes, a lo largo del siglo que ha terminado.

Advierto en gran número de españoles, en todas partes, y muy especialmente entre los que verdaderamente son jóvenes ahora —más que los que lo han sido en decenios ya pasados—, una sensibilidad para la verdad que me parece esperanzadora.

Todos estos fenómenos son bastante recientes; todavía no son demasiado visibles, pero son manifiestamente perceptibles y, lo que es más, crecientes. Creo que les pertenece el porvenir. Me aventuro a predecir que dentro de unos años serán manifiestos y mayoritarios.

Por supuesto, no enteramente predecibles, porque la vida humana, y con ella la historia, consiste en la innovación. Los decenios con que está empezando el siglo XXI serán distintos del final del XX; lo que no serán es la regresión que se nos propone a un pasado que ya ahora es arcaico.

Por eso hablo de «despertar». Esto quiere decir enfrentarse con la realidad, dejar atrás el duermevela —o las pesadillas—, recabar el derecho a ser lo que se es, en continuidad siempre cambiante y proyectiva. Y espero que toda novedad propuesta lo sea con buenas razones, con justificación, no de manera arbitraria y gratuita. Confío en que los que vivan en el siglo que comienza tengan el horizonte abierto a la creación, a la originalidad, a la sorpresa en que el futuro consiste; cerrado a la suplantación, a toda forma, aunque no sea cruenta, de «terrorismo», que es siempre degradante y peligroso.

Adónde se quiere ir

Hace cosa de veinte años escribí un artículo titulado «Los verdaderos programas». Me refería al hecho de que los partidos pueden parecer que se parecen: sus programas nominales y plenamente públicos tienen amplias zonas de coincidencia, casi siempre «plausibles» y de las que no es fácil disentir. La realidad puede ser muy distinta, y se descubre en lo que «proponen» en cada caso. Esas propuestas son a veces aceptadas y se realizan; otras carecen de votos suficientes y no se consiguen. A mí me interesan las propuestas mismas, independientemente de que tengan o no éxito.

Muestran lo que los partidos verdaderamente son, lo que desean, adónde quieren ir, adónde llevarán al país si logran gobernar. Si esto se hubiera tenido en cuenta en aquel momento, es probable que la vida pública española hubiese sido bastante distinta de lo que ha sido, y creo que mejor. Son muchos los que se lamentan ahora de muchas cosas de años pasados, pero las aceptaron o apoyaron, no quisieron preverlas, aunque eran bien visibles en forma de propuestas.

No hablemos en tiempo pasado; la democracia es continuidad y no ruptura —los rupturistas de entonces me parecían muy poco demócratas—, pero tiene el riesgo de la repetición. Las situaciones varían con el tiempo, pero su esquema puede perpetuarse. Por eso una de las condiciones de la de-

mocracia es la memoria: recordar lo anterior y tenerlo presente, es decir, traerlo a la actualidad.

Si se repasara lo que fui escribiendo a lo largo de unos cuantos años, desde 1974 hasta un decenio después, y todavía más tarde, se podría encontrar una larga lista de previsiones de lo que de verdad se quería y buscaba, aunque en ocasiones se disfrazara. Esto se remonta hasta el desdichado Anteproyecto de Constitución, redactado por la llamada Ponencia, en el que se eliminaba la idea de España como Nación. Presentí lo que se ocultaba bajo la palabra «nacionalidades», que me parecía lingüística, histórica y políticamente errónea; se negó que fuera así, por los mismos que han hecho el uso más abusivo de ella, es decir, de lo que fingían rechazar.

Ahora, ante la cuestión del puesto de las Humanidades en la educación, ante la pretensión de que los españoles sepan algo de filosofía, literatura, arte y conozcan decorosamente la historia —la propia y la del mundo en que viven—, se está poniendo de manifiesto lo que cada porción de la opinión lleva dentro, de lo que pretende, en suma, adónde nos quieren llevar.

Este planteamiento tiene una ventaja: poner las cosas claras. Sabemos cuáles son los verdaderos proyectos o programas, sin disfraces; sabemos cuáles son las afinidades reales; y, sobre todo, de quién nos podemos fiar.

No se trata de una cuestión secundaria, sino de la «realidad» misma de los españoles, sobre todo de los que van a serlo en el futuro: los niños jóvenes y los que habrán de nacer —si los dejan, porque hay muchos que les van a poner dificultades—. Y, naturalmente, se trata de la posesión que cada uno va a tener de España, de la manera en que va a poder proyectar su vida. Algunos desean que cada español posea el ámbito dilatado de la nación española, con su rica variedad

de matices y posibilidades, con las diferentes formas de inserción en el conjunto, y por consiguiente con un pluralidad de proyectos que pueden ser atractivos y fecundos.

Otros prefieren espacios angostos, confinados, aislados de todo contexto, llenos de ficciones que nunca han existido; y por tanto sin horizonte ni porvenir.

El estado de ignorancia de grandes mayorías, en enorme parte del mundo, es angustioso y está obturando el futuro. La beatería técnica y estadística es un factor, puesto al servicio de causas turbias, que habría que poner en claro. El provincianismo, el aldeanismo, hacen el resto, y hoy son una amenaza que lleva a extremos aterradores.

El siglo que empieza nos invita a seguir el camino de la prosperidad o el de la decadencia. El hombre es libre, y si además de ello tiene libertad —es el caso de los españoles de hoy, y en general de los occidentales—, puede elegir la vía que prefiera. Es decir, va a elegir «quién» va a ser, cómo va a orientar su vida, y con quiénes va a convivir. Puede elegir el partir de su círculo personal e íntimo, continuar con la región sabrosa y entrañable a la que pertenece, insertarse a través de ella en su nación, descubrir que esta se encuentra implantada en Europa, hecha de ella, y que esta comparte con el lóbulo americano la realidad abarcadora de Occidente, una de las formas en que acontece lo humano.

Pero está en nuestras manos optar por la ignorancia, el aislamiento, la hostilidad al que es en alguna medida distinto, la falsificación de la realidad. Lo decisivo es que si se hace lo que se elige es la falsificación propia, la de cada uno de nosotros. Y esto lleva consigo la inferioridad.

La realidad humana está abierta. Con los datos recibidos, con los recursos de que se dispone, cada hombre o cada mujer —aquí sí hay que hacer constar la diferencia— hace su vida,

imagina quién pretende ser, intenta realizarlo, con mayor o menor perfección. Esto vale para todos, no solo para minorías egregias: los recursos son mucho menos importantes que los proyectos y la voluntad de utilizarlos, es decir, lo que se hace con ellos.

Por eso esa cuestión nos afecta a todos, y en ella nos va la vida, la configuración que puede tener. Ante cada uno de nosotros se presentan diversas ofertas, se nos muestran caminos que llevan, individual y colectivamente, a diversos lugares. Es menester que decidamos adónde queremos ir, y por tanto quién nos va a conducir, quiénes pueden ser nuestros guías. Es fundamental no engañarse, no viajar en una compañía que acaso sea indeseable.

Hay cuestiones que tienen una importancia particular: son el comienzo de un camino cuyo destino no parece claro; es menester anticiparlo, preverlo. De otro modo, nos exponemos a encontrarnos un día en un paraje inhóspito y sin salida, con una realidad disminuida, sin orientación, con la impresión de que no se puede ir a ninguna parte.

Para empezar el siglo xxi

Si se quiere acertar, si se va a intentar que el siglo —que coincide con el comienzo del tercer milenio de nuestra era— sea algo esperanzador, atractivo, acaso espléndido, parece aconsejable saber con qué se cuenta, de qué se parte, cuáles son los recursos de que se dispone, qué peligros amenazan y será menester evitar.

Esto quiere decir que hay que volver los ojos al siglo xx, que es el nuestro, aunque el nuevo lo sea también para los que hoy son jóvenes. En el que está ya casi completo ha habido unos cuantos de los mayores horrores de la historia, y hay que tenerlos presentes para no recaer en ellos. Algunos, como los diversos totalitarismos, origen de casi todos los demás, están ya descubiertos y por lo general execrados; pero no se olvide que han dejado ya herederos más o menos disimulados, y es la forma en que intentan perdurar.

Pero en muchos aspectos ha sido un siglo glorioso, creador, que ha significado el alumbramiento de posibilidades extraordinarias, de las cuales vivimos, casi sin darnos cuenta, en las que tenemos que apoyarnos para seguir adelante. El aumento de la población mundial ha sido enorme; esto quiere decir que han nacido más personas que en ninguna otra época, y han vivido más años, y en conjunto mucho mejor.

Lo curioso es que esto se ha visto como un mal, casi un

desastre. Parece que hay que producir mucho más —se entiende, más cosas, trigo, arroz, maíz, petróleo, coches, bicicletas, televisores—, todo menos personas, que parece lo más interesante y valioso. Se dice que el mundo está lleno, pero la verdad es que en gran parte está casi vacío, y aun en los países que tienen «exceso» de población, lo que de verdad tienen es falta de organización, de generosidad, de sentido de lo que es personal.

La prodigiosa técnica del siglo pasado, fuente de innumerables posibilidades, no se va a perder, va a pasar, acrecentada, al XXI, tal vez con varias amenazas que pueden ser siniestras, por la falta de una técnica más: la del uso de ellas, que las subordinaría a sus misiones personales, es decir, al servicio de las personas.

La técnica, unida al liberalismo democrático en gran parte del mundo, ha permitido una fabulosa creación de riqueza, iniciada desde hace dos siglos, acentuada extraordinariamente desde 1946, tras la segunda y devastadora guerra mundial. El mundo ha sido siempre muy pobre, porque la riqueza existente era muy escasa, y todavía lo era bastante hace medio siglo. Es curiosa una demagogia existente que no perdona la creación de riqueza —tal vez porque se desea la perpetuación de la pobreza para poder manipular y dominar a los hombres—. Cuando se dice que tales países «consumen» tal porcentaje de los productos, casi siempre se trata de que los que los «crean» o producen, consumen una fracción de ellos, y gracias a esto viven mucho de los demás.

Esas técnicas se han podido realizar porque la ciencia de nuestro siglo ha realizado avances extraordinarios, y sigue haciéndolos. Lo que pasa es que muchos contemporáneos nuestros quieren técnica, pero no les interesa la ciencia, que es su condición, y con frecuencia son enemigos de la liber-

tad, condición de una y otra, que se puede poner en grave peligro. Y uno particularmente inquietante, en el que rara vez se piensa, es la posibilidad de disminución o desaparición de las «vocaciones» científicas, en parte por la excesiva especialización, por el sentido utilitario, por la extinción del entusiasmo que ha sostenido a la ciencia durante siglos.

El siglo XX significó desde su comienzo un paso decisivo en el pensamiento más riguroso, y especialmente en la filosofía. Se canceló una etapa de desmayo y abandono, de descenso de nivel, se inició una de las épocas más fecundas y creadoras de toda la historia de la filosofía. Y esto, como era de esperar, fecundó todas las formas del pensamiento, hizo posible que todas las disciplinas intelectuales experimentaran una admirable intensificación y depuración. Ligado a esto ha estado un desarrollo innovador de la literatura, sin excluir la de las formas literarias del pensamiento.

Lo que pasa es que desde 1960, aproximadamente, han pasado muchas cosas que conviene tener presentes si se quiere entender algo. Desde esa fecha datan varias calamidades que hoy afligen el mundo; entre ellas el terrorismo organizado, el consumo generalizado de drogas en Occidente y la más grave de todas, la aceptación social del aborto.

Ya ha pasado, aunque sea menos visible y espectacular, el olvido de gran parte de lo que había sido más original y creador del pensamiento de nuestro siglo. Por diversas causas, que examiné en mi libro *Razón de la filosofía*,¹ grandes grupos sociales y organizaciones o instituciones han vuelto la espalda a la mayor parte de lo que la mente occidental había pensado en los decenios anteriores. Esa creación no se ha interrumpido, por supuesto, pero socialmente ha sido casi subte-

1. *Razón de la filosofía*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1993.

rránea, y el horizonte público está ocupado por realidades secundarias, casi siempre arcaicas, que obturan el horizonte y hacen improbables la dilatación de la mente y el incremento del rigor.

Lo más urgente es «ponernos a nivel», superar la regresión consumada, tomar posesión de lo que se ha creado y está a nuestra disposición. Tenemos que ser herederos —esa es la condición humana— y no antepasados de nosotros mismos.

Ahora se habla —demasiado— de «globalización»; bajo esa palabra se oculta la falacia de que el mundo actual es uno. No es verdad; hay varios, no enteramente comunicables, imperfectamente comprensibles; pero todos están presentes, y hay que tenerlos en cuenta.

Lo decisivo es poseer lo que se tiene, todo lo que se tiene. Dentro de Occidente, dentro de Europa o América, existe un pavoroso provincianismo, a pesar de los derroches de técnica y comunicación. Se desconoce la mayor parte de lo que se ha hecho o se está haciendo de verdaderamente creador más allá de las fronteras nacionales —y se empieza a ignorar o negar lo que acontece dentro de ellas, con lo que el provincianismo culmina en un alarmante aldeanismo.

Cuando escribí los dos gruesos libros dedicados a Ortega formulé así mi propósito: «Completar a Ortega consigo mismo y darle sus propias posibilidades». Esta fórmula podría trasladarse al siglo en que estamos, a cuyo final nos disponemos a asistir. Completarlo con todo lo que ha creado y acaso hemos perdido, darle las posibilidades que encierra y deben seguir germinando y floreciendo en el siglo en que tantos de nosotros vamos a vivir.

La ilusión de Europa

La crisis de la Comisión Europea, las fricciones con el Parlamento Europeo, las disensiones entre los diversos países, todo ello significa inevitablemente un momento de detención, tras el cual tendrá que iniciarse una nueva etapa. ¿Nueva? Esta es la cuestión. Sería admirable que la empresa de la unión de Europa empezara de manera distinta, más creadora y con mayores esperanzas. Para ello sería menester que se pensara a fondo sobre la realidad de Europa, su lugar en el mundo y sus posibilidades. Como el pensamiento es lo que más se escatima, mi confianza no es demasiado grande.

Hace tiempo escribí un breve artículo titulado «La segunda salida». Aludía a la de Don Quijote. La primera fue, como todos recuerdan, brevísima y bastante desastrosa. Don Quijote siguió los consejos del Ventero, se proveyó de «dine-ros y camisas» y buscó la compañía de Sancho Panza. Tuvo sinsabores sin cuento, pero hizo grandes recorridos, como memorables aventuras, y en la segunda parte llegó hasta Barcelona.

Cuando empezó de verdad a elaborarse la unión europea, se dijo, como crítica, que iba a ser la «Europa de los mercaderes». No me parecía tan malo, porque históricamente han contribuido de modo decisivo a esa unidad, y basta recordar el papel de las ciudades hanseáticas y los vínculos es-

tablecidos por el comercio entre países, y no digamos cuando Europa fue más allá de sus límites. Me preocupaba más que fuese una Europa de burócratas, de funcionarios, clases sin duda útiles y hasta necesarias, pero no particularmente «creadoras».

Hasta ahora, esta ha sido la realidad principal de la Unión Europea: reglamentos, normas, cuotas, trabas, con mengua de las iniciativas, de la espontaneidad vital. Las naciones europeas no luchan entre sí, pero tampoco se admiran, no pretenden la excelencia —simplemente las ventajas—, no presentan modelos de ser europeo —en el fondo, de ser hombre— con la noble ambición de la ejemplaridad, motor de perfeccionamiento.

Se ha deslizado una curiosa combinación de homogeneidad y provincianismo. Las diversas naciones se ven de modo abstracto, sin diferencias, procurando borrarlas, con pérdida de su riquísima variedad; y al mismo tiempo cada una se confina en sus intereses particulares, con egoísmo poco simpático, que se expresa en un regateo de corto alcance y que, además, es un elemento de paralización.

Lo más grave es el desconocimiento mutuo de las naciones europeas. Se sabe algo —muy poco— de cuatro o cinco, apenas nada de las demás. No se tiene idea de qué es importante o creador en cada una de ellas, no se participa de lo que podrían aportar al conjunto. Hay un automatismo de reuniones internacionales, congresos, premios, que establece un «circuito» de notoriedades, que deja en la oscuridad la mayor parte de lo que tiene verdadero interés. Si se repasa la lista de los premios Nobel que no responden a especialidades minoritarias, es decir, los de Literatura y de la Paz, el estupor es inevitable, y lo más notable es que ni siquiera logran que los premiados sean conocidos.

Y, por debajo de los nombres más o menos famosos, falta la comunicación de los diferentes «modos de vida», de las peculiaridades nacionales, de las formas de instalación que constituyen la riqueza europea, que en tiempos de muy escasa comunicación estaban realmente presentes, al menos a los ojos de las minorías que eran efectivamente rectoras, orientadoras. Lograr esto de una manera superior y más intensa debería ser una mansión de algo que merezca llamarse Unión Europea.

Todavía hay más asuntos que dan que pensar. En una época en que se habla de «paz» hasta la náusea, llevan ya muchos años matándose entre sí, en números aterradores, europeos. No se han reconocido los tremendos errores cometidos tras la primera guerra mundial, el desmembramiento del Imperio Austro-Húngaro, maravilla de convivencia civilizada —a pesar de sus limitaciones y fricciones— de pueblos de increíble diversidad, para formar naciones escasamente viables y, salvo Austria y Hungría, tan complicadas como el conjunto destruido. Y acaso se podría lamentar el otro desmembramiento, el del Imperio Otomano, lleno de gravísimos defectos, heredados y multiplicados por los resultados de su fragmentación.

Lo que ha sucedido en lo que fue Yugoslavia es simplemente monstruoso, y parece inevitable, pero me pregunto si algún pensamiento «a tiempo» hubiera podido evitarlo. Cuando se derrumbó el comunismo escribí: «A la Unión Soviética le sobra evidentemente el adjetivo, pero quizá no la Unión». Estamos viendo los resultados.

Ha vuelto a florecer —digámoslo así— el nacionalismo, aunque es evidente que se le deben los mayores desastres del siglo XX. Sobre todo —insisto: sobre todo— porque es una insigne falsedad. Pero lo que ahora brota en Europa y se está

propagando es el nacionalismo de lo que no son naciones, lo que duplica la falsedad.

Y hay que añadir todavía algo más: yo hablaría de «necesidad e insuficiencia de Europa». Su unión es imperiosa, condición de prosperidad, excelencia y hasta perduración; pero no Europa «sola», sino unida indisolublemente a América, al otro lóbulo de Occidente. Este nombre apenas se usa; se olvida, se evita. La culpa es de los que lo politizaron, lo opusieron al totalitarismo de los últimos decenios. El europeísmo «a ultranza» ha sido durante muchos años un disfraz del antiamericanismo, sin advertir que tanto Europa como América no son más que porciones menesterosas en un conjunto que es la verdadera realidad, nuestro «mundo», distinto de otros, que están presentes y con los cuales hay que contar.

Es curioso que cuando se habla de la unidad europea, de los «padres» de su unión, casi nunca se recuerda a Ortega, que fue uno de los primeros y el más clarividente. Me pregunto qué diría de la realización hasta ahora de su ideal. Y creo que puedo contestar aproximadamente a mi pregunta.

Ahora es el momento de iniciar una nueva etapa; lo propio del hombre es aprovechar hasta sus errores. ¿Por qué no hacerlo? ¿No valdría la pena, antes de tomar decisiones que van a tener largas consecuencias, pararse a pensar algunos ratos? Y, naturalmente, ya que en tiempos de democracia se hacen elecciones, se impone lo que se debe llamar «cuestión de personas». No precisamente de partidos, de manera abstracta, como simples etiquetas, sino de lo que lleven dentro. ¿En qué manos vamos a poner esa inmensa realidad, delicada y compleja, ilustre desde hace mucho más de dos mil años, que se llama Europa, y que se vertió en fecundo injerto, hace medio milenio, al otro lado del Atlántico?

El siglo xxi como porvenir

Se habla constantemente del siglo xxi. Cuando se aproximaba el xx, el «siglo futuro» estaba en todas las bocas —quizá no tanto en las mentes—. Cuando yo era muy joven se hablaba de «el año 2000» como algo remoto, casi utópico, y se hacían anticipaciones no muy afortunadas: no se parecían gran cosa a lo que tenemos al alcance de la mano.

Tengo la impresión de que, cuando se piensa en el siglo xxi, no se usa demasiado la imaginación. Lo más frecuente es que se dé por supuesto que va a ser como el pasado, aumentado: más técnica, más aparatos electrónicos, más Internet, más «globalización», palabra favorita de estos últimos años, a pesar de la evidencia de que el mundo no es «uno», ni de lejos, que hay varios profundamente diferentes y que no entendemos bien —África es el ejemplo más notorio—. Esos varios mundos están «en presencia», pero no se parecen demasiado; nos importan, hay que contar con ellos, pero como lo que son: algo muy diferente.

No se piensa en el siglo xxi como el espacio histórico en que van a vivir casi todos los hombres actuales, al que acaso podríamos lanzar una ojeada los que ya somos viejos. Pero resulta que la imaginación se apoya en la memoria, individual y colectiva, personal e histórica. Y estamos en un momento de alarmante carencia de los dos. La historia es la gran

olvidada, la gran desconocida, a pesar de que se la ha indagado mejor que nunca, de que hay excelentes historiadores en muchos lugares. Se sabe lo que ha pasado, lo que ha sido el mundo pretérito. Mejor dicho, se podría saber, si se quisiera. Pero ha sobrevenido la gran manipulación de la historia, en algunos lugares la más extremada suplantación y falsificación. Y esto dificulta la imaginación.

Habría que poseer lo que ha sido el siglo XX, glorioso y atroz, lleno de descubrimientos, prodigios, enriquecimientos incomparables. El primero y más universal, la prolongación de la vida humana. Acaso quince años —el espacio de una generación histórica— y en buen estado de conservación. Hombres y mujeres viven mucho más, y sin excesivo deterioro, con posibilidades de enriquecimiento y «recapitulación» nunca alcanzadas. Los avances en higiene, medicina, cirugía, son asombrosos. En general, la técnica —tan humanizadora si se la une a la específica del uso de las técnicas— es una de las glorias de nuestro tiempo. La física, la comunicación, la biología, han avanzado increíblemente —no sin riesgos—. La energía nuclear es la gran promesa, y también, sobre todo, ha sido una gran amenaza. Nunca olvidaré la emoción de ver a unos hombres poner los pies titubeantes en la Luna, el absoluto «allí» convertido en «aquí».

Pero ha habido las dos guerras mundiales más devastadoras de la historia, con una destrucción incomparable y múltiple; ha habido los totalitarismos, algo nuevo, consistente en que «todo es relevante» políticamente, lo que ha desencadenado la más completa posibilidad de presión de la historia entera, los atroces exterminios de pueblos, y esa actitud no ha desaparecido.

En la segunda mitad del siglo pasado aparecieron tres plagas universales: el terrorismo organizado, la difusión de la droga, la aceptación social del aborto.

Todo esto tiene que ser conocido, poseído, absorbido, potenciado o rechazado al enfrentarse con el tiempo que está ya muy cerca. El cambio de situación —y condición— de la mujer en nuestro tiempo ha sido algo decisivo. Dos libros, *La mujer en el siglo XX*¹ y *La mujer y su sombra*,² he dedicado a ello; y la preocupación por esto me acompaña siempre. Hay que salvar las enormes ganancias, sin comprometerlas por evidentes errores, rencores, torpezas. Se podrá reforzar, intensificar la condición sexuada, la mutua referencia entre el varón y la mujer, la participación en el otro punto de vista, incluso en la otra forma de razón.

Si se mira bien, se ve que los males de nuestro tiempo proceden de un proceso de «despersonalización» que ha sobrevenido. El mundo está lleno de cosas, en parte por la fabulosa creación de riqueza desde el final de la segunda guerra mundial —curiosamente, la creación de riqueza tiene «mala prensa»—, pero la consecuencia es que muchos no piensan más que en cosas y se ven como cosas.

Paradójicamente, el pensamiento actual ha ido más lejos que ninguno otro en la comprensión de lo que es persona, algo radicalmente distinto de toda cosa, hecho de realidad e irrealidad, proyectivo, imaginativo, futurizo. Y esa despersonalización nos hace recaer en la prehistoria, amenaza con una decadencia cuyos síntomas son visibles, aunque haya esperanza de que se pueda evitar.

Habría que mirar hacia el siglo XXI como «porvenir»; y digo esto, y no «futuro», porque el futuro será, y no es seguro que sea. Es lo que está por venir, incierto, dudoso, que en gran parte depende de nosotros, de nuestra libertad irrenunciable.

1. *La mujer en el siglo XX*, Alianza Editorial S. A., Madrid, 1980.

2. *La mujer y su sombra*, Alianza Editorial S. A., Madrid, 1987.

Es menester revisar las estimaciones y obrar en consecuencia. Reconocer la pluralidad del mundo y sus verdaderas articulaciones, sin ejercer violencia sobre la realidad: regiones, naciones, Europa; y con América, la gran realidad de Occidente, a la que pertenecemos. Y los otros mundos, con la distancia y la solidaridad que merecen y reclaman. Hay que restablecer la pretensión de que cada país sea «el mejor», presente un modelo humano que pueda ser admirable, en una rivalidad que debe ser fraterna y es el motor de la perfección –pretensión que parece estar «vacante».

El hombre ha tenido siempre escasos recursos para sus proyectos; ahora, por primera vez, gran parte del mundo tiene más recursos que proyectos, y el resultado es el aburrimiento, el gran enemigo del hombre, la gran amenaza. Y de esto deriva el «prosaísmo» que afecta a gran parte de la humanidad, la ausencia de un «lirismo» sin el cual la vida decae.

Y la condición proyectiva de la vida humana exige que se proyecte «sin límites», sin aceptar que con la muerte descienda el telón y se introduzca la nada. ¿De qué sirve todo lo que se conoce si se renuncia a preguntarse qué se puede esperar? Si no hubiese nada, todo dejaría de importar, y por tanto nada importaría de verdad, porque sería cuestión de esperar.

Si imaginamos el siglo XXI como territorio en que se va a vivir, hay que analizarlo, sembrarlo de proyectos, verlo como escenario de la vida y la convivencia de personas, configurarlo para que en él sea posible algún grado de felicidad y se la pueda desear interminable.

Punto de partida

En la vida en general, en la histórica, en un modo aún más visible en la cultural, es necesaria la continuidad, que es precisamente el imperativo de continuar, lo contrario del «continuidismo»; por tanto, perpetua innovación. Las rupturas son estériles en el mejor de los casos, y casi siempre significan retrocesos. Sería fácil comprobarlo con un recorrido de la historia.

Contra la opinión dominante, siempre he creído que España es un país de muy escasas rupturas, y en eso ha consistido su excepcional fecundidad histórica, y su solidez; las rupturas han sido sus tentaciones, sus momentos de debilidad, sus fracasos. Esto es especialmente visible en la cultura española: en cada momento de ella, lo decisivo es el punto de partida.

En cada campo, en cada disciplina, se ha alcanzado un nivel desde el cual se sigue investigando, pensando, creando. Si ese nivel se posee efectivamente, lo que se hace desde uno mismo lleva forzosamente más allá. La originalidad es consecuencia inevitable de la autenticidad, por la unicidad irreductible de cada persona y cada perspectiva. La condición de la originalidad es que no se la busque: se dará por añadidura. Hace mucho tiempo dije que el hijo es inexplicable sin el padre pero irreductible a él: viene del padre y va hacia sí mismo.

Cada vez parece más evidente la riqueza y creatividad de la cultura española desde fines del siglo XIX hasta ahora; es decir, de lo que todavía es «presente», del comienzo de nuestro tiempo. En algunos aspectos se ha mantenido esa continuidad, se ha poseído la herencia, desde ella se ha imaginado, inventado, y eso ha conservado y acrecentado lo que se va descubriendo como esplendor.

Sin embargo, la pereza, la envidia —esas dos funestas fuerzas que explican gran parte de la historia—, el partidismo, han perturbado en algunas zonas, acaso en ciertas generaciones, el mecanismo sano de la historia.

Durante más de un siglo, en España se han descubierto, elaborado, realizado porciones extremadamente importantes del pensamiento, la literatura, el arte de Europa. Una curiosa modestia, en principio simpática, ha evitado la jactancia pero ha dificultado la posesión. A veces ha llevado a desconocer o negar lo que han hecho «otros», con un extraño rencor, que hubiera sido mejor sustituir por la decisión de hacer algo comparable o superior. Si a esto se añade la hostilidad partidista, el resultado es funesto.

En los últimos tiempos, percibo una decisión tácita, probablemente bien planeada y orquestada, de renunciar a cuanto se ha hecho en España desde hace algo más de un siglo. No es que la actitud sea mucho más favorable respecto a los antiguos: no se los siente como «rivales», no hacen sombra, son inofensivos.

Hay innumerables profesionales de la cultura, investigadores, críticos, profesores, congresistas, que evitan escrupulosamente toda referencia a lo que se ha hecho desde el tiempo de sus abuelos. Actúan como «huérfanos» en tercera potencia. Ávidos de citar lo que probablemente no han leído, de conseguir «menciones» en las «revistas especializadas»,

parecen ignorar todo lo que se ha hecho en el país y la lengua a que pertenecen.

Imagino lo que sería partir de allí donde se está. Porque lo más interesante es que precisamente España, en el tiempo a que me refiero, y justamente por su «modestia» cultural, reconocida incluso más allá de lo justo, ha sido el país menos «provinciano» de Europa, abierto a todo, dispuesto a aprender, a conocer lo que se ha hecho o se hace en cualquier parte, con diversas inspiraciones, en varias lenguas.

Algunos autores recientes, ya muertos, han donado sus bibliotecas, sus obras de arte, a academias u otras instituciones; han sido hombres esforzados, de vida dura y dificultosa, de escasos recursos. Es asombroso lo que tenían en sus modestas viviendas, lo que habían visto y leído, de lo que habían nutrido unas vidas y unas obras que apenas se pueden creer.

Imagínese lo que sería que todo eso fuese poseído, utilizado, prolongado, por las generaciones que van a dominar el siglo XXI. Que todo eso fuese el punto de partida a que se agregaría su obra personal. Se tiene al hacerlo una visión de esplendor, que permitiría ver con esperanza el porvenir.

La situación predominante es de inaudito empobrecimiento. No por escasez de recursos o posibilidades, sino por renuncia. Las herencias se pueden recibir «a beneficio de inventario», no a ojos cerrados, sino tras un cuidadoso examen. En los asuntos de que estoy hablando, esto es esencial. Ante el pasado hay que tomar una actitud receptiva y crítica a un tiempo. En su forma plena, una combinación de entusiasmo y exigencia.

Algunos españoles, por supuesto, lo hacen. Toman posesión de lo que han encontrado, lo estiman y aprecian, lo veneran en algunas ocasiones. Temo que corran un riesgo, que los domine la admiración, que no se atrevan a seguir adelan-

te, más allá del punto de partida, que no puede ser más que eso.

Temo que no tengan demasiado éxito; que los que hagan ruido, reuniones, congresos, consigan puestos y honores, sean los demás. Pero serán esos pocos los que hagan algo valioso y que pueden quedar los que nos lleven algo más lejos de donde estábamos, en todos los campos, en todas las dimensiones de la vida.

Lo grave es que se trata de la vida entera de nuestra nación, que necesitará de ese fermento, tan reducido, que debe ser tan modesto y poco visible, que llamamos la vida intelectual, literaria, artística. Ni siquiera es necesario que se hable mucho de ello. Lo importante es que el torso de la sociedad se nutra de ello, absorba las vitaminas que encierra, reciba el impulso para ir adelante en el conjunto de las actividades necesarias y en el valor, la intensidad, el sabor de la vida cotidiana.

Las fragmentaciones —de porciones de un país, de generaciones, de ideas y puntos de vista— es el gran factor de decadencia. La coherencia, la posesión de lo que existe, la conciencia de lo que falta, la voluntad de poner remedio a las carencias, la conciencia clara del nivel alcanzado en el mundo en que se vive —sin eliminar la comprobación de que ese nivel es inadecuado e insuficiente—, todo eso es la condición de que podamos entrar dignamente, sin ostentación ni jactancia, dispuestos a aportar simplemente lo que somos, más aún, lo que pretendemos ser, en este tercer milenio que se abre ante nosotros como una inmensa pregunta.

Índice

Introducción	7
Verdad y concordia	9
1. El sentido de la verdad, la concordia y la convivencia	17
Apertura o cerrazón	19
Vientos contrapuestos	23
Lo irrenunciable	28
Verdad y mentira	32
Más de la cuenta	36
Posesión o negación	40
Complacencia indebida	44
La complacencia en la mentira	48
La insurrección de la mentira	52
Prosaísmo	56
Vivir contra la verdad	61
Monederos falsos	65
Imagen falsa	69
Resistencia a la nada	73
2. La verdad como fundamento de la concordia ...	77
La proporción	79
Fronteras de la estimación	83
Orden de magnitud	87

Fragilidad de la evidencia	91
El reverso de la medalla	96
El espíritu que siempre niega	101
Infernar	105
Agresividad	109
Cautivos	113
Desplantes	117
Impunidad verbal	121
Las cosas claras	125
Lo cortés y lo valiente	129
La expresión pública	133
El espíritu positivo	137
Un paso atrás	141
Tomar en serio	145
La última instancia	149
La calidad personal	153
Cuestión de imaginación	157
 3. El logro de la convivencia	 161
Integración	163
El horizonte	167
Proyectos y plazos	171
La convivencia y sus límites	175
Pensar en la democracia	179
La iniciativa	183
Lo que se puede decir	187
En sus manos	191
El despertar de las mayorías	195
Adónde se quiere ir	199
Para empezar el siglo XXI	203
La ilusión de Europa	207
El siglo XXI como porvenir	211
Punto de partida	215

«COEXISTE TODO LO QUE EXISTE JUNTAMENTE Y A LA VEZ. LAS COSAS COEXISTEN, Y EL HOMBRE CON ELLAS. CONVIVIR ES VIVIR JUNTOS, Y SE REFIERE A LAS PERSONAS COMO TALES. ES DECIR, CON SUS DIFERENCIAS, CON SUS DISCREPANCIAS, CON SUS CONFLICTOS, CON SUS LUCHAS DENTRO DE LA CONVIVENCIA.» ❖ PARA JULIÁN MARÍAS, GRAN PARTE DE LOS MALES DE ESTE MUNDO VIENEN DE UNA MALA RELACIÓN CON LA VERDAD. SI RESPETAMOS LA VERDAD, ESTRUCTURA ÚNICA DE LA REALIDAD, EVITAREMOS QUE LAS DIFERENCIAS PERSONALES NOS HAGAN OLVIDAR LOS ELEMENTOS COMUNES QUE NOS UNEN. LA DIVERSIDAD DE LO HUMANO DEBE ENRIQUECER LA CONVIVENCIA, NO DESTRUIRLA. ❖ *Tratado sobre la convivencia* INVITA AL LECTOR A RECHAZAR LA EPIDEMIA DE FALSEDAD QUE INVADE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LOS NUEVOS MODOS DE VIDA. EN ESTOS ESCRITOS, EL AUTOR ANALIZA EL PRESENTE Y REPASA EL PASADO PARA INVITAR A LA REFLEXIÓN Y SITUARNOS EN EL FUTURO, ESE HORIZONTE POR CREAR QUE YA ES NUESTRO.

021199



9 788427 025585

MARANTIAL, S.A. 392 24 02 PAZ, 7 46003-VALENCIA
TRATADO SOBRE LA CONVIVENCIA



9 788427 025585

0240000
84-270

Pts 2.300/ 13,82 Ex

martínez roca